



CONSIDERACIONES ACERCA DEL TRANSFORMISMO (1)

I

Nadie desconoce la importancia que hoy tiene el estudio de las ciencias naturales; á pesar del trabajo que le es inherente, su estudio no cansa nunca, por la multitud de maravillas que nos descubre y por los encantos y purísimos goces que nos ofrece al contemplar las sublimes bellezas que encierra la obra inmensa de la creación. El admirable espectáculo de la naturaleza, la unidad, multiplicidad é incomparable armonía que domina en todo el universo, son para el hombre pensador origen fecundísimo de las más altas consideraciones. Las innumerables maravillas que los tres órdenes de la naturaleza presentan, y que con tan vivo interés admira el naturalista, ofrecieron á mi consideración varios temas á cual más encantadores cuando traté de elegir el que ha de formar la base del presente discurso. Gea, fauna y flora me brindaban cada cual con lo más curioso é importante de sus dominios; y después de permanecer indeciso por algunos momentos acerca del punto

(1) Del notable discurso leído en el Real Colegio de Alfonso XII por el sabio agustino R. P. Fr. Fidel Faulín.—(*N. de la R.*)

que había de elegir, se fijó mi atención en los interesantes y transcendentales problemas relativos al origen de la vida, del mundo y del hombre, respecto de los cuales priva hoy una teoría sostenida con calor y entusiasmo por muchos hombres de ciencia é informada en un espíritu positivista y ateo.

Engalanada con aparatoso artificio científico y poseída de un espíritu materialista y hostil á la religión, circunstancia que no ocultan la mayor parte de sus defensores, constituye, en nuestro humilde sentir, un peligro inminente para todos, pero en especial para la inexperta juventud, que, llevada más por el entusiasmo de la novedad y por las apariencias científicas de que se reviste que por las razones que se aleguen en su favor, la acepta sin reflexionar y sin prever las consecuencias que de tal doctrina se siguen. Habréis comprendido ya que me refiero á la doctrina darwinista ó transformista. Deseoso de desenvolver esa fascinadora teoría, y no permitiéndome la índole de este trabajo fijarme en todas sus fases ó evoluciones, forzoso me ha sido concretarme á la inadmisibile doctrina que respecto del origen del hombre sostiene la escuela darwinista ó transformista. Muéveme á tratar este asunto, además de la importancia que en sí mismo encierra, el que, dado el criterio materialista con que hoy se resuelve este problema, lo conceptúo de sumo interés por la deletérea influencia que en la educación de la juventud puede ejercer. El ideal de la educación es hacer comprender al hombre su noble origen y su alto destino, para despertar en él elevados y generosos sentimientos, inclinarle á amar y practicar la virtud y detestar el vicio y enseñarle á conocer los altísimos deberes que le ligan con su Criador y con sus semejantes, para, por estos medios, conducirlo á la consecución de su último fin. Á la realización de ese ideal sublime, único que puede hacer al hombre sobrellevar con gusto y alegría los sinsabores de esta vida miserable y contenerle dentro de los límites de la verdadera moral, opónese abierta y claramente la doctrina que enseña que el hombre sólo es un animal perfeccionado, sin más relaciones con seres superiores que las que tiene con la materia.

Es un hecho, señores, que el escepticismo invade hoy nuestra sociedad; pero no un escepticismo absoluto, sino religioso, el que se concreta á la duda ó negación de lo sobrenatural. Todo aquello que no se puede comprobar por la experiencia ni entra por los sentidos, ni está sujeto á las leyes inviolables de la materia, se juzga como desposeído de toda realidad y se relega al mundo de lo quimérico, de lo absurdo, ó cuando menos de lo incognoscible. Hoy sólo se cree lo que se enseña en nombre de la ciencia, entendiendo por tal el conocimiento experimental de los fenómenos y sus leyes, con exclusión de todo lo sobrenatural. Han contribuído á esto los maravillosos progresos llevados á cabo por las ciencias que estudian la materia, y los grandísimos beneficios materiales que el hombre ha reportado de su adelantamiento. La ciencia, falseando su nobilísimo fin, se ha ceñido exclusivamente al estudio de la materia, y el materialismo se nos ha ido inoculando de tal manera que ha concluído por dominar casi en absoluto tanto en el terreno científico como en el social. Á esto, más aún que á las concepciones de los filósofos positivistas, ha contribuído la nueva doctrina del darwinismo ó transformismo, manejada hábilmente por los enemigos de lo sobrenatural.

La aceptación que ha obtenido la doctrina de Darwin es verdaderamente pasmosa; puede decirse que lo ha invadido todo, que ha saturado hasta el medio ambiente moral en que vivimos, en términos de que por todas partes parece no respirarse más que darwinismo. En las conversaciones, en los periódicos, en revistas, en folletos, en los libros y en las cátedras, en todas partes se trata, se alaba, se ensalza ó se refuta tan decantada teoría.

Las ciencias la han cobijado bajo su amparo, y la han aplicado para resolver los problemas más difíciles y transcendentales. La Cosmogonía, la Biología, la Antropología y hasta la misma Sociología han creído que en ella tenían solución satisfactoria cuestiones tan interesantes como la del origen del mundo, de la vida y del hombre, el de las religiones y lenguas, y tantas otras que sería prolijo enumerar. Pero quien la recibió y acogió con entusiasmo indes-

criptible, con júbilo verdaderamente delirante, fué la ciencia atea. Y ¿cómo no, cuando llegó á forjarse la ilusión de que con el darwinismo lo explicaría todo y podría prescindir de Dios, desterrarle de la sociedad y relegarle á la categoría de mítica leyenda? Y ¿cómo no, cuando creyó que la doctrina transformista venía á ser el ariete formidable que echase por tierra el *vetusto* edificio de la religión católica? Por esto, sin género alguno de duda, fué por lo que la escuela materialista y atea batió palmas de triunfo al presentarse en el mundo científico la teoría darwinista. Tanto es así, que cuando sus secuaces vieron que su proyecto fracasaba, que el ariete caía por tierra hecho pedazos sin haber podido, no ya destruir, no ya abrir brecha, pero ni aun remover la más insignificante piedra del sólido edificio de nuestras creencias, exclamaron por boca de uno de sus partidarios: «Si el darwinismo no es el arma que dé al traste con el edificio de las creencias religiosas, de nada nos sirve».

Para la ciencia materialista y atea, el darwinismo lo es todo. Para convencerse de ello no hay más que leer, aunque sea á la ligera, las producciones científicas y literarias de dicha escuela, y en ellas se encontrarán no sólo los ataques más terribles contra toda religión positiva, pero particularmente la católica, sino la afirmación absoluta de que la ciencia está con ellos, que son sus únicos poseedores, motejando á la par de ignorante y preocupado á todo aquel que no siga sus enseñanzas.

La teoría de Darwin no hubiera conseguido la aceptación que ha tenido, es más, hubiera quizá quedado sepultada en el olvido si, reducida á una simple hipótesis, sin más aplicación que la puramente científica, no hubiera podido servir para atacar á toda religión positiva, si no se la hubiera convertido en baluarte desde el cual se pudieran lanzar á mansalva las envenenadas saetas con que se pretendía herir de muerte la doctrina revelada de la Biblia.

El darwinismo llevaba en sus entrañas un germen que al fin y al cabo había de dar sus propios y naturales frutos; «sus consecuencias lógicas, como ha dicho Hæckel, llevan

necesariamente á admitir la concepción monista ó mecánica». La doctrina de Darwin pudo tenerse en algún tiempo como una teoría propia de la historia natural, más bien que como un sistema filosófico y religioso, y aun hoy puede considerarse como una de tantas hipótesis científicas más ó menos fundadas, descartándola de ciertas exageraciones y tendencias que le dan la inmensa mayoría de sus partidarios. Pero el darwinismo evolucionista ó monismo es en todos conceptos una explicación materialista del origen de todas las cosas, puesto que, según él, todo cuanto existe no es otra cosa que producto de las fuerzas naturales, de la evolución eterna de la materia. Hæckel, al dar una nueva ampliación á las ideas expuestas por Darwin, llevó la doctrina de éste hasta sus últimas consecuencias; el discípulo no hizo más que interpretar y sacar las deducciones lógicas que entrañaban las premisas sentadas por su maestro; Darwin lo reconoce así cuando dice: «Este naturalista (Hæckel), cuyos puntos de vista son en muchas ocasiones más completos que los míos, ha confirmado casi todas las conclusiones á que yo mismo había sido conducido».

El profesor de Jena aplicó el darwinismo á la Cosmología, sustituyendo así la acción creadora de Dios por la evolución eterna de la materia. Darwin no había dicho nada relativo á la aparición del primer ser viviente; Hæckel, para quien es cosa cierta é indudable que el materialismo no ganaría nada mientras se pudiera creer en la creación de un solo ser, por ínfimo que fuese, se atrevió á resolver por el solo concurso de las leyes naturales el importantísimo problema del origen de la vida. Darwin, bien por miramiento, bien por ciertos respetos, ó quizá por no comprometer el éxito de su doctrina, no se atrevió á incluir al hombre en su concepción transformista. Hæckel, más despreocupado sin duda, no titubea en hacerlo, y considera al hombre como una de tantas especies formada por evolución de otras inferiores. Conforme con este modo de resolver el problema antropológico del origen del hombre, la escuela evolucionista sostiene que éste no es más, tanto cuanto al cuerpo como en cuanto al alma, que el último ser de la escala, el térmi-

no de la evolución progresiva de la materia. Esta doctrina, incompatible no sólo con la espiritualista y cristiana, sino con los hechos rigurosamente justificados, con la ciencia positiva y con las verdades de la Metafísica, es hoy aceptada por gran número de antropólogos y naturalistas, á quienes, por otra parte, no se puede negar ni talento ni conocimientos científicos. Por la autoridad y prestigio de que gozan algunos de los defensores de esta doctrina, por las apariencias científicas de que se reviste, por la propaganda que de ella se hace incesantemente y por la influencia que puede ejercer en la educación de la juventud, nos hemos decidido á presentar y examinar las pruebas en que se fundan los sostenedores de tan desatentada hipótesis, y hacer ver cuán destituída está de sólido fundamento, por más que se la presente como verdadera y como una de las más gloriosas conquistas de la ciencia.

II

El mundo orgánico no presenta semejanzas y contrastes más notables que aquellos que descubrimos comparando la especie humana con las especies inferiores. El dueño y rey de la tierra, el que eleva sus ojos al cielo y contempla el orden admirable del universo y aspira á gozar un día las delicias eternas en el seno de su Criador, es un ser compuesto de los mismos materiales que las demás criaturas; en todas las disposiciones generales de su estructura interna, en la composición y en las funciones de sus órganos, no descubrimos más que un animal. Sin embargo, hay en el hombre algo que le diferencia notablemente de los demás seres, y ese algo nos lo revelan, aunque de modo imperfecto, los esfuerzos constantes y la aptitud especial que en él se nota para sujetar á su imperio las fuerzas todas de la naturaleza con objeto de que le rindan tributo y contribuyan á satisfacer sus necesidades cuantos seres pueblan el universo. Mientras los animales son juguete del destino y esclavos irredimibles de la suerte que les asignan las con-

diciones externas, y ceden sin resistencia á la acción de la naturaleza, sin hacer jamás un esfuerzo para modificar las circunstancias que limitan la posibilidad de su existencia, el hombre sabe domar los elementos y, lo que aún es más admirable, cambiar en provecho propio y en motivo de regocijo y alegría lo que la naturaleza tiene de más poderoso y temible.

Vivamente impresionados ciertos naturalistas por las semejanzas que se advierten entre el hombre y los animales, creyeron que éstas eran indicio claro y seguro del parentesco que entre uno y otros existía. Los partidarios del darwinismo y de la evolución han tratado de demostrar la realidad de este parentesco, llegando hasta establecer la genealogía que nos une con los seres inferiores; pero, por más que han agotado todo género de recursos y sutilezas, no han logrado presentar una razón más clara y convincente que las que tantas veces se han alegado, y que otras tantas han pulverizado los sostenedores de la doctrina contraria. Después de Darwin, Hæckel, Mortillet, Huxley y otros varios son hoy los oráculos y maestros principales de tan extraña doctrina, y las obras de los dos primeros pueden considerarse como los códigos fundamentales á que se sujetan la casi totalidad de los defensores del origen animal del hombre; á ellos nos atendremos, por tanto, al entrar en su examen.

Darwin, si bien en un principio no se atrevió á tratar la cuestión del origen del hombre, más tarde, en su obra *La descendencia del hombre y la selección sexual*, la abordó de frente y no titubeó en establecer la genealogía del ser humano en un todo conforme con los principios por él establecidos. Trata de probar en la citada obra que el hombre, como los demás animales, desciende por transformación de otros seres inferiores á él. «La principal conclusión, dice, á que aquí hemos llegado, y que hoy día mantienen muchos naturalistas muy autorizados, es que el hombre desciende de un tipo de organización inferior. Las bases sobre que esta conclusión descansa son inquebrantables, pues la estrecha semejanza entre el hombre y los animales inferiores duran-

te el período embrionario, así como los innumerables puntos de su estructura y composición, unas veces de suma importancia y otras de menor cuantía... hechos son sobre los cuales no es posible discutir» (1).

Hæckel había precedido á Darwin en estas afirmaciones; al establecer el árbol genealógico de los animales partiendo de la mónera, no dudó en incluir en él al hombre. Su 18.º grado, *los prosimios*, encierra la forma ascendente y común de los verdaderos simios y del hombre, para llegar en el 21.º á los hombres-simios, y en el 22.º al hombre derivado de los antropoides por la transformación gradual del grito animal en sonido articulado. Para completar su sistema indica Hæckel hasta los períodos geológicos correspondientes á cada uno de sus tipos.

Fundado únicamente en hipótesis gratuitas y en afirmaciones destituídas de fundamento racional, y, lo que es aún más grave, rechazadas por la ciencia, tales como la eternidad de la materia, la evolución progresiva y eterna de la misma, la aparición de la vida por el solo concurso de las leyes naturales, etc., llega Hæckel á tejer su árbol genealógico, que será todo lo ingenioso que se quiera, pero que no tiene fundamento alguno real que lo haga aceptable. Impélele á sustentar su teoría monista una consideración teórica, una simple razón de conveniencia fundada en la necesidad *de huir del milagro de la creación*; por eso, sin duda, se cree dispensado de presentar pruebas y autorizado para hacer afirmaciones categóricas. ¿Y doctrina de tales fundamentos es la que se nos quiere imponer en nombre de la ciencia experimental? No se crea que juzgamos con dureza extremada la doctrina de Hæckel, pues hasta entre los mismos partidarios de la evolución ha sido juzgada con crítica más severa; véase si no lo que dice Carlos Vogt á propósito del árbol genealógico del profesor de Jena: «Para Hæckel no hay nada oscuro, todo está probado de un modo evidente. Desde la mónera amorfa hasta el hombre con lenguaje,

(1) *La descendencia del hombre, etc.*, pág. 699, traducción de los señores Perojo y Camps.—Madrid, 1885.

todas las etapas, en número de veinte ó veintidós, están determinadas por inducción, y todas esas fases colocadas en las edades geológicas correspondientes. Este árbol genealógico tan completo, tan bien trazado, sólo tiene, por desgracia, un pequeño defecto, semejante al del caballo de Roldán; le falta por completo la realidad, como faltaba la vida al caballo del paladín. Todos sus grados están constituidos por seres imaginarios, de los cuales ni huellas se han encontrado jamás, pero que, esto no obstante, deben ser considerados como seres reales». No pasaré en silencio la opinión de Mr. Bois-Reymonde acerca de la filogenia hækkeliana, cuando nos dice que «los árboles genealógicos (de Hæckel) tienen poco más ó menos el mismo valor que el que tienen á los ojos de la crítica histórica los árboles genealógicos de los héroes de Homero»; ni la de Robin, que califica la teoría de la evolución de «una ficción, una acumulación poética de probabilidades sin pruebas y de explicaciones seductoras sin demostración»; y, por último, ni la del mismo Vogt antes citado, que asegura que «los evolucionistas tendrán necesidad de modificar ó destruir cuantos árboles filogénicos han hecho».

Del modo más breve que sea posible vamos á examinar los argumentos que presentan los transformistas para demostrar la descendencia común del hombre y los animales. Fundados en la semejanza que el cuerpo del hombre ofrece con el de los demás animales, y especialmente con los antropomorfos, deducen que el origen es común. Si de las analogías y semejanzas de organización es lícito deducir el origen común del hombre y del bruto, de las desemejanzas que existen podremos forzosamente concluir la diversidad de origen y especie, tanto más cuanto que las desemejanzas son mucho mayores, como lo ha demostrado Quatrefages y lo conceden Huxley, Büchner y otros. ¿No confiesan esto mismo los transformistas cuando, por razón de las desemejanzas que existen entre el hombre y los simios actuales, tratan de probar que el hombre no procede de las especies simias que hoy conocemos?

Hacen mucho hincapié los transformistas en la prueba que

les suministra la Embriología. Hæckel ha dicho que la ontogenia, evolución embrional del individuo, es una recapitulación de la filogenia, evolución de la especie. Se funda esto en que la Embriogenia ha demostrado que los embriones de los animales, en sus diversas fases evolutivas, presentan tal cúmulo de semejanzas que de ellas se puede decir con fundamento que son la prueba del origen común; el hombre mismo no se diferencia en sus fases evolutivas de los demás vertebrados. Hæckel exhibió dibujados cuatro embriones pertenecientes á un hombre, un perro, un mono y una tortuga, en diversas fases de evolución, y parecían idénticos; en una palabra, en la semejanza embrional ven los transformistas la identidad de origen. No creo deba pasarse en silencio que, respecto á las figuras embrionarias representadas por Hæckel, se le ha echado en cara, y es cosa averiguada en Alemania, que sus diseños embrionarios eran una falsificación de los de Mrs. His y Semper, y por consiguiente que la semejanza tan extraordinaria que presentaban es en realidad el resultado de un fraude (1). Sea de esto lo que quiera, lo indudable es que el argumento evolucionista tomado de la Embriología es más imaginario que real. En efecto; es innegable que los óvulos, por ejemplo, de los mamíferos presentan entre sí muchísimas semejanzas, tanto que es muy difícil el distinguirlos; mas, á pesar de todas sus semejanzas y aun identidad aparente, el óvulo de un león da siempre é indefectiblemente un león, el del mono un mono, el del caballo un caballo y el del hombre un hombre; esto claramente demuestra que, aunque desconocido, existe un principio físico especial de diferenciación que lleva á cada óvulo hacia su tipo determinado y concreto, sin permitirle jamás que se tuerza ó derive hacia otro; es decir, que si bien la célula embrional primitiva parece idéntica en todo lo que podemos examinar, debe, no obstante, existir en ella un principio especial de diferenciación. ¿Cuál es este

(1) Así lo asegura Vigouroux, tomo II, pág. 608, quien dice puede verse esto en el *Literarischer Handweiser*, 1884, y Semper, *Offener Brief an H. Hæckel*, 1887.

principio? Hoy la ciencia lo desconoce, no tiene medios de comprobar su existencia, no puede llegar á distinguir sus diferencias; pero esto debe achacarse, más bien que á que que no existen, á la deficiencia de medios de observación. Paréceme que la autoridad de Coste es valedera en este asunto; pues bien, después de hacer ver que el óvulo es como una célula por tener todos los caracteres de tal; después de hablar de la constitución del óvulo y de indicar la tendencia incesante de éste hacia el fin de su alto destino, dice: «La analogía está, por lo tanto, en la forma, en la apariencia solamente, y la diferencia en la naturaleza de la fuerza que anima á esta forma y coordina en ella los materiales». La capa ó envoltura blastodérmica que se forma en el óvulo al comenzar su desarrollo después de su fecundación, da á los animales superiores ciertas apariencias con los inferiores; pero la línea primitiva ó vertebral que se presenta en la pared blastodérmica de los animales superiores, y de la cual ni vestigios presentan los inferiores, es precisamente lo que hace, según Coste, que las semejanzas que se notan no puedan tener jamás el carácter de identidad; todo lo cual pone de manifiesto la idea de un plan general común á todos los seres, y excluye la posibilidad de una transfiguración bajo la influencia de agentes exteriores.

Según la teoría transformista, el desarrollo del óvulo es la filogenia ó historia del desarrollo de la especie, de lo cual se sigue que la sucesión genealógica del óvulo debe ir presentando los caracteres superiores que comprende; por lo tanto, lo primero que debería presentarse, según la teoría, serían los caracteres superiores de orden, género, etc., lo cual no sucede, como lo ha demostrado Agassiz, puesto que los caracteres específicos son los primeros que se presentan, y esto está en perfecto desacuerdo con la teoría evolucionista.

Darwin confiesa que no todos los animales pasan en sus evoluciones por los diferentes estados de sus tipos antepasados; esto no se compagina muy bien con el carácter de generalidad é ineludibilidad que tienen las leyes naturales,

ni con la explicación que dan los evolucionistas del desenvolvimiento de los seres; pues, de ser como ellos dicen, toda excepción es imposible. Infiérese de aquí que las leyes que rigen el desarrollo de los animales en sus primeros períodos no prueban la verdad del transformismo; antes al contrario, demuestran que se halla en contradicción con los hechos confirmados por la experiencia. Vogt, citado por el Marqués de Nadaillac en los *Progresos de la Antropología*, confirma esto mismo cuando dice: «La célebre ley biogénica del paralelismo exacto entre la filogenia y la odontogenia, que tuve por fundada durante mucho tiempo, flaquea por su base».

Toda la fuerza del argumento embriogénico la colocan los transformistas en la semejanza de los embriones y en que no se halla diferencia alguna en las primeras fases de su desarrollo; pero no creo sea motivo suficiente para afirmar que no existan diferencias la sola razón de que éstas aparezcan en los primeros momentos, ni mucho menos para deducir de la semejanza, ni aun de la misma identidad material, la identidad de origen. Que el microscopio no nos haya hecho notar hasta ahora diferencia alguna no es prueba, ni mucho menos, para dar por sentado que no exista, ¿Puede el microscopio darnos á conocer todo cuanto encierran en sí las células embrionales? ¿No pueden haberse tomado algunas veces ciertas apariencias por una realidad preconcebida? Fredaul, en su *Fisiología general*, nos asegura esto diciendo: «Trabajos numerosos sobre el desarrollo del germen han demostrado que se habían tomado ciertas apariencias por la verdad, y que la imaginación había tejido una verdadera novela. Está probado que si en ciertas épocas de su evolución el germen humano se asemeja lejanamente ya á un gusano, ya á un renacuajo, estas semejanzas son muy lejanas, y que es preciso creer de ellas lo que se creería de un hombre que, mirando fijamente á las nubes, dijese que veía palacios, los jardines de Armida, caballeros armados y todo aquello que puede concebir una imaginación fuertemente exaltada» (1). Bien creo puede deducirse de esto que

(1) Fredaul, *Fisiología general*, pág. 366.

existen diferencias y que las semejanzas notadas, más aparentes que reales, no autorizan para establecer la identidad, no ya de origen, pero ni la embrional.

Pero supongamos que existe la identidad real entre los óvulos; ninguno tendrá más dificultad para explicar la diferencia de los seres que los materialistas; porque siendo iguales materialmente y sujetos únicamente á las leyes mecánicas, ¿por qué las células no son aptas para producir, ya unos seres, ya otros? Nunca podrán los materialistas dar una explicación satisfactoria de esta divergencia de desarrollo de los óvulos, porque jamás podrán comprobar cómo y por qué unos mismos elementos dan indefectiblemente unas veces un ser y otras otro, pero siempre los mismos según las especies embrionales. Por eso se verán precisados á admitir una distinción entre las células embrionales, la cual jamás podrá demostrar la observación y la experiencia, pero que en realidad es la más importante y profunda. Esta distinción la establece la idea creatriz, como la llama Claudio Bernard, que imprime á dichas células, cualquiera que sea su apariencia ó identidad si se quiere, direcciones originales y divergentes. De la semejanza ó identidad material de los embriones, todo lo más que pueden deducir los transformistas es su igualdad; pero la lógica no autoriza para deducir la identidad de origen.

Si hemos de creer á los evolucionistas, los animales superiores pasan en sus fases evolutivas por formas que pertenecen á tipos inferiores; pero Agassiz asegura terminantemente que «ningún animal superior atraviesa por una serie de fases que recuerden los tipos inferiores del reino animal, sino que sencillamente experimentan una serie de modificaciones propias del tipo de los criminales á que pertenecen».

Y respecto al hombre es todavía más explícito Perrier afirmando que «en ninguna fase de su desarrollo es el embrión humano un zoofito, como tampoco es reptil ó pez en otra fase más adelantada». El mismo Gaudry, que acepta parte de la doctrina de la evolución embrional, reconoce que dicha ley no es general, que no puede aplicarse, por

ejemplo, al driopiteco ni al hombre» (1). En vista de lo expuesto y de las autoridades citadas, creo nos sea lícito concluir que la Embriología no suministra á los evolucionistas razón alguna para colegir del desarrollo embrional de los animales, y mucho menos del hombre, un origen común á todos.

Si bien están de acuerdo los sostenedores de la nueva doctrina en negar la intervención de Dios en la aparición del hombre, y en afirmar que éste procede de otros animales transformados, no sucede lo mismo desde el momento en que se trata de determinar la genealogía humana. Todos afirman y reconocen que el antepasado inmediato del hombre no es ninguno de los simios actualmente existentes, así como unánimemente sostienen que fué uno de especie hoy extinguida. El antropopiteco ó pitecantropo es quien, según ellos, debía tener los lazos que unen al hombre con el bruto. Darwin dice que nuestro antepasado fué un mamífero velludo de orejas puntiagudas. La genealogía de Hæckel ya la referimos anteriormente. Cope nos da por antepasado á un lemúrido; Schmidt á un paquidermo. Carlos Vogt, á pesar de negar en ocasiones la descendencia simia del hombre, sostiene que las razas de América se derivan de los monos americanos, de los africanos los negros y de los asiáticos los negritos; en fin, cada uno de los partidarios puede decirse que nos asigna distinto antepasado.

Preguntemos á los transformistas, dice Vigouroux, dónde están esos seres intermediarios que unen al hombre con el mono, y nos responderán que ellos no pueden presentarlos porque probablemente se encuentran en el fondo del mar. ¡Y á este acudir á lo desconocido se le honra con el nombre de ciencia! ¡Como si la ciencia no debiera tener por base hechos perfectamente probados! El parentesco del hombre con el mono no tiene otro apoyo que hipótesis puramente imaginarias, mientras que las diferencias que existen entre uno y otro son hechos tangibles y palpables. El hombre y

(1) Gaudry, *Mémor. soc.-géolog. El driopiteco*.—Véase Nadaillac, *Progresos de la Antropología*, traducción del Ilmo. Sr. D. R. Álvarez Sereix.

los monos, en general, presentan un contraste de los más notables, que ha sido objeto hace mucho tiempo de profundo estudio por parte de algunos hombres eminentemente científicos. El primero es un animal andador y los segundos trepadores; en los dos grupos se reconocen perfectamente la diferencia de la locomoción, y es un hecho que los dos tipos son perfectamente distintos. Dejando á un lado las diferencias anatómicas de la mano y del esqueleto, puestas de manifiesto por Gratiolet, Alix y otros anatómicos, sólo fijándonos, dice Quatrefages, en los caracteres más visibles en el hombre y en los antropomorfos, como lo hace Pruner-Bey, se llega á establecer como principio fijo que existe un orden inverso del término final del desarrollo en los aparatos vegetativos y sensitivos, en los sistemas de locomoción y reproducción. Aún hay más: este orden inverso se reconoce igualmente en la serie de los fenómenos del desarrollo individual, tal cual sucede en los dientes permanentes y en el ángulo esfenoideal de Virchow, según lo han demostrado Pruner-Bey y Welker; pero donde es más notable la dirección inversa es en el cerebro, como lo ha probado Gratiolet. «Así en el hombre como en el antropomorfo, cuando son adultos, se observa en el modo de ser de los pliegues cerebrales cierta semejanza que ha podido inducir á error, y sobre la cual se ha insistido tenazmente; pero debe tenerse en cuenta que en el mono las circunvoluciones tèmpero-esfenoideales que forman el lóbulo medio aparecen y se terminan antes que los anteriores que forman el frontal, mientras que en el hombre las circunvoluciones frontales se presentan primero y las del lóbulo medio después» (1). Es evidente, dice el ilustre Quatrefages, de cuyo informe sobre el progreso de la Antropología son extracto las líneas anteriores, que cuando dos seres organizados siguen en su desarrollo un orden inverso, el más

(1) Curiosas son por demás é interesantes las observaciones de Mr Gratiolet en esta materia, y de buen grado las transcribiríamos; pero hemos de desistir de ello en gracia de la brevedad. Puede verse en las memorias de la Sociedad de Antropología, su *Mémoire sur la Microcéphalie*.

elevado de los dos no puede descender del otro por vía de evolución.

Hace ya más de cuatro lustros que, con motivo de una cuestión propuesta por Broca á la Sociedad de Antropología de París, Pruner-Bey trazó un cuadro comparativo de los aparatos vegetativo, sensitivo y de locomoción del hombre y los antropoides; sus conclusiones, contrarias en un todo á la teoría de la evolución, no han podido hasta el día desecharse ni contradecirse. Á pesar de las cuestiones de Anatomía, Fisiología y Paleontología suscitadas posteriormente, aquellas conclusiones rigurosamente científicas no han perdido nada de su valor y subsisten para demostrar que el argumento de la evolución anatómica y fisiológica que presentan los transformistas carece de todo fundamento científico.

¿Qué parentesco nos une con los antropoides? Los transformistas, para eludir sin duda la fuerza del argumento tomado de las diferencias que existen entre el hombre y el mono, ya que éstas no permiten considerarle como descendiente de las formas simias hoy conocidas, dicen que los pitecos actuales no son nuestros abuelos, ni siquiera hermanos, sino, si acaso, según expresión de Duval, primos muy lejanos (*très arriére petits cousins*), por cuanto no descendemos de ellos directamente, sino de formas antepasadas comunes, de las cuales se separaron como ramas de un tronco común series de tipos diversos que han llegado paralela é independientemente, los unos al tipo hombre, los otros al tipo antropoide. Esto no obsta para que nos aseguren que es necesario reconocer el origen simio del hombre, por cuanto se notan más diferencias entre los monos mismos, con proceder todos de un tipo, que entre un negro y el mono más perfecto. Viéndose obligados á reconocer las diferencias notabilísimas que se observan entre el hombre y los antropomorfos, se refugian en el argumento que acabamos de indicar, sin tener en cuenta que ni la lógica ni la ciencia pueden admitirle: no la lógica, porque de que los monos difieren más entre sí que lo que difiere el negro del mono más perfecto no puede sacarse la conse-

cuencia de que todos tengan una descendencia común; esto prescindiendo de que se afirma que todos los monos proceden de un tipo por vía de transformación, lo cual no está probado, digan lo que quieran los transformistas. La ciencia tampoco autoriza la argumentación presentada por los transformistas, pues no basta comparar alguno que otro miembro, órgano ó hueso para deducir que es mayor la distancia que separa á los cuadrumanos entre sí que la que separa al negro del mono más perfecto; hágase el estudio de comparación en todos los órganos, y se verá que, por grandes que aparezcan las diferencias entre los simios superiores é inferiores, siempre su plan general de organización está en concordancia, en correspondencia armónica con el tipo á que pertenecen, y se evidenciará que sus semejanzas son de menor valía que lo que aparece á primera vista, así como se patentizará la diferencia inmensa que separa al hombre, aunque sea el menos favorecido de las razas humanas, del mono más perfecto. Fórmese el paralelo de los cráneos de los monos entre sí, y el cráneo del hombre más degradado con el de aquéllos, y esto sólo bastará, como lo han demostrado Bischoff y Aeby, para hacer resaltar la distancia considerable que media entre el hombre y el mono, y demostrar que es mayor ésta que la que existe entre las diversas familias simias.

«Á la verdad, dice Zimmerman, que toda esta anatomía inspira lástima. ¿No hay acaso en el hombre más que huesos? ¿Constituyen el esqueleto y las vísceras el ser humano? ¿Dónde se deja la facultad de la inteligencia manifestada por la palabra? La inteligencia y la palabra: hé aquí lo que forma al hombre; hé aquí lo que le convierte en el ser más acabado de la creación, en el ser privilegiado de Dios.» En efecto, existen en el hombre diferencias de un orden superior que le separan con una barrera infranqueable del mono. El hombre habla, piensa, reflexiona, razona, es religioso (1), moral y libre en la manifestación de sus senti-

(1) Muchos y muy notables antropólogos constituyen en la religiosidad el carácter distintivo y esencial del género humano. Á nadie puede caberle la

mientos; todo lo contrario vemos en el mono. El hombre es perfectible, mientras que los animales, por elevada que sea su categoría, no lo son.

FR. FIDEL FAULÍN,
Agustino.

(Concluirá.)

menor duda de la inmensa importancia que reviste dicho carácter. Sólo la enunciación de esta propiedad, mientras no se demuestre lo contrario, creemos sea suficiente para separar y aislar al hombre de los demás animales, y, por tanto, no nos detendremos á explanar los ideas que sobre tan importante materia exponen los antropólogos citados.





A UNA NIÑA

Aunque reinas sin querer,
deja que de luz te ciña,
niña que unes en tu ser
con los encantos de niña
los encantos de mujer.

Clara y negra tu mirada
como una noche estival,
tu cintura delicada,
tu morena tez bañada
en éter meridional;

Todo en ti gracia y alteza
de pensamiento respira
y humildad y gentileza,
y toda tu alma se mira
reflejada en tu belleza;

Alma grande y soñadora
como gruta donde mora
un hada que en su interior
mil prodigios atesora
que iluminará el amor.

Ya, por mi edad, algo lejos
de los niños y los viejos,
soñé, impenitente, á falta
de otra ventura más alta,
darte amorosos consejos.

Me halagaba la quimera
de impedir que el casto edén
de tu cariño se abriera
á ninguno que no fuera
digno de tan alto bien.

Pues que dieras me dolía
la llave del corazón
á quien tal vez no sabría
sentir la dulce armonía
de su encantada región.

Mas creo que de improviso,
pese á mis tiernos afanes,
la diste sin mi permiso,
y que ya tu paraíso
no necesita guardianes.

¡Qué mucho, si yo, inocente,
olvidé que se desliza
el amor tan sutilmente
que aun á veces no lo siente
ni el alma que tiraniza!

Á tu gusto me acomodo,
que, en mi insensato egoísmo,
ninguno hallaría modo
para agradarme del todo
como no fuera yo mismo.

Permite, mientras despido
con lágrimas en los ojos
mil ensueños que se han ido,
plumas de su roto nido
dejándome por despojos;

permite que mi cantar
para aquel día te ofrezca
en que el ramo de azahar

sobre tu frente amanezca
ante el perfumado altar.

Porque da mayor dulzura
al arpa, según oí,
la recóndita amargura
del que canta una ventura
que quisiera para sí.

JUAN ALCOVER.





LA TORRE DE LOS ENCANTADOS

Se eleva sobre un cerro que tiene todas las cualidades de monte, junto á la hermosa villa de Caldas de Estrach, llamada vulgarmente Caldetas, es decir, Caldas pequeña.

Es Caldas de Estrach ó Caldetas una villa risueña y alegre, de blancas y graciosas casas, á orillas del mar, en nuestra costa catalana de Levante, á poca distancia de la ciudad de Mataró, y unida hoy á Barcelona por el ferrocarril que desde la capital de Cataluña se dirige á Francia.

Cuando estuve yo por primera vez en Caldetas no existía aún vía férrea, y el viaje, en que hoy se emplea algo menos de dos horas, ocupaba entonces casi todo el día, siendo ciertamente viaje muy fatigoso y en muchas ocasiones de gran riesgo. La carretera, que no era muy buena, carecía de puentes en algunos puntos, y el coche cruzaba el río Besós y las varias rieras que encontraba al paso, aventurándose por inciertos vados, lo cual solía ser muy arriesgado y por demás peligroso cuando las aguas venían de crecida.

Así, y con estos riesgos, iba yo todos los años, siendo mozo imberbe, acompañando á mi buena madre, que solía tomar los baños y aguas salutíferas de Caldetas.

El pueblo estaba, y está, dividido en dos, ofreciendo entrambos pintoresca perspectiva. El uno, el de abajo, se

halla en la misma playa, al pie de un monte que parece pronto á desplomarse sobre él, mientras que el otro tiene sus casas al terminar una ladera y en actitud de escalar el monte. Se llama el uno Caldetas de Mar, y el otro Caldetas *de Dalt* ó de arriba. El primero es el pueblo de los marinos, el segundo el de los montañeses y labradores.

La carretera de Barcelona á Francia dividía en dos mitades el pueblecito de Caldetas de Mar, y en otras dos mitades lo dividía también la riera llamada de Caldetas, formando así una cruz, que tenía por leño el camino y por brazos la riera.

Hoy, esas Caldetas de Mar, que en mi época era sólo una especie de barrio de pescadores, es una villa peregrina, llena de encantos en verano, de animación y de vida. Punto de reunión y cita de distinguidas familias, que acuden á buscar la salud en sus famosas aguas termales, tiene cómodos hoteles, preciosas casitas, villas y chalets peregrinos, salas de baile y de concierto, y, á más de su limpia playa, todo lo que agrada y atrae á esas colonias veraniegas que salen de las ciudades en busca de salud para el cuerpo, de solaz para el pensamiento y de vida para el alma.

Puesto que estos artículos, que hoy me ocupo en escribir, están destinados principalmente á recoger tradiciones y costumbres populares que se van, y á consignar datos y noticias folklóricas que ya casi se han ido, debo decir algo muy curioso sobre el nombre de este pueblo.

Suponen algunos que el nombre de Estrach, que este pueblo lleva, lo tenían también algunos otros pueblos vecinos, como, por ejemplo, San Andrés y San Vicente de Llevaneras, que se denominaban Llevaneras de Estrach. Los que asientan esto, afirman que el vascuence fué el primer lenguaje que se habló en Cataluña, y que, en vascuence, la palabra *strac*, *estrac* ó *restrac* significa frutal silvestre. De ahí el nombre de Caldas de Estrach.

Los que así piensan explican de este modo la etimología de los nombres que llevan las poblaciones de nuestra costa levantina. Así, por ejemplo: Lloret, dicen, es una voz vascuence compuesta de *lor*, que significa *flor*, y de *eta*, que su-

pone abundancia ó frecuencia de alguna cosa, y de consiguiente, Loret, actualmente Lloret, es lo mismo que floresta ó lugar abundante de flores. Iluro, dicen (nombre antiguo de Mataró), es una palabra compuesta de *ilia*, que en vascuence equivale á población, y de *ur*, que en el mismo idioma quiere decir agua, significando, por consiguiente, población de agua ó cercana al agua. Mata, añaden, es palabra derivada de la vascuence *matza*, que corresponde á viña, cepa, uva, vino. Borriac ó Buriac se compone de la palabra *burúa*, en vascongado cabeza, y de *orriach*, que es áspero ó estéril.

De estos y otros ejemplos por el estilo deducen que la primera lengua hablada en España, y también naturalmente en Cataluña, fué el vascuence. Puedo no participar de la opinión, pero la consigno.

Dije ya que el monte que se alza junto á Caldetas se halla coronado por la que llaman *Torre de los encantados*.

He ido á Caldetas muchísimas veces, pero sólo una visité la torre, hace ya muchísimos años. La cuesta es pina y el acceso difícil.

Cuando estuve en ella parecióme de construcción morisca. Debió de ser vigía ó atalaya de los moros en tiempo de su dominación por esta costa, ó más bien, quizá, de nuestros abuelos los reconquistadores cuando querían poner á cubierto de invasiones piráticas los pueblos de la playa.

Estaba bastante bien conservada, y aunque un agujero, remedando una puerta, abría paso al interior, bien á las claras demostraban las piedras allí hacinadas que aquella abertura era reciente. La entrada á la torre sería por medio de una escalera de madera ó de cuerda, colgante de la ventana del primer piso.

De tres constaba esta torre, sin escalera ninguna que á ellos condujera ni vestigios de que la hubiese tenido nunca. En el suelo de cada estancia aparecía una abertura cuadrada, y por ella pasaría la escala de cuerdas que facilitaba el ascenso y descenso interior.

Se alzaba la torre en el centro de un patio de armas circular bastante capaz, cerrado por una gruesa muralla alme-

nada que tenía abierta brecha por dos puntos diferentes.

Sirvió de telégrafo militar en las guerras civiles y disturbios de este siglo, y acerca de ella corren en boca del vulgo tradiciones y leyendas.

Pretenden algunos que todos los años, el día de San Juan, es decir, el día de las leyendas, como el cielo sea claro y el sol brillante, la sombra de la *Torre de los encantados* se refleja á mediodía en la plazuela que hay en Mataró delante de la posada de Montserrat. Allí aparece por breves momentos á dicha hora el contorno de la torre. Es de advertir que Mataró dista dos buenas leguas de Caldetas.

Dice también otra tradición que antiguamente había un camino subterráneo que desde ella conducía á un punto distante de la playa. Pudo ser esto, pues la cosa era frecuente en castillos aislados, cuyos defensores hallaban así manera de abastecerse ó fugarse al ser sitiados ó combatidos.

Por lo que toca á su nombre de *Torre de los encantados*, se refieren ciertas fábulas, alguna de las cuales pudo tener origen en determinado suceso.

Suponen unos que en tiempos antiguos, á altas horas de la noche, se veían salir torrentes de luz por las ventanas y se oían gritos, cantos, risas y estruendos, acompañado todo unas veces de choque de vasos y botellas, y otras de ruidos extraños y misteriosos, algazara que se achacaba á los demonios ó encantados que habían tomado posesión de la torre, convirtiéndola en su morada.

Con esta tradición se acompaña, naturalmente, la que va siempre unida á consejas de esta clase, y es la de suponer que una vez ciertos mozos del pueblo, echándola de valientes, quisieron sorprender los misterios de aquel lugar; pero al llegar al pie del muro salieron en tropel los demonios y los sujetaron, llevándoselos á los profundos infiernos, sin que nada más volviera á saberse de ellos. Desde entonces infundió terror tal el sitio, que nadie se acercaba allí ni subía á la montaña, sobre todo de noche.

Otra versión oí, pero ya ésta me pareció más plácida y peregrina, y más propia, sobre todo, de encantos y hechicerías.

Había una vez en el pueblo una muchacha que era muy pobre y vivía con sus padres en la mayor miseria. Era, en cambio, muy agraciada y de hermosura singular y extraordinaria. Un día, sin saberse cómo, desapareció de la casa de sus padres, quienes en vano la buscaron; en vano hicieron diligencias y se valieron de todos los medios posibles para encontrarla. Cuando ya habían renunciado al placer de abrazarla, llorándola como perdida para siempre, pasado mucho tiempo, la joven se presentó de improviso en su casa, pero no pobre como de allí saliera, no andrajosa y sucia, sino lujosamente vestida, espléndida de belleza, adornada de joyas, portadora de varias arcas llenas de objetos valiosos y llevando en la mano una cestita de plata con muchas monedas de oro.

Lo que entonces contó la muchacha para explicar su desaparición y escapatoria fué muy singular y dió mucho que decir á las pentes del pueblo, que se agrupaban para verla, para admirarla y oírle contar su deleitante aventura, origen de su misteriosa riqueza.

Hallábase una tarde la joven cenicienta sentada en una peña, al pie del monte en cuya cima se eleva la *Torre de los encantados*, y allí fué sorprendida por las primeras sombras de la noche. Iba á levantarse para regresar al pueblo y á su casa, cuando, de repente, oyó gran estrépito de batir de alas, y vió que descendía de las nubes un águila monstruosa como en ademán de arrojarse á ella. Helada de espanto, cataleptizada por el terror, la pobre muchacha se quedó inmóvil. Abalanzándose entonces el águila, la cogió suavemente entre sus garras y remontándose cruzó de nuevo los aires, yendo á depositar á la joven en el patio de la *Torre de los encantados*.

Una vez dentro del murado circuito, la doncella vió con sorpresa cómo el águila monstruosa que allí la trajera se transformaba en un gallardo y apuesto mancebo, el cual le dijo con voz dulce:

—No tengas miedo. No he de hacerte ningún daño. Soy un príncipe que estoy aquí encantado por malas artes de un mago poderoso, enemigo de los míos y enemigo también de

la hermosa princesa á quien adoro y de quien por este medio me alejan. Dentro de este recinto puedo recobrar mi forma y mis hábitos, puedo ser yo mismo; cada vez que intento salir me veo transformado en águila. Así permaneceré encantado mientras no venga una doncella, intocada y virgen, á vivir en esta mansión. Y esta doncella debe permanecer aquí, de su propia voluntad y sin ser forzada, hasta el día en que una paloma blanca penetre por la ventana y vuele á ella y le dé con su piquito un beso en los labios. Entonces será cuando yo quede libre y recobre mi ser y existencia de mortal. ¿Quieres tú de buen grado ser esta mi doncella salvadora? Á mí no volverás á verme en esta forma mientras no recobre mi libertad; pero cuidaré de que nada te falte, y cuando llegue el suspirado día de mi desencantamiento, volverás á tu casa colmada de riquezas. Prendada la joven del mancebo y de la novedad, se avino á todo.

Vivió mucho tiempo sola en la torre. Tenía un lujoso aposento, una cama de oro y maderas olorosas con mullidos colchones de plumas y seda para descanso, arcas llenas de ricos trajes, espejos de plata, todo lo que puede hacer cómoda y feliz la vida, pero no podía salir ni ver á nadie. Estaba ella á su vez allí como encantada.

Cada noche entraban genios invisibles en el departamento, que limpiaban y arreglaban. Y cada mañana, al levantarse, la joven encontraba una joya más, un dije nuevo, algo que la entretenía y ocupaba durante todo el día.

Algunas veces oía el batir de las alas, y el águila acudía á posarse en el alféizar de su ventana, mirándola con ojos encendidos y registrando con ellos el interior de la estancia como para asegurarse de que nada faltaba á la hermosa doncella.

Así se pasaron muchos, muchos días, hasta llegar aquel en que, hallándose al amanecer tendida en recamados cojines junto á la ventana, gozando del sueño del alba, que es el más dulce sueño, oyó un suave batir de alas y vió entrar á una paloma, blanca como la nieve virgen y no hollada del vecino cerro, la cual se acercó amorosamente á su rostro, imprimiendo un dulce beso en sus labios.

En aquel momento retembló la torre en sus cimientos, retumbó un trueno estrepitoso, una nube blanca se extendió por la estancia y, al disiparse ésta, la joven se encontró delante del mancebo, que había recobrado su forma y que acariciaba la mano de una dama tan gentil como gallarda. Era la princesa á quien el mago había encantado también transformándola en paloma.

Agradecieron los novios á la doncella el servicio que tuvo ocasión de prestarles, y la colmaron de bienes y riquezas, con todo lo cual llevó la dicha y la abundancia á la casa de sus padres. Y colorín colorado, el cuento se ha acabado.

Pero existe otra tradición que es más bella aún y más grata. En tiempos muy remotos moraba en la *Torre de los encantados* una mujer de agua.

Sabido es lo que son las mujeres de agua en nuestras comarcas catalanas del Vallés y de los Pirineos. Son infinitas las tradiciones que á ellas se refieren, y algunas conté yo en determinados pasajes de mis libros.

Especie de hadas buenas y bienhechoras, las mujeres de agua acostumbraban á llevar la dicha donde quiera que aparecían. Nadie ignoraba en la comarca que la *Torre de los encantados* era morada de una mujer de agua. Se la veía en noches de luna aparecer sobre la plataforma de la torre, con su luenga vestidura blanca y su estrella de plata en la cabeza, y no faltaba quien asegurase haberla visto lanzarse á los aires y, en brazos de ellos, descender á la playa para bañarse en las olas del mar á la luz de la luna.

Pero no obstante la vecindad de aquella huéspeda insigne, y contra todo lo que esperarse debía, la comarca estaba lejos de alcanzar los beneficios que acostumbraban ir aparejados con la presencia de una mujer de agua. Las cosechas iban cada vez de mal en peor, toda clase de calamidades y plagas caía sobre el país, y la miseria y el hambre llamaban á la puerta de cada casa.

Un día la campana convocó al pueblo á concierto, y fueron congregados los vecinos en asamblea general para tomar acuerdo en vista de las desdichas cada vez más crudas y patentes.

Todo el mundo culpaba á la mujer de agua. Los males habían nacido poco después de aparecer ella, y la opinión general era que debía arrojársela del país y arrasar la Torre de los encantados, por todos entonces tan maldecida. Iba ya á tomarse por aclamación el acuerdo, cuando alzó su voz un anciano, de todos respetado y querido, el cual, con palabras de moderación y consejos de prudencia, les hizo ver cómo era mala consejera la pasión y cómo por el camino de los atropellos sólo se llega al pueblo de las venganzas.

—En vez de exasperar á la mujer de agua—les dijo—y despertar sus iras, pidámosle humildemente amparo y clemencia. Solicitémosla para amiga; no vayamos á rechazarla como enemiga, y, seguramente, alcanzaremos de su bondad lo que jamás conseguiríamos de su ira.

Fueron atendidos los consejos del anciano, se decidió que él mismo, al frente de una comisión de prohombres del pueblo, pasara á solicitar el amparo y los favores de la mujer de agua. Ésta no se hizo de rogar; se dignó recibir en el acto la comisión, como si fuera sencillamente una reina constitucional moderna en época de costumbres democráticas; accedió generosamente á su deseo otorgándoles su protección, y pidió que fuese congregado el pueblo para el día siguiente á hora del mediodía.

Y, en efecto, á la hora anunciada se presentó en la plaza pública, ante el pueblo, como una simple mortal, y haciendo seña para que se la siguiera, bajó por un camino pedregoso que terminaba en la riera. Al llegar allí, volvióse á la multitud que tras ella se agrupaba, y dijo:

—Por las entrañas de este monte cruza un río de plata. Voy á abrirle paso, y ésta será vuestra prosperidad futura.

Y en seguida, á guisa de Moisés, hirió la peña con una varita, y brotó el golpe de agua salutífera que ha hecho la fortuna de aquellas termas y de aquel pueblo.

Tales son las tradiciones que recogí, referentes todas á la *Torre de los encantados*, en la pintoresca villa de Caldetas, junto al mar azul y al pie del monte del agua santa.

VÍCTOR BALAGUER.

Fres del Val, Septiembre de 1895.



LA RISA

No á la ciencia preguntes, vida mía,
si quieres que tu ser no se acongoje
cuando te abrace la deidad sombría,
y de toda tu excelsa poesía
con sus cínicas manos te despoje.
No leas en sus libros, tan repletos
de arcanos y secretos
que por sus líneas se camina á tientas,
con sus brutales números no juegues;
no tu hermosura al bisturí le entregues
en sus trágicas clínicas sangrientas,
porque tu carne mórbida, ese cielo
oculto en blondas y escondido en gasas,
á la fría incisión del escalpelo
escurrirá sus linfas y sus grasas;
no se asomen tus ojos á la lente
á ver tristes realismos,
no aprisiones las alas de tu mente
con sus rudos y férreos silogismos,
que arrojan la verdad bárbaramente;
del misterio no llames á las puertas,
no en las retortas viertas

el llanto de tus ojos virginales,
 porque el químico análisis, bien mío,
 descompondrá ese mágico rocío
 en fórmulas y en sales.

*
 * *

¿Para qué, pues, entregas al estudio
 de la audaz ciencia humana
 tu risa soberana?

¿No te basta saber que es un preludio
 que en notas y en arrullos se desgrana?

¿Á qué, curiosa y terca,
 qué es la risa preguntas á los sabios?

¿No la sientes venir hasta tus labios
 cual música lejana que se acerca?

*
 * *

Y el caso es que á esa ciencia augusta y grave
 que un griego tituló filosofía

le pasa lo que á tí: que no lo sabe.

Pero no lo dirá, pues su grandeza,
 su fama, su prestigio, su osadía,
 le impiden ese arranque de franqueza.

Psicológicamente,

Kant te dirá en seguida

que la risa del hombre es solamente
 una espera fallida;

Platón, Hobbes y Darwin, que presumen
 de haber dejado la verdad ilesa,

te expondrán que la risa es, en resumen,
 una mezcla de orgullo y de sorpresa;

Hæckel, á toda prisa,

al ver el desbarrar de esos autores,

gritará que es la risa

un vaivén de placeres y dolores;

replicará Dumont en bella prosa

que nada de eso creas,
y que la risa humana es otra cosa:
el choque cerebral de dos ideas.
Y tú refutarás esas doctrinas
con sendas carcajadas cristalinas.

*
* *

Pero no, no te rías, que ahora mismo
va á explicarte otra ciencia
de la risa el grosero mecanismo.
Y con torpe insolencia
te dirá sin retóricos rodeos
que tu risa, esa escala de gorjeos,
esa ráfaga humana de armonía,
ese rumor de viento entre palmares,
es sólo ante la audaz fisiología
un gasto de encefálica energía
y un juego de resortes musculares;
que al estallar, vibrante y juguetona,
quedan los grandes vasos comprimidos,
y torpemente el corazón funciona
y tu sangre el cerebro congestiona
y hay en tu pulso pausas de latidos;
que entonces se enrojece tu semblante,
que despiden el aire, jadeante,
de tu pulmón los fuelles;
que detrás de tus pechos de querube
el diafragma en el tórax baja y sube
como impelido por violentos muelles;
y, en fin, que tus divinas carcajadas,
con músicas formadas,
no son trinos de un arpa que se pulsa
ni son ecos de perlas que rebotan...
¡sino sonidos trémulos que brotan
de la glotis convulsa!

*
* *

¿Lo ves? ¡Estás llorando! Fuí profeta.
Pero, ya que á la ciencia interrogaste,
ahora, mi bien, pregúntale al poeta.
Todo en el mundo ríe, vida mía,
el amor, la alegría,
el arte soberano,
el río ansioso que en el mar se pierde,
el rojo labio, la campiña verde,
el azul oceano.

En la celeste esfera
ríen luz los albores;
arroja la vibrante primavera
sobre el triste verdor de la pradera
su carcajada espléndida, de flores;
ríe el ebrio torrente desbordado,
el nido, de alas lleno,
el astro, entre las sombras desbocado,
y se ríe el nublado
con las risas eléctricas del trueno;
en largas filas, mudas y serenas,
sonríen las esfinges colosales,
no lejos de las líbicas arenas;
el arte ríe en la gloriosa Atenas
por boca de sus Venus inmortales;
el oasis sonríe en los desiertos,
rientes se destrenzan los raudales;
y en medio de sus fúnebres quietudes,
la misma muerte, con sus soplos yertos,
mueve los labios de los niños muertos
y sonríe en los blancos ataúdes.

*
* *

Triste ó brutal, resuelta ó indecisa,
es, en el hombre, varonil murmullo,
trino en la cuna, en la mujer arrullo;
la esperanza es irónica sonrisa,
risa de besos el cariño santo,

el sarcasmo es insulto ebrio de risa,
el humorismo es risa ebria de llanto.

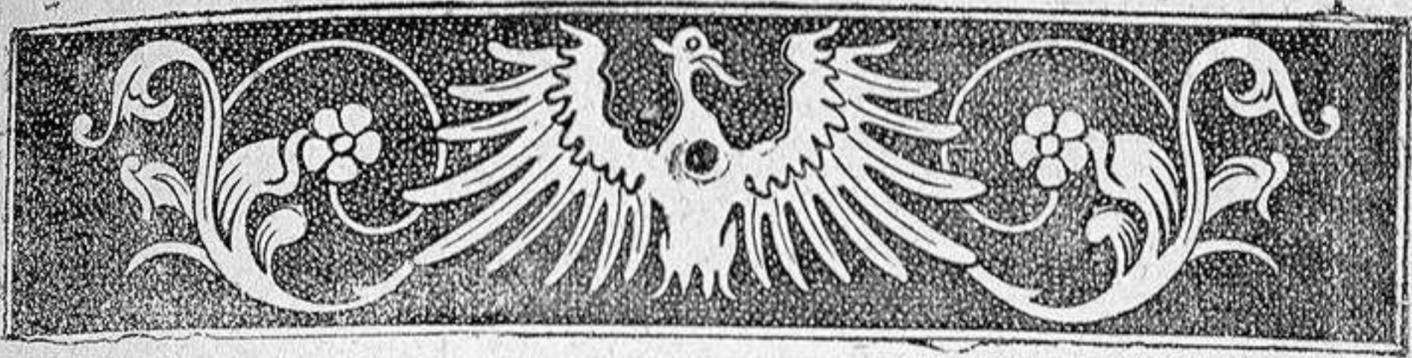
*
* *

Y la sátira es más: como Proteo,
se transforma á compás de su deseo,
y es chiste agudo, frase envenenada,
verso terrible, libre giganteo,
¡sin dejar de ser risa y estocada!
Una vez fué lanzada
por un genio sarcástico y profundo,
y aun palpita en los aires, desolada,
aquella atronadora carcajada
con que Voltaire ensordeciera el mundo!
Y otras dos veces, de inmortal memoria,
lanzáronla un siniestro sacerdote
y un soldado español lleno de gloria...
Y ahí están *Gargantúa* y el *Quijote*,
¡las dos risas inmensas de la Historia!

*
* *

Ya sé, mi amado bien, que en el momento
en que, riante y llena de contento,
al pobre trovador tus brazos abras,
como Hamlet, la ciencia descreída
te dirá que estos cánticos, mi vida,
son *palabras, palabras y palabras*.
Mas no maldigas la brutal rudeza
de la ciencia inflexible:
ella te ofrece la Verdad terrible;
yo, la augusta Belleza.
Aprende, pues, las leyes y los versos
que ella y yo te brindamos,
pues son de un mismo sol rayos dispersos.
Aunque hablamos idiomas tan diversos
una y otro, mi bien, de Dios hablamos!

GONZALO DE CASTRO.



REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA CASTELLANA ⁽¹⁾

G J

En otro lugar hemos reproducido un párrafo de la 8.^a edición del Diccionario de la Lengua en que la Academia, *atendiendo al deseo y conveniencia general de simplificar en lo posible la escritura de la lengua patria*, proponía la sustitución de la *g* por la *j* en las sílabas *ge gi*, aunque dejando la sanción de la reforma para cuando ya se hallase generalizada. Consecuente con esta indicación, fueron muchas las voces que en la edición nombrada aparecían escritas con *j* á pesar de haberse escrito siempre con *g*, y sucesivamente ha ido aumentando su número hasta el punto de que ya poco tiene que hacer el uso para llegar á la total sustitución de la *g* por la *j* en su sonido fuerte. Sólo, en efecto, resta ahorrar á la Academia el trabajo de ir reduciendo gradualmente el número de voces escritas con *g* antes de *e i*. Hágase la reforma de una vez, cual propuso la misma Academia al decir en su Gramática que debe fijarse el oficio de la *g* y de la *j*, limitando el de la primera de ambas letras; dese á la *g* el nombre de *gue*, por ser el que le corresponde; resérvese para la *j*

(1) Véase la pág. 275 de este tomo.

la expresión del sonido fuerte que la misma pronunciación de esta letra indica, y la Academia será la primera en congratularse de la innovación efectuada, porque el triunfo será principalmente suyo á causa de la resolución y constancia con que viene preparándolo (1).

H

Si hay alguna palabra castellana en que, por excepción, pudiera respetarse la etimología, es la de ESPAÑA. Inspíranos tanta veneración todo lo que nos recuerda la patria, aun lo que por ser cosa material parece que debiera sernos indiferente; de tal modo creeríamos una profanación alterar esa sencilla combinación de letras que tantas glorias representa y que tanto habla á nuestro espíritu desde niños, que tal vez no nos atreviéramos á proponer en este punto la variación más insignificante, por mucho que á ello nos empujara la fuerza de la lógica. Pero ESPAÑA, por triunfar siempre, ha triunfado también de los etimologistas; las generaciones que nos han precedido, como si se hubieran propuesto borrar de tan glorioso nombre todo lo que pudiera recordar cuatro siglos de dominación extranjera, prescindieron

(1) Entre los vocablos que en la última edición del Diccionario de la Lengua figuran con *j*, no obstante estar escritos con *g* en las anteriores, podemos citar los siguientes: Jinete, jineta, jigote, jinjol, jira, jirafa, jirasol, jirón, jiga, jinebro, jinglar, jinja, jirapliego, jiral, jisofina, jisofla, jironado, jisma, jismero, jiste, herbaje, hornaje. Sabido es, por lo demás, que es una reforma solicitada de muy antiguo. La propuso Nebrija é insistió en ella Mateo Alemán: «La *g*, dijo éste en su *Ortografía castellana*, que impropriamente los pasados llamaron *je ó ji*, que todo es malo, comunmente a sido usada de los latinos é griegos, a quien llamaron ellos *gamma*, i a quien aquí nosotros, á su imitación, llamamos *ga* con toda propiedad por ser sólo esa su voz natural. Los latinos pudieron darle doble oficio porque no tenían la *j*, i entre nosotros se introdujo por parecernos que cuanto nos acercasemos a la lengua latina, tanto seríamos más perfectos, y como yo lo tengo muchas veces dicho, es engaño nuestro i una disculpa de nuestra pereza contentandonos con el trabajo ajeno sin querer ver si nos esta bien o no. A ellos por ventura les importó usarlo, como a nosotros dejarlo... Todos los que de la ortografía escriben, digo los que la entienden, dicen que la pronunciación de la *g* con la *e* i con la *i*, diciendo *ge*, *gi*, es impropia i adulterina». En igual sentido se expresó el docto catedrático de la Universidad de Salamanca, Gonzalo Correas, en la *Ortografía castellana* que dedicó en 1630 al Príncipe Baltasar, hijo de Felipe IV.

de *Hispania*, y muy de veras debemos los partidarios de la reforma ortográfica celebrar tan feliz circunstancia, no sólo porque no necesitamos luchar con nuestras convicciones, como hubiéramos luchado si se escribiera *Hespaña*, sino también, y muy principalmente, porque si no se ha respetado la etimología en palabra de tanto relieve, no hay motivo para respetarla en las demás; y si no existe razón alguna para conservar la *h* en las palabras que se escriben con esta letra por consideración á su origen, mucho menos deberá conservarse en las que no les corresponde por etimología.

«Y acaso no incurriría en audacia vituperable, ha dicho el Sr. Tamayo y Baus en ocasión muy solemne, el escritor que en ciertas personas de los verbos *desosar* y *oler*, verbigracia, *deshueso*, *huelo*, y en dicciones como *huérfano* y *huevo* omitiese esta *h* intrusa que no tiene por etimología, que no se emplea en la mayor parte de las personas de aquellos verbos ni en *orfandad* y *ovario*, y que no sirve por consiguiente más que para introducir lamentable discordia entre individuos de una misma familia»; y como la misma razón existe para suprimir aquella consonante en todas aquellas voces que la llevan sin que les corresponda por su procedencia, no es extraño que el mismo Sr. Tamayo y Baus dijera también entonces que «fuera quizá conveniente que el uso de los entendidos propendiera á mejorar la ortografía suprimiendo la *h* en algunos vocablos»; de suerte que, según el docto Secretario perpetuo de la Academia Española, mejoraría la ortografía castellana suprimiendo la repetida consonante en las palabras que no la tengan por etimología, y aunque es cierto que, según el Sr. Tamayo y Baus, debiera en cambio de esta reforma añadirse la *h* en los vocablos que por su procedencia deben tenerla, á nuestro propósito basta que tan competentísima persona reconozca que ganaría la ortografía á consecuencia de la supresión en ciertas palabras, porque esto envuelve la confesión de que la *h* es una letra perfectamente inútil, pues de no considerarla así no se expresara en aquellos términos, y si inútil es en los vocablos que no les corresponde por etimología, inútil es también en las palabras que en su origen la tuvieron; tan inútiles todas,

como las suprimidas por el Gobierno alemán en la ortografía de su patria. Puesto que todos los españoles necesitan saber escribir su idioma, y muy pocos, relativamente hablando, disponen de elementos bastantes para aprender la etimología de todas las palabras castellanas, el modo más eficaz de mejorar la ortografía es reformarla en términos de que todos los españoles sepan sin dificultad alguna escribir su lengua, no inventar obstáculos tan injustificados con el de hacer averiguaciones más ó menos prolijas para saber si se han de escribir ó no determinadas palabras con una letra que siempre es perfectamente inútil. Más diré. La ortografía castellana no puede ser más que el arte de escribir correctamente nuestra lengua. Dar, por lo tanto, reglas para el empleo de la *h* en la escritura, podrá ser todo menos ortografía *castellana*, puesto que en castellano no existe sonido alguno que corresponda á aquella letra, y es verdaderamente ridículo afanarse por dar reglas para expresar lo que no existe, aparte de que la misma Academia ha reconocido en su Gramática (pág. 359 de la última edición) que «acerca de muchas voces que se escriben con *h* no se pueden dar reglas seguras» (1).

(1) Verdaderamente fatigaríamos á nuestros lectores si hubiéramos de recordarles los vocablos que se escriben sin *h*, á pesar de tenerla por etimología, y los que, por el contrario, figuran en el Diccionario con aquella letra, no correspondiéndoles por su origen; pero no será de más citar algunos de los más comunes para que se vea hasta qué punto es falaz la etimología como regla para escribir el castellano, y cuánto es cierto que nuestra ortografía no tiene de arte más que el nombre. Pueden servir de ejemplo á este propósito, en cuanto á palabras que se escriben sin *h* correspondiéndoles esta letra por su origen: *ayer* que procede de *heri*, *¡ay!* de *¡hei!*, *azar* de *azahr*, *invierno* de *hibernus*, *aleluya* de *halleluiah*, *ogaño* de *hoc anno*, *alabarda* de *hallebarde*, *albergue* de *herbergen*, *aborrecer* de *abhorribilis*, *alamar* de *alhamira*, *alá* de *allah*, *alfarero* de *alfahar*, *distraer* de *distrahere*, *diamela* de *Du Hamel*, *dalia* de *dahl*, *alelí* de *alhiri*, *tamarindo* de *taner hindi*, *denostar* de *dehonestare*, *almete* de *helm*, *almirez* de *almihres*, *almotacén* de *almohtaceb*, *prender* de *prehendere*, *arcabuz* de *hakenbuchse*, *arcada* de *harcada*, *arenque* de *harinc*, *sustraer* de *substrahere*, *subastar* de *subhastare*, *retraer* de *retrahere*, *reprender* de *reprehender*, *arúspice* de *haruspex*, *azotea* de *azoteiha*, *comprender* de *comprehendere*, *contraer* de *contrahere*, *maíz* de *mahis*, *oboe* de *hautboix*, *ola* de *kul*, *obús* de *haubitze*, *orzuelo* de *hordeolus*, *ujier* de *huissier*, *sanedrín* de *sanhedrin*, *soez* de *soghez*, etc., sin contar sinnúmero de vocablos procedentes de palabras en que la *h* formaba sílaba entre otra consonante y una vocal, como *catholicus*, *cathedra*, *cothurnus*, *corinthius*,

I Y

Después de las declaraciones hechas por la Academia española respecto al empleo de la *i* y de la *y*, no hay medio de usar esta última letra como vocal sino rebelándose contra tan alta autoridad y cometiendo á sabiendas grande error. Aquella docta Corporación ha dicho terminantemente, en la pág. 360 de la última edición de su Gramática castellana, que si todavía la *y* usurpa en varios casos sus oficios á la *i* es *contra toda razón ortográfica*, y tanto empeño ha mostrado en que se dé á ambas letras el destino que por su respectiva índole les corresponde, y en que por ningún concepto se confundan, que en vez de seguir llamando *i griega* á la *y* le da el nombre de *ye*. Falta, pues, á los preceptos ortográficos el que escribe *buey, rey, soy, ley, estoy, voy, etc.*,

methodus, rheuma, thalamus, thema, thallus, rhetorica, rhombus, pantheon, theoremata, thesis, thius, thronus, etc.

Pocos son los vocablos que se escriben con *h* no correspondiéndoles esta letra por etimología, pero todavía pueden citarse algunos, como *huevo* de *ovum*, *hueva* de *ova*, *hueso* de *os*, *tahur* de *taurar*, *cacahuete* de *cacaualt*, *tahali* de *talic*, *halagar* de *afalegar*, *haleche* de *alausea*, *bahía* de *baía*, *cohechar* de *coactare*, *alcahuete* de *alcaued*, *hopalanda* de *opelanda*, *horda* de *ordu*, *huero* de *urinus*, *huérfano* de *orphanus*, *hatajo* de *actao*, etc.

Aparte de que en esto del origen de los vocablos hay mucho que entender, pues son numerosas las palabras que, según se las considere como procedentes del latín ó del griego, deben escribirse con *h* ó sin ella; por ejemplo: *armonía*, *arpa*, *ética*, etc., y aun pudiéramos citar otras varias que, no obstante haber pasado del idioma latino al nuestro, ya tienen en el desenvolvimiento de la lengua castellana antecedentes de que no se puede prescindir, si en la manera de escribir las palabras se estima indispensable atender á su procedencia. Así es, por ejemplo, que la palabra *hombre* corresponde al *homo* de los latinos, pero en rigor procede de *ome*, que es como se decía y se escribía en la Edad Media, y *ome* de *omme* y *omne*; por lo tanto, la voz *hombre*, atendida su procedencia, debe escribirse sin *h*, como aún se escribía en el siglo XVII. Preceptuar que se emplee esta letra porque, si bien en los siglos medios prescindimos de ella los españoles, los romanos escribían *homo*, es dar mayor valor á la etimología cuando el origen de las palabras es extranjero que cuando se encuentra en el mismo idioma del país, é impone el deber de investigar la procedencia de las palabras hasta las épocas más remotas, pues así como los romanos tomaron la palabra *harmonía* de los griegos y éstos escribían *armonía*, muy bien pudiera suceder que la palabra *homo* procediera de alguno de los varios idiomas ó dialectos que contribuyeron á la formación del latín y que en estas lenguas más antiguas el vocablo correspondiente á *homo* se escribiera sin *h*, como pudiera suceder también que no siempre los romanos lo escribieran del mismo modo, como sucedió con otras palabras.

y desde que la Academia ha acordado que la *y* se llame *ye*, preciso es emplear la letra *i* en lugar de la *y* para unir dos ó más palabras ú oraciones por medio de aquella conjunción, porque de emplear la *y* resultará cosa muy distinta de lo que quiso escribirse. Desde que la Academia ha declarado que la *y* debe llamarse *ye*, con el muy plausible objeto de fijar desde luego su sonido, si vemos escrito, por ejemplo, *armas y letras*, tenemos que leer *armas ye letras*, y para que de otro modo se lea, habrá de escribirse *armas i letras*, que es, después de todo, como en otros tiempos se ha usado y como se usa todavía en la América española.

Nada, por otra parte, más justificado que lo resuelto por la Academia:

Porque las letras consonantes en ningún caso deben hacer oficios de vocal, por lo mismo que son consonantes, esto es, que corresponden á sonidos que nunca pueden pronunciarse sin auxilio de vocal, según ya lo consignó la Academia en su primer Diccionario cuando dijo (pág. LXXI): «...porque en qualquiera parte que fe hallen, ya sea en el medio, ya en el principio, la que es vocal siempre es vocal y la que es confonante es confonante, y afsí no hai fundamento para confundirlas».

Porque si para no escribir ya *lágryma*, *cysne*, *lynce*, *cyprés*, etc., sino *lágrima*, *cisne*, *lince*, *ciprés*, no ha habido más razón que la indicada de que las consonantes no deben usarse como vocales, por igual motivo no debemos tampoco escribir *ley*, *convoy*, *soy*, *estoy*, *hoy*, etc., sino *lei*, *convoi*, *soi*, *estoi*, *hoi*.

Porque si hace ya tiempo que la Academia declaró costumbre viciosa emplear en lo manuscrito como letra inicial la *y* mayúscula, obedeciendo siempre al mismo motivo de que el sonido á que corresponde la *i* sólo puede ser expresado por esta vocal, no por una consonante, no se explica que se prescinda de tan oportuna advertencia al escribir los vocablos terminados en *i*, como si lo que es vicioso al principio de dicción pudiera permitirse al final de la misma, y como si lo que no es tolerado cuando la *i* va precedida de *u* sin formar diptongo, como en *aquí*, pudiera consentirse

cuando la *i* es final y forma diptongo con la *u*, como en *muy*.

Porque si los vocablos *rey*, *ley*, *frey* suenan, prescindiendo del acento, lo mismo que *reí*, *leí*, *freí*, no hay razón para escribirlos con distintas letras.

Porque si aun en los tiempos en que tanto se prodigaba la *y* como vocal se escribía *mui*, *hai*, *frai*, no se explica el retroceso de escribir actualmente *muy*, *hay*, *fray*.

Porque si no escribimos *doyles de comer*, sino *doiles de comer*, no hay motivo satisfactorio para escribir *les doy de comer*, puesto que la colocación del artículo en nada altera la palabra á que va unido, y si no escribimos *reyno*, sino *reino*, no se explica que se continúe escribiendo *rey*.

Finalmente, porque tratándose de voces poco generalizadas, el empleo de la *y* en lugar de la *i* puede ser motivo de que se lean mal; así es, por ejemplo, que la voz *aryana*, escrita todavía por algunos de este modo, es leída *ar-ya-na* por muchos que no tienen noticia de aquella antigua raza (1).

Pero ya que la Academia ha declarado que sólo contra toda razón ortográfica todavía la *y* usurpa á la *i* sus oficios en varios casos, ¿por qué continúa cometiendo esta irregularidad? Por excesiva timidez, por haber exagerado el deber que tiene de respetar la tradición. Pudo vacilar antes de hacer aquella tan terminante declaración; pero, una vez hecha, ha debido ser la primera en *no escribir contra toda razón ortográfica*, y por consiguiente, en limitar el uso de la *y* al que le corresponde como consonante. Mucho menos explícita ha estado respecto al empleo de la *rr* en las voces compuestas cuyo segundo elemento comienza con *r*, porque en este punto sólo ha dicho que *conviene* duplicar esta última letra para facilitar la lectura, y sin embargo, no ha abandonado al uso la observancia del consejo, sino que ya

(1) No será de más recordar á los partidarios de la tradición en materias de ortografía que en la edición de la Gramática publicada por el ilustre Nebrija, en 1492, *ni una sola vez* se emplea la *y* como vocal, y en cambio encuentran escritas con *i*, entre otras muchas voces, las siguientes: *io*, *ia*, *cuió*, *suió*, *tuió*, *aier*, *oie*, *aiamos leienda*, *coiuntura*, *maior*, *bueies*, *leies*, *reies*, *iugo*, *leiendo*, *hoiuelo*, *aiuntar*, *Pompeio*, *Troia*, etc. Á juicio de aquel insigne gramático, sólo debía emplearse la *y* «en los lugares donde podría venir en duda si la *i* es vocal ó consonante».

emplea la *rr* en todos sus escritos cuando de las indicadas voces se trata. ¿Es que quiere la Academia dejar al uso la aplicación de sus preceptos? Pues limitemos todos el empleo de la *y* al que le corresponde como consonante; demos á esta letra el nombre, no de *i griega*, sino de *ye*, y no sólo dejaremos de cometer á sabiendas numerosas faltas ortográficas, sino que la Academia nos agradecerá grandemente la reforma, porque no habremos hecho sino respetar sus declaraciones y reconocer una vez más su indiscutible autoridad en punto al empleo de las letras.

M

Tratándose de una letra que siempre suena del mismo modo y que no comparte con ninguna otra sus oficios, parece mentira que tengamos necesidad de mencionarla en este sitio, porque, en rigor, todo lo que de ella se puede decir es que debe escribirse *m* cuando suene *m*, cual sucede con todas las letras cuya pronunciación no se confunde con las demás y cuyo empleo es constante y exclusivo, como la *f*, la *l*, la *t*, etc., y sin embargo, algo más tenemos que decir respecto á la *m*. Á causa de haber olvidado que no son los sonidos los que deben subordinarse á las letras, sino éstas á aquéllos, por no ser las letras sino modo de expresión, simples signos que de ningún modo deben influir en la manera de nombrar las cosas, porque si hay duda respecto á este último punto, no es discutiendo las letras que han de emplearse al escribir la palabra en cuestión como debe resolverse la duda, sino resolviendo sobre la palabra misma con arreglo á los antecedentes y elementos propios de esta clase de controversias, y dejando para luego el tratar la manera de escribirla, si alguna duda ofrece, de acuerdo con las reglas de nuestra ortografía; olvidando, decíamos, tan sencillo principio, que es común á todos los idiomas y á que ha obedecido sin duda la Academia, cuando ha publicado su Gramática sin la parte relativa á la ortografía, por considerar con razón sobrada que son cosas muy distintas y de todo

punto independientes la manera de nombrar las cosas y la de escribir los nombres aceptados, esta insigne Corporación, al fijar los oficios de las letras de nuestro alfabeto, en vez de limitarse á decir respecto á la *m* que conserva su valor latino y suena constantemente del mismo modo, porque en rigor nada más hay que decir de ella, como de las demás letras cuya pronunciación no se confunde con las restantes del alfabeto, viene consignando en todas las ediciones de su Gramática la regla de que en las voces castellanas debe usarse *m* y no *n* antes de *b* y *p*, y esto no sólo constituye una verdadera intrusión de la ortografía, sino que equivale á conceder al arte de escribir correctamente las palabras, que es como la Academia define la ortografía, una extensión que no le compete, cual lo indica esta misma definición, porque decir si se ha de emplear la *m* ó la *n* es más que fijar el modo como se deben escribir las voces de que estas letras forman parte; es alterar las palabras, y así como la ortografía no ha podido declarar que se escriban con *m* las preposiciones *en* y *con*, sencillamente porque se pronuncian así en nuestro idioma, tampoco ha podido ordenar que se escriban con aquella letra las palabras compuestas: *comprobar* y *combatir*, *embarcarse* y *empapelar*. Hoy tenemos ya que escribir así estas palabras, dentro de las reglas de la actual ortografía, porque no obstante mandarlo quien no pudo hacerlo, el uso ha aceptado el precepto, y con *m* hemos de escribir también todas las demás palabras cuyo primer elemento sea alguna de aquellas preposiciones ó la partícula *in*, si en efecto pronunciamos *m* y no *n*. Pero si el uso no ha sancionado la extralimitación cometida, como no la ha sancionado en alguna ocasión análoga de que luego hablaremos, y se pronuncia *n* en vez de *m* no obstante ser *b* ó *p* la letra inmediatamente posterior, *n* y no *m* debe escribirse como en *cienpiés*, en *Cienpozuelos* y en el apellido *Sanpedro*, porque nadie dice ni debe decir, dada la composición de estas palabras, *ciempiés*, *Ciempozuelos* y *Sampedro* (1). La ortografía—ya

(1) No ignoramos que con el nombre de *CieMpozuelos* figura en el respectivo Nomenclátor oficial este pueblo de la provincia de Madrid, y que en

lo hemos dicho—está autorizada para designar la letra que debe emplearse cuando son dos ó más las disponibles para expresar el mismo sonido. Ha podido, por consiguiente, decir la Academia que después de la *m* no se escribirá *v* sino *b*, y si la *p* compartiera con otro signo su oficio, análoga advertencia pudo hacer respecto á esta letra; pero lo que ha hecho declarando que antes de *b* y *p* debe usarse *m* y no *n*, es alterar el idioma, de que se llama, y con razón, depositaria. Hoy no podemos asegurar si decir, por ejemplo *eMpobrecer*, *eMpedrar* y *eMbetunar*, en vez de *eNpobrecer*, *eNpedrar* y *eNbetunar*, como decimos *eNlosar*, *eNcalar* y *eNriquecer*, por ser palabras compuestas, cuyo primer elemento es la preposición *en*, ha sido siempre una de tantas

el Diccionario de la Lengua no se encuentra el de *CieNpiés*, sino el de *CieMpiés*; pero también sabemos que todo el mundo llama *CieNpozuelos* á aquel municipio, tanto por los elementos que entran en la composición del vocablo, como por haberse escrito de este modo en tiempos pasados, según puede verse en el Auto IV de los Acordados, título XXV, De la tasa del pan; y también es un hecho indiscutible que nadie llama *cieMpiés* al *cieNpiés*, por el mismo motivo que hubo para llamarle, tiempo atrás, *cientopiés*, esto es, por las muchas patas que tiene este insecto, circunstancia que indica perfectamente la sílaba *cieN* y no la de *cieM*, la cual nada dice. En cuanto al apellido *Sanpedro*, sucede lo mismo que con muchos apellidos, y es que sin razón satisfactoria se escribe de distinto modo, según usos tradicionales de las familias ó con arreglo al criterio particular del que los escribe; pero es de toda evidencia que, hallándose formado de *San* y de *Pedro*, debe conservarse la *n* al escribirlo, como la conserva el lenguaje hablado y la conservan otros apellidos de análoga composición, como el de *Sanjuán*, *Sanmillán*, etc. Todo lo más que, como precepto ortográfico, pudiera exigirse es que se escribiera aquel apellido como recientemente he visto escrita la palabra *donpedro*. El insigne novelista Sr. Valera, en su última producción, *Juanita la Larga*, no atreviéndose á alterar aquel nombre, porque esto es lo primero que debe evitarse en punto al lenguaje, y no queriendo seguramente faltar á la regla en virtud de la que delante de *b* y *p* debe escribirse *m*, ha salido del apuro uniendo las palabras *don* y *pedro* por medio de un guión, de este modo: *don-pedro*. Pero como no se emplea esta forma de escribir cuando se designa la aludida flor con el nombre que también tiene de *dondiago*, ni en el sinnúmero de palabras compuestas de que consta nuestro idioma, no hay razón satisfactoria que abone el empleo del guión, en el indicado caso, á no ser como expediente el más hábil que ha podido emplear un académico colocado en la disyuntiva de faltar á reglas dictadas por la Corporación de que forma parte, ó alterar el idioma castellano, de que tan celoso guardador se muestra en todas ocasiones. Opinamos, por lo tanto, que así como escribimos *dondiago* debe escribirse *donpedro*, á despecho de aquel precepto, y que así como escribimos *Sanjuán* debemos escribir *Sanpedro*. Lo hemos dicho repetidas veces y no nos cansaremos de repetirlo. Nadie está autorizado para alterar los nombres de las cosas á pretexto ó con ocasión de dar reglas para escribirlas, y no es el lenguaje hablado el que debe subordinarse al escrito, sino éste á aquél, de quien es mero instrumento.

irregularidades que, como todos los idiomas, ofrece el nuestro, ó ha sido consecuencia de la arbitraria regla en virtud de la que se escribe *m* y no *n* antes de *b* y *p* (1); pero pueden citarse ejemplos en que se ve con toda claridad la alteración que ha podido sufrir nuestro idioma á consecuencia de semejante precepto. Según el Diccionario de la Academia, ya para nadie es dudoso que *convoy* se escribe así, es decir con *v*; pero en el siglo pasado la opinión estaba dividida en este punto, y mientras los partidarios de la *v* escribían la palabra como en la actualidad, los que abogaban por la *b*, consecuentes con la regla de que antes de esta letra debe escribirse *m* y no *n*, la escribían de distinto modo, *comboy*. Claro es que la cuestión no era en rigor ortográfica, porque antes de resolver sobre si debía escribirse aquella palabra con *b* ó con *v*, lo primero que se debió hacer fué fijar el vocablo, determinando en su consecuencia si había de sonar en él la *m* ó la *n*, de acuerdo con lo más admitido por el uso en el len-

(1) Como dato que podría tomarse en cuenta si se tratara de averiguar hasta qué punto la regla de que á la *b* y la *p* precede *m* y no *n* es una arbitraria imposición de nuestra ortografía, más bien que uno de tantos rasgos de nuestro idioma ó la sanción de usos aceptados, estimamos oportuno recordar que en los Ordenamientos dados por el Rey D. Alonso XI en Alcalá de Henares el año 1348, y que á la ventura hemos consultado entre los varios documentos comprendidos en el tomo primero de las *Cortes de León y de Castilla*, se encuentran los siguientes vocablos: *tiempo*, *enbargo*, *costumbre*, *enperador*, *setiembre*, *conpannero*, *enpennamiento*, *tronpa*, *enpadronador*, *conpra*, *nonbre*, *cambio*, *enxiemplo*, *sienpre*, *agunbre*, *ganbaxes*, *enpero*, *Canpos*, *conplir*, *enbiar*, *conprar*, *nonbrar*, *enplazar*, *enpobrescer*, *tenplar*, *conbidar*, *corronper*, *enprestar*, *enpennar*, *anparar*, etc. Asimismo convendría, llegado aquel caso, ver con todo desapasionamiento, sin prevenciones de ningún sentido, si en el lenguaje corriente se pronuncian las mencionadas palabras tal como quiere la Gramática que se escriban, ó continúan, por el contrario, pronunciándose cual aparecen escritas en los citados Ordenamientos y de acuerdo con los que en el siglo pasado, aunque con evidente exageración, sostenían que la *m* nunca puede preceder, no ya á la *b* ni á la *p*, sino á ninguna otra consonante. En el siglo XVI era corriente el uso de la *n* antes de *b* y *p*, según lo atestigua el *Diálogo de la Lengua*, escrito por Juan de Valdés hacia el año 1533. Preguntado el autor del libro por uno de los supuestos interlocutores cuál era su parecer acerca del empleo de la *m* antes de la *p* ó de la *b*, dice: «Por mi fe, en eso tanto, nunca seré supersticioso. Bien sé que el latín quiere la *M* y que, á la verdad, parece que está bien; pero como no pronuncio sino *N*, huelgo ser descuidado en esto; y así por cumplir con la una parte y con la otra (es decir, con la etimología y con el uso), unas veces escribo *M* y otras *N*, y así tanto me da escribir: duro es el alcacer para zanpoña, como para *zampoña*, y de la misma manera escribo: «á pan de quince días, hanbre de tres semanas», como hambre.» No debe olvidarse tampoco lo que á este propósito decía el ingenioso autor de *Guzmán de*

guaje hablado, á que tiene que subordinarse la escritura. Lo demás, esto es, la manera de escribirlo, era ya cosa que no debió ofrecer duda, pues resuelto que había de sonar la *m*, forzoso era escribir *comboy* ó *convoy*, según que se diese preferencia á la *b*, porque en castellano no existe el sonido que en otros idiomas tiene la *v*, ó se optase por esta última letra en consideración al origen francés del vocablo. Así como hubiera sido á todas luces impertinente, anómalo y absurdo hacer depender el empleo de la *m* ó de la *n* de que la *i* final de *convoy* fuese latina ó griega, de igual manera cometió la ortografía una verdadera intrusión haciendo que se pronunciara aquella palabra de distinto modo según que se escribiera con *v* ó con *b*. Y otro tanto diremos respecto á lo acontecido con las palabras *ninfa*, *sinfonía*, *triunfo*, etc. Estos vocablos figuran hoy en el Diccionario tal como acabamos de escribirlos, porque así se pronuncian; pero antes figuraban con *m*, y esto sólo pudo preceptuarlo la Academia si en efecto sonaba en ellos la *m*. Escribirlos con esta letra, no obstante el uso en contrario, únicamente porque no se empleaba en ellos la *f* sino la *ph*, y ser regla admitida la de que antes

Alfarache en su *Ortografía castellana*, publicada á principios del siglo XVII (en 1609), y es lo que sigue: «A mi parecer, i no sería solo (porque voy con con el de muchos mui eminentes ingenios) es más propio á nuestra lengua dezir: *inmortal*, *enbarazo*, *imperio*, que *immóbil*, *embarcación* ó *imperitos*. Este uso, este modo de pronunciar i escrebir quédese para cuyo es, que no es nuestro ni tenemos tal precepto... A sus dueños verdaderos (á los latinos) les corre la obligación de que nosotros estamos libres, para hazer lo que viéramos más conveniente cerca de nuestra pronunciación. Yo con mi pluma seguiré la *n*, despidiéndome de la *m* para en tales ocasiones». El uso ha dado la razón á Mateo Alemán en cuanto al empleo de la *n* antes de la *m*; pero todavía la Gramática sigue proclamando que antes de *b* y *p* no puede escribirse *n*, aunque *n* suene en multitud de casos. Conviene, por último, recordar el siguiente pasaje de la *Ortografía y pronunciación castellana*, publicada en 1582 por Juan López de Velasco: «Antes de *b*, *p*, y *m*, en el Latín y Griego, siempre se escribe *m* en lugar de *n*, por que dizen que no puede sonar la *n* de otra manera, haviéndose de cerrar los labios para pronunciar la *b* ó *p*, y aunque en el Castellano, si con atención se mira, se conoce claramente el sonido de la *n* antes que la *b m p* comiencen á sonar en *enbion*, *enmendar*, *enperador* y *tenprano*, y ninguno, que no sea enseñado, atinó jamás á escribirlos de otra manera, porque, naturalmente, no se escribe sino lo que por el oydo se perciba, todavía parece á los doctos y curiosos que se haga en la lengua Castellana lo que en las otras.» De suerte que á fines del siglo XVI, antes de *b* y *p* se pronunciaba y escribía *n*, aunque ya había quien abogaba por el empleo de la *m* en tales circunstancias «por conformarse en ello, según en otro lugar dice el mismo Velasco, con la escriptura latina que se comienza á vsar.»

de *p* debía escribirse *m* en vez de *n*, fué tan arbitrario como si en el caso de pronunciarse *nimfa*, *simfonía*, *triumfo*, se hubiera acordado el cambio de la *m* por la *n* sólo por haber convertido la *ph* en *f*, y como lo sería ahora si por respeto á la etimología se restableciera el uso de la *ph*. Si antes de que la Academia publicara su primer Diccionario todos decían *ninfa*, *sinfonía* y *triumfo*, por ningún concepto pudo aquella Corporación empeñarse en que al escribirlas se empleara en estas voces una *m* que no sonaba al pronunciarlas, ya fuese *f*, ya *ph* la primera letra de sus respectivas segundas sílabas. Subordinando aquellos nombres á la manera de escribirlos y alterándolos de aquella forma, la Academia olvidó su misión, pues atentó contra el idioma, en vez de defenderlo contra innovaciones injustificadas é incurrirá en la misma extralimitación cada vez que en más ó en menos altere el lenguaje en virtud de razones puramente ortográficas. Si, por ejemplo, la Academia, por consideración á la etimología, se decidiera á declarar que la palabra *invierno*, por proceder de *hibernus*, debe escribirse con *h* y con *b*, en su derecho estaría, porque autorizada está para fijar el modo como debe escribirse nuestro idioma, y la reforma encajaría en los principios fundamentales de la actual ortografía; pero lo que no podrá exigir es que se escriba *hiMbierno* en virtud de la mencionada regla de que antes de *b* y *p* no debe emplearse *n* sino *m*, porque esto sería alterar un vocablo unánimemente aceptado por el uso, y sus facultades no alcanzan á tanto.

La Academia, por consiguiente, en vez de hacer especial mención de la *m* al fijar los oficios de esta letra, como si su empleo fuese doble, y de consignar en la Gramática la regla que tanto hemos repetido, ha debido limitarse á decir, al tratar de la *b*, que debe usarse esta letra y no la *v* después de la *m*, por ser esto lo único que hoy pudiera ocasionar dudas, no el empleo de la *m* que, teniendo un sonido inalterable y exclusivo, no puede ofrecer dificultades, como no las ofrece el de la *t*, el de la *s*, ni el de las demás letras que, por sonar siempre del mismo modo y no compartir con otras sus oficios, no pueden usarse ni en más ni en menos casos que en aquellos en que suena; ha debido, en suma, seguir el mis-

mo procedimiento que ha observado con la *m* antes de *m*. También era regla de nuestra ortografía que antes de esta consonante no debía ponerse *n*, sino *m*, aun tratándose de vocablos que, por ser el primero de sus elementos la proposición *con* ó *en* ó la partícula *in*, debían escribirse y se pronunciaban con *n*; se pretendió, en su consecuencia, que se escribiese: *emmascarar*, *emmendar*, *immaculado*, *immemorial*, *imminente*, *immoderado*, *immutar*, *comminar*, *commover*, *immortal*, *immundo*, *immaterial*, *immediato*, *immenso*, *immóvil*, *immodestia*, *immutable*, etc.; pero el uso no se mostró en este punto tan dócil como en lo de la *m* antes de *b* ó *p*, y el resultado ha sido que han desaparecido todos aquellos vocablos del Diccionario, como ha desaparecido también de la Gramática la regla en virtud de la que se pretendía que de tan extraño modo se escribieran.

Por lo demás, harto se comprende que todo esto tiene muy poca importancia para los partidarios de la reforma ortográfica, porque éstos emplearán la *m* ó la *n* según que sue- ne una ú otra letra y cualquiera que sea la que le siga. Mientras se pronuncie la *m* en *impío*, *bomba*, *rumbo*, etc., así lo escribirán, pero usarán la *n* y no la *m* en *conbento*, *conboi*, *enbiar*, *conbidar*, pues aunque en estas palabras se convierta la *v* en *b* no dejarán de pronunciarse como hoy se pronuncian, y según repetidamente hemos dicho, no deben subordinarse los nombres de las cosas al modo de expresarlos, sino que éstos deben escribirse tal como salen de nuestros labios.

Por igual motivo huelga la observación consignada por la Academia en su Gramática respecto á que «suele la *m* preceder inmediatamente á la *n*, como en *indemne*, *himno*, *alumno*, porque si la advertencia va encaminada á dar á conocer uno de tantos rasgos de nuestro idioma, lugar más propio hubiera sido la prosodia, y con tal motivo hubiera podido también decir que, según ya en el siglo pasado sostenían algunos gramáticos, existe marcada tendencia á desaparecer la *m* antes de toda otra consonante, hasta el punto de que en el lenguaje corriente apenas se pronuncia en tales circunstancias, aunque todavía continúe empleándose en el lenguaje escrito en virtud de la tan repetida regla que impone la

m antes de *b* y *p*. Considerado el caso desde el punto de vista puramente ortográfico, decir que la *m* suele preceder inmediatamente á la *n*, sobre no ser exacto, porque la combinación es muy poco frecuente, aunque es en ella donde de un modo más perceptible suena la *m* (mucho más que antes de *b* y *p*), resulta tan ocioso como sería llamar la atención sobre el hecho contrario, esto es, que la *n* suele preceder á la *m*, porque tanto en un caso como en otro, se escribirá *m* donde suene *m* y *n* donde *n*, sin necesidad de hacer advertencia alguna en tal sentido; porque es lo que sucede con todas las letras de empleo exclusivo é invariable, las cuales se escriben cuando se pronuncian y no se escriben cuando no se pronuncian, y por igual razón ha podido también suprimirse la advertencia final de que en ciertas palabras es la *m* letra inicial, precediendo inmediatamente á la *n*, como en *mnemotecnia*, porque mientras así se pronuncie así deberá escribirse, y cuando ya el uso suprima la indicada letra inicial, como ya va ocurriendo en casos análogos, por lo mucho que las llamadas letras líquidas repugnan á la índole de nuestra lengua, otro tanto deberá hacerse en la escritura, cual ha sucedido con las letras iniciales de otras varias voces de igual ó parecido origen en que se ha suprimido la letra inicial, como en *ptisis*, *scismático*, *psalmo*, *psalterio*, *ptisana*, ó se les ha antepuesto una vocal, como en *scéptico*, *sperma*, *stentóreo*, *stoico*, *scrófula*, *sternón*, *stólido*, á fin de acomodarlas al carácter y modo de ser de nuestro idioma.

J. JIMENO AGIUS.





Á un escéptico.

De regreso á la iglesia el Sacramento pasaba en triunfo por la angosta calle, y las ventanas y balcones todos ostentaban vistosas colgaduras. Faroles mil de variadas formas disipaban las sombras de la noche, y las luces brillantes del cortejo que al Sacramento augusto precedían iluminaban la calleja oscura con los tibios y suaves resplandores de las fúlgidas nubes que en Ocaso el sol colora al trasponer las sierras. La alegría era inmensa, y el gentío se agolpaba impaciente. La custodia, revestida de espléndida hermosura, bajo una lluvia de fragantes flores y entre nubes de incienso, poco á poco majestuosa avanzaba, y á su paso las rodillas doblaban los creyentes.

Pocas horas después volví á la calle, y desierta y oscura y triste y fría,

fría, sí, la encontré, querido amigo.
 ¡Fría, desierta y, como tu alma, oscura!
 Como tu alma impía, que no adora,
 ni ama, ni cree, ni al contacto nunca
 se enardeció de férvido entusiasmo.

—

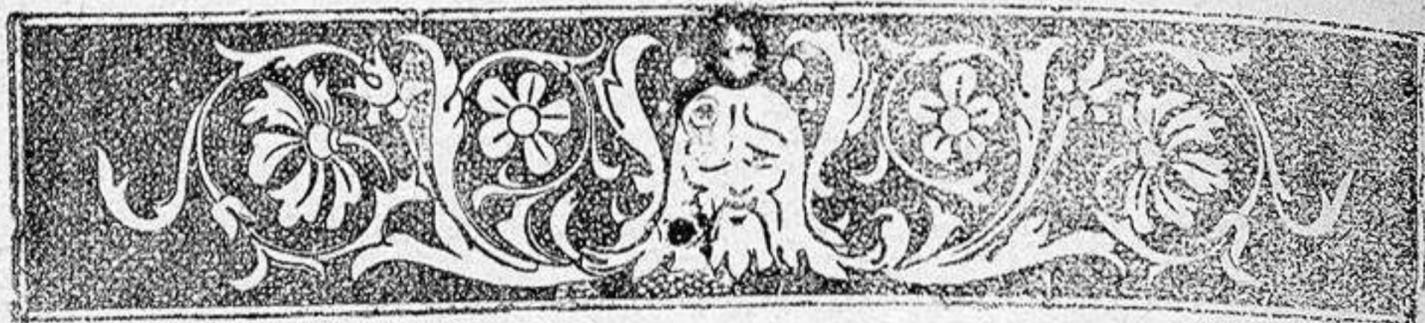
¡Ay, vuelve en ti, razonador sofista,
 vuelve en ti, que ya estás en el otoño
 de tu azarosa vida; vuelve, amigo!
 ¿Por qué dudar, cuando natura toda
 á esperar, á creer y á amar te enseña?
 ¿Por qué abismarte en la mendaz lectura
 de esos funestos libros, que en tu alma
 tan fatales estragos produjeron?
 ¡Para creer y amar sobran los libros!

—

La quietud, la amistad, una casita
 lejos del mundo, en la risueña orilla
 de este tranquilo mar, que raras veces
 ve encrespase sus olas, tal vez dieran
 á tu abatido espíritu la calma
 que tanto necesita. Ven, amigo;
 pruébalo pronto: bálsamo á tus males
 será el apartamiento de ese mundo,
 y al respirar el perfumado ambiente
 de este valle feliz—que vió los días
 de tu breve niñez—puede que sientas
 nostalgia de creencias infantiles,
 que convierten la tierra en paraíso.
 No las deseches, ven: ellas las sombras
 alejarán de tu alma, como aquellas
 luces brillantes que en solemne noche
 la lobreguez del callejón angosto
 disiparon, la gloria enalteciendo
 de la Suma Bondad llevada en triunfo.

ADALMIRO MONTERO.

Alicante.



UN NUEVO ASPECTO DEL QUIJOTE ⁽¹⁾

IV

EL «QUIJOTE» Y LA PASIÓN DE LOS CELOS

Como la pasión de los celos, una de las más terribles que puede sentir el hombre, al decir de un gran sabio, juega papel importante en la acción que los enamorados representan, Cervantes, que tan extensamente de ellos se ocupa en el largo transcurso de su inmortal historia, tenía—como lo hizo efectivamente—que dejar en ella expuesta su opinión acerca de ésta que llama *enfermedad rabiosa*. Dicha pasión es claro que durante la vida de matrimonio es cuando suele presentar caracteres que, por lo terribles, espantan, y producir resultados que, por lo trágicos, horrorizan; pero como nuestro insigne alcaáino no intentó sin duda presentar de ellos un estudio completo, porque sus causas son muy complejas, y por tanto sus aspectos muy varios, sino que cuando á ellos se refiere lo hace por incidencia, y excepción hecha de un solo caso, al ocuparse en los demás de los enamorados, cuando de los últimos trata, es cuando describe sus efectos y juzga sus consecuencias. Esta es la razón de tratar

(1) Véase la pág. 284 de este tomo.

de los celos en este lugar, y no después que nos ocupemos del matrimonio, como acaso pareciera más lógico y justo.

Invencibles y rigurosas dice muy bien que son sus fuerzas, porque encadenan fatalmente los sucesos, amontonan las desgracias y nos convierten en esclavos de nosotros mismos. Cuando son fundados sobre todo, igual la mujer que el hombre, sufre tormentos de que sólo sintiéndolos cabe dar exacta idea, y los amantes que padecen este mal angustioso generalmente experimentan contratiempos gravísimos, que tienen en ocasiones—como testimonia la crónica diaria—resultados funestos. Durante este período, en el hombre suelen presentar fases muy distintas, que reconocen por origen el exceso de cariño, que, como el miedo, abulta exageradamente las proporciones de los objetos, y la tendencia en él innata á imponer su voluntad y someter á su capricho la de la mujer que adora; mas en la mujer se manifiestan, aunque silenciosamente y sin ostentosas exterioridades, con caracteres más enérgicos y vengativos. Su naturaleza rencorosa y las dobleces de su carácter permítenla ocultarlos largo tiempo y aguardar la ocasión en que satisfacer plenamente su sed de venganza: un ejemplo encontramos que comprueba esto en Claudia, que, engañada por la ilusión del sentimiento de que se trata, da muerte á su amado Vicente, exclamando, después de consumada su obra, y arrepentida de su inútil crimen: *¡A qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en sus pechos!*

Mas si los celos no tienen fundamento serio, sino que suelen ser inspirados por la mujer misma para apretar más fuertemente los nudos de la red en la que tiene aprisionado *un corazón rendido*, ó por el hombre para probar el cariño de la dama de sus pensamientos, se desvanecen con la misma facilidad con que se forjan y se traducen en motivo de nuevas protestas de inquebrantable fidelidad y constancia. Hé aquí por qué el «mayor monstruo» tiene generalmente poco de tal entre los enamorados: basta á veces para destruirlos la sola presencia de la cosa amada, la cual, según frase del inclito Cervantes, «turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida». Si la mujer á quien se

quiere es una de las de que se trata en el último párrafo del capítulo anterior y da como pago á un buen deseo malas acciones, el hombre entonces, como el infeliz Cardenio en situación análoga, queda «falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó de manera que todo ardía de rabia y de celos».

Exclusivamente propia de los enamorados es una variedad de esta enfermedad peligrosa, muy común en la *clase*, pero muy expuesta á serios compromisos, si no va acompañada de una reflexión y serenidad grandes: es la que nace de contemplar con otro ó con otra la mujer ó el hombre con quien se mantuvieron relaciones, quedando rotas por cualquier motivo, pero permaneciendo vivo en el corazón «el fuego sacro del amor». Por lo que hace á éste, en una redondilla de una de sus comedias describió Moreto sus efectos, diciendo:

Insufrible es el dolor
de verla en otro poder.
pero dejarla de ver
perpetuamente, es mayor,

y por lo que se refiere á ésta, Cervantes, como se verá al tratar de la mujer, los determinó cumplida y exactamente.

Contra esta especie de celos no hay más que el voluntario olvido, ó tener la firmeza de Don Quijote, el cual de tal modo amaba á su Dulcinea del Toboso, que nada habría de moverle, decía, «á dejar de adorarla, que la tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas».

V

DE LA MUJER Y DE SUS CONDICIONES Y CUALIDADES FÍSICAS, INTELLECTUALES Y MORALES.—LA HERMOSURA Y LA FEALDAD DE LA MUJER: REMEDIO QUE DEBE ADOPTAR EL HOMBRE CONTRA AQUÉLLA.

Pruebas de que Cervantes se nos ofrece en la peregrina historia de Alonso Quijano como conocedor profundo de la mujer, se encuentran en abundancia en este inmortal libro.

«Animal imperfecto» la nombra, porque la que nace buena puede llegar á ser una santa, y la que posee malos instintos, un monstruo de perversidad. Sin embargo, por naturaleza, «las mujeres son tiernas y compasivas», y de condición ordinariamente «son presurosas y amigas de saber»... lo que no les importa, como en una de sus comedias asegura el poeta Rojas. De nacimiento «suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, á traerse bien y á andar galanas», y por instinto son todas ellas «vanidosas», pecado que se destaca poderosamente sobre todos sus defectos, pues como decía Marcela, «por feas que seamos las mujeres, siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas». Por origen también, y esto por sabido no necesita de comentario, la mujer «tiene naturalmente ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varón», y asimismo por condición es voluble y venal, cualidad expresada en este pensamiento: «entre el sí y el no de la mujer no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría», y completado después, por si no estaba bien explícito, con la interrogación siguiente: «¿Quién hay en el mundo que se pueda alabar de haber penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer?» Á cuya pregunta no hay más respuesta que la contenida en el inapreciable libro: «Ninguno por cierto».

Como entre la mujer buena y la mala media un «insondable abismo», según la obligada frase, Cervantes determina la línea divisoria que las diferencia y separa, ensalzando como es justo á aquélla y fustigando despiadadamente á ésta. «Con la primera—dice—debe hacerse lo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas, ó lo que el dueño de un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, que no consiente que nadie le pasee ni manosee: basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura»; pero con la segunda, toda precaución es poca, porque «la maldad de la mujer mala pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó, rogada y persuadida, y con mayor facilidad se entrega á otros».

Hecha la conveniente separación «de partes», otorga

sanos y experimentados consejos á la mujer buena, advirtiéndola, en primer término, que ajuste su conducta á su conciencia y á lo que la opinión demande y exija, pues «su honor consiste en la opinión buena que de ellas se tiene» y no haga pública ostentación de las bellezas de su rostro, ni de los trapitos con que adorne su figura, pues la doncella debe estar «con la pierna quebrada y en casa», porque, valiéndonos de las palabras de Sancho, *la mujer y la gallina* —dícenos— *por andar se pierden áína*, ó de prisa, que es lo mismo.

Adviértela también se libre de entretener á sus pretendientes con ánimo sólo de pasar el tiempo, para no merecer el dictado de *falsa*, y obrar siempre con ellos con gran corrección y miramiento, que, así como «no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no la sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos», así, por grande que sea el descoco del galán, «en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas». Guárdese muy mucho, pues, á sí propia, «que en estos detestables siglos—previene Cervantes—no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solitud, se les entra la amorosa pestilencia y las hace dar con todo su recogimiento al traste»; y no se fíen inocentemente de las palabras de los hombres, como el cantar dice y nuestro autor advierte, porque las palabras se las lleva el aire; ni de sus ofrecimientos, porque los tienen en poco; ni de sus dádivas, porque son intencionadas, ni de sus lágrimas, porque suelen ser fingidas. De sus apasionadas protestas ó sentidas quejas, cuando estén escritas en verso, hagan caso omiso, que, si como enamorados «siempre quedan tan cortos como verdaderos», como poetas no dicen la verdad nunca. Para que puedan, sin temor á engaño, corresponder á quien las pretenda, ha de reunir este «abecedario» de buenas cualidades, que merece por lo curioso conservarse en la memoria: «Agradecido, Bueno, Caballero, Dadivoso, Enamorado, Firme, Gallardo, Honrado, Ilustre, Leal, Mozo, Noble,

»Onesto, Principal, Quantioso, Rico, Sabio, Tácito, Verdadero y Zelador de la honra de quien ama».

Los hombres, por su parte, se encuentran en el deber de respetar á la doncella honrada y no ponerla «embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despojarla el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfección que la falta, que consiste en ser virtuosa».

Por lo que hace á sus inclinaciones, después de apuntar que «la mayor arma de la mujer, como la de los togados, es la lengua», á cuyo manejo son por demás dadas, y decirnos, no obstante, que *las mujeres no agravian*, consigna que la inclinación más manifiesta en ellas es «á el mejor cimiento y zanja del mundo», ó sea al Don Dinero, que dijo Quevedo, torciendo, á veces, por tal móvil los impulsos de su alma, acaso porque, según decía el escudero, «siempre un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado». Por consiguiente, la lucha con quien «á las gracias une buen dinero» es inútil, porque sus ventajas sólo «el vil metal» puede atajarlas.

Detalles hay en toda la obra que, unidos y eslabonados convenientemente, formarían curioso libro de estudio y consulta: aquí escribe que «las doncellas ocupadas, más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en sus amores», y que deben ocuparse en «los ejercicios que ofrece la aguja y la almohadilla, tan lícitos como necesarios» para ellas; más allá nos habla de la entereza de la mujer cuando de veras quiere, haciendo exclamar á Clara, apasionada de don Luis: «En mi vida le he hablado palabra y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él». Allí leemos una prueba de observación aguda, refiriéndose á la hermosa Quiteria en el instante de presentarse ante el cortejo que asistía á sus bodas: llegaba—éscribe—«algo descolorida, y debía ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas», y ocupándose de la virtud de la mujer, pregunta con gran razón, por boca de uno de los personajes que figuran en *El Curioso Impertinente*: «¿Qué hay que agradecer que una mujer

» sea buena, si nadie la dice que sea mala?» En las luchas del mundo, no en el encierro del claustro, donde no la vea ser humano, es donde se prueba su virtud, sin que haya necesidad para ello de ataque rudo, que al fin, siendo *de vidrio la mujer*, fácil es que se quiebre, pues, como pocos renglones después de los copiados se lee, «la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento». Valiéndose de Marcela, por último, disculpa en estos términos á las bellas que no admiten galanes que no son de su agrado: «No alcanzo que esté obligado lo que es amado á amar á quien le ama, y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cabe muy mal el decir: quiérote por hermosa, me has de amar aunque sea feo».

Pocas más citas añadiremos para completar el acabado estudio que del sexo femenino nos presenta Cervantes en su ingeniosa novela. Son las que siguen, relativas á la belleza de la mujer, la cual tiene, en su autorizada opinión, «prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades». Pero no todas las hermosuras enamoran, y es natural que así sea, «que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad», pues «si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descarriadas, sin saber en cuál habrían de parar», que, como se dice vulgarmente, se trocaría la tierra en una olla de grillos.

Una mujer, para que con justicia merezca el dictado de «bella», ha de ser, dice Cervantes, «hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y, finalmente, alta por linaje», sin que por esto, si la doncella es honesta, produzca efectos «irritantes» en el hombre, porque la hermosura en tal caso es «como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca».

El «summum» de perfección respecto á este punto se encuentra en el retrato que Don Quijote hace de Doña Dulcinea, con razón *la sin par* en belleza, porque en ella, decía, «se

»vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas». Merece copiarse, para que se pueda admirar la maestría de la descripción y la exactitud y elegancia con que están aplicados los epítetos. Dice así: «Sus cabellos son oro; su frente, campos elíseos; sus cejas, arcos de cielo; sus ojos, soles; sus mejillas, rosas; sus labios, corales; perlas, sus dientes; alabastro, su cuello; mármol, su pecho; marfil, sus manos; su blancura, nieve; y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas».

Fama de galante debía tener nuestro autor entre las mujeres, pues pocas son las ocasiones en que habla de las feas, y aun en estas contadas ocasiones, sus naturales defectos físicos procura encubrirlos con la delicadeza más exquisita de palabra y con la suavidad y blandura más grande en los calificativos; así dice, por ejemplo, tratando de Clara Perlerines, una de las doncellas más horribles que pueden ser imaginadas, cuyo rostro se encontraba marcado terriblemente por las viruelas, que sus hoyos no eran hoyos, «sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes». Alguna vez, tomando á broma esa fealdad, la satiriza con gran donaire, pero sin hacer mofa de ella, como lo hace cuando describe otra moza parecida á la que hemos citado. «Era tan limpia—dice—que por no ensuciar la cara trae las narices arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarla diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. Los labios son tan sutiles y delicados que, si se usara aspar los labios, pudieran hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado; está agobiada y encogida, y tiene las rodillas en la boca; su mano está anudada, y en sus uñas, largas y acanaladas, se muestra su bondad y buena hechura».

Hermoso retrato, á que el mismo Quevedo, perito en des-

cribir galanamente la fealdad femenina, hubiera puesto su firma.

Remedio que contrarreste las artes de la mujer y restablezca el desequilibrio que originan en las almas varoniles, nos da uno Cervantes, que consiste en pensar lo menos posible en la que pusimos los ojos: pues de lo contrario, por plagada que esté de defectos físicos y morales, dando en pensar en ella, se acaba por encontrarla perfecciones numerosas, que sólo tienen realidad en nuestro cerebro. Y como es dicho vulgar el pensamiento de Cervantes de que las mujeres saben componer «algunas mixturas y venenos con que »vuelven locos á los hombres», antes de caer en tan deplorable estado, vale más alejarse de ellas con el pretexto de dolernos y hablar mal, como uno de los personajes del *Quijote*, «de su ligereza, de su inconstancia, de su doble trato, »de sus promesas muertas, de su fe rota y del poco discurso »que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones».

VI

EL MATRIMONIO JUZGADO POR CERVANTES EN SU «QUIJOTE». SUS VENTAJAS Y DESVENTAJAS.

Después de ser expuestas las opiniones de Cervantes acerca de los enamorados, es lógico transcribir las que sustentaba acerca del matrimonio, cuya unión califica de *justa y santa*.

Ante todo, conviene observar que el ilustre soldado de Lepanto, que en casi toda la historia del loco manchego se manifiesta alegre y jocoso, como si la hubiera escrito con la sonrisa en los labios, cuando se ocupa del matrimonio lo hace siempre con palabras graves y serias y en tono levantado y un tanto enfático.

Una de las primeras cosas que á los padres advierte es que no den «á sus hijos estado contra su voluntad». Las consecuencias de los casamientos forzosos son por regla general

muy tristes, y mayores aún si son hembras las movidas á realizar contra su gusto un acto tan transcendental como éste.

Pero esto no impide el que los padres aconsejen seriamente á sus hijos, y particularmente á sus hijas, acerca de lo que más les conviene, cuando una de ellas piense tomar estado, pues si «á su sola voluntad quedase el escoger los maridos, »tal habría que escogiese al criado de su padre y tal al que »vió pasar por su calle, á su parecer bizarro y entonado, aun- »que fuese un desbaratado espadachín».

Con gran insistencia aconseja á los hombres que mediten cuerdamente el paso que han de dar, antes de poner en ejecución sus pensamientos, los que pretenden casarse, porque el matrimonio, asegura, «está muy á peligro de errarse y es »menester gran tiento y particular favor del cielo para acer- »tarlo», pues en otro lugar afirma «el amor y la afición con »facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios »para tomar estado». Así, no deben olvidar nunca los que en caso parecido se encuentren que «la compañía de la pro- »pia mujer no es mercadería que una vez comprada se vuel- »ve ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable »que dura lo que dura la vida; es un lazo que si una vez le »echáis al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le »corta la guadaña de la muerte, no hay quien pueda des- »atarle».

Una vez penetrado el hombre de la verdad que encierran observaciones tan sensatas, lo primero que debe mirar en la mujer, si persistiera en la idea de casarse, «es la fama más »que la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la bue- »na fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que »mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvol- »turas y libertades públicas que las maldades secretas», y después sus cualidades morales, muchas de las cuales ya quedan apuntadas, grandemente necesarias para que la felicidad de los cónyuges sea un hecho, porque así como al hombre de bien «le basta no ser un monstruo para ser bien »bien querido,» así la mujer no tiene bastante con ser únicamente bella de cuerpo, si no es al mismo tiempo bella de alma.

Debe procurar también el hombre no contraer enlace con mujer de posición muy distinta de la suya ni de edad muy diferente de la que él tenga, pues «los casamientos desiguales nunca se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan,» sino hacer, por todos los medios posibles, que sea verdad lo dicho por Cervantes: el «matrimonio hace en los buenos casados que aunque tienen dos almas no tienen más de una voluntad».

Para ello el esposo debe erigirse en guía cariñoso de su mujer, la cual, si es buena, «fácil cosa es conservarla y aun mejorarla en aquella bondad», y si mala, puede llegar á enmendarse, «aunque no es muy hacedero pasar de un extremo á otro». De cualquier manera, su deber es ponerla ante los ojos «la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama», que la buena mujer es «como espejo de cristal luciente y claro, que está sujeto á empañarse y oscurecerse con cualquiera aliento que la toque», y cuidar de los amigos y amigas con quienes se relacione, unos y otras peligrosos á veces, por lo cual lo advierte diciendo que «tanto cuidado debe tener con los amigos que llegan á su casa, como mirar con qué amigas su mujer conversa». La vigilancia no debe extremarla hasta dar en inquisitorial y celoso y menos intentar ver hasta dónde puede llegar la virtud de su esposa, valiéndose, como Anselmo, de algún «caritativo» amigo, porque el que juega con ascuas al fin se quema, y después de todo, «¿para qué ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndose á peligro de que todo venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de una flaca naturaleza?» Lo mejor, para no incurrir en vanas sospechas, es hacerse la ilusión, que expresaba de este modo un sabio, de cuyo nombre no recordaba Don Quijote: «Que no había en todo el mundo más que una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento», pues muchas veces, ofendida la esposa con celos infundados, llega á desviarse del verdadero camino y tomar por senderos de perdición: en tal caso responde el marido de la conducta de su

consorte, ante Dios y ante sus semejantes. Así lo decía don Alonso Quijano: «De todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte, las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida».

Una de las desgracias más terribles que pueden sobrevenir á los casados, sepultando su dicha para siempre y dando ocasión á espantosas tragedias, es el adulterio. Y como las desgracias, dice Cervantes por boca del desdichado Cardenio, «cuando las traen la corriente de las estrellas, como vienen de alto á bajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que pueda prevenirlas», la de que aquí se trata es también á veces inevitable. Pero si por culpa de la mujer no tiene la falta atenuante ninguna, y la adúltera merecía ser condenada, como establecían las leyes de la mayoría de los pueblos antiguos, á la última pena, al marido, en cambio de ella, si «no ha dado ocasión para que su mujer no sea lo que debe, ni ha sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia», debe mirársele con ojos de lástima, y no señalarle con infamante estigma, ni calificarle, como se hace, «con nombre de vituperio y bajo», sino compadecerse de la desventura «á que le trajo el gusto de su mala compañera». Como es justo, Cervantes también fustiga sin piedad, poniendo en evidencia su avilantez y cobardía, al ladrón de honras ajenas que arrebató la de «el pobre honrado que tiene prenda en tener mujer hermosa».

Sin insistir sobre lo que nuestro autor llama «la impertinencia de los suegros», que tanto estorban á los casados, ni hablar de esas naturales y previstas enfermedades de las casadas, cuyos síntomas son antojos tan raros como «comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse», terminaremos lo que se refiere al matrimonio diciendo con él que son pocas sus ventajas y graves sus desventajas, y recomendando á los que la muerte les hizo libres no vuelvan á caer en la trampa donde una vez los cogieron, porque la libertad es la cualidad más preciada del hombre, y la libertad se pierde con el matrimonio.

VII

LA HERMOSURA: SUS DIFERENTES ESPECIES.—MODO DE EVITAR
LOS EFECTOS DE LA HERMOSURA DE LA MUJER

De la belleza física de la mujer ya nos hemos ocupado en su lugar oportuno. Ahora hemos de ocuparnos de las ventajas é inconvenientes que, según Cervantes, tiene la hermosura, y de la manera como el hombre puede contrarrestar sus efectos.

La hermosura no sólo atrae la voluntad, conforme queda escrito, sino que hace que «como á señuelo gustoso se la »abatan las águilas reales y los pájaros altaneros», ó lo que es lo mismo, los hombres más encumbrados y los menos dispuestos á rendirse. Una de sus mayores ventajas, cuando se encuentra en mujer humilde, es la de poder «levantarse é »igualarse á cualquiera, sin nota de menoscabo del que la »levanta é iguala á sí mismo», y cuando se encuentra en mujer de noble alcurnia «resplandece y campea sobre la »buena sangre con más grados de perfección que en las her- »mosas humildemente nacidas».

Cervantes distingue y separa cuidadosamente la hermosura del cuerpo de la del alma. De la última dice que «cam- »pea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en »el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, »y cuando se pone la mira en esta hermosura suelen sus »partes hacer el amor con ímpetu y no con ventajas». Tanto ensalza esta cualidad, que asegura que «el merecimiento »de una mujer hermosa y virtuosa se extiende á hacer gran- »des milagros, y aunque no formalmente, virtualmente tiene »en sí encerradas las mayores venturas».

De la hermosura del cuerpo, nuestro gran ingenio escribe que constituye la mayor ilusión de las mujeres y su posesión la mayor ventura para ellas. Así, las ofensas de los hombres á esta cualidad tan apreciada «despiertan en gran manera »su ira y encienden el deseo de venganza», venganza que si no se cumple suele deshacerse en lágrimas, con las que lo- gran á veces sus mayores triunfos, pues que «con ellas vuel-

»ven en algodón los riscos y los tigres en ovejas». Por esto aconsejaba el Caballero de los Leones á su escudero, poco antes de disponerse el último á tomar posesión del gobierno de la ínsula Barataria, que si alguna hermosa iba á pedirle justicia, «quita los ojos de sus lágrimas—le decía—y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros».

Inconvenientes de la hermosura para la mujer: que la «embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña» que á su derredor voltean. Si la que es realmente bella puede y sabe triunfar de todos estos «animales», con razón dejó apuntado el insigne alcaláino, «merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo», y si es casada, merece gloriarse con el título de «corona de su marido».

«Para poder apartar de la memoria la hermosura», el hombre no tiene más que un medio: «la ausencia». No hay otro, en verdad, de resultados más eficaces, pues «sólo se vence la pasión amorosa con huirla, y nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, que es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas». Dicho remedio, en ocasiones, origina dolores y pesadumbres muy crueles y amargas. Debe, sin embargo, ponerse en práctica cuando no haya producido efecto la adulación, recomendada también en el *Quijote* con estas palabras: «No hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulación».

VIII

OBSERVACIONES FINALES.—CONCLUSIÓN

Probar que Cervantes se manifestaba en el *Quijote* profundo conocedor de la mujer era el objeto de este escrito, según se declaró al comenzarle. Los testimonios sacados de aquel famosísimo libro abundan, como el lector habrá observado, y hubieran podido multiplicarse á habérselos rebuscado con

mayor detenimiento. Con menor número de pruebas, eruditos de mucho nombre han demostrado que á Cervantes debe considerársele como excelente músico ó como pintor de nota. Pero no sólo acredita Cervantes en el *Quijote* conocer la mujer en general, sino haber estudiado detenidamente las de los distintos lugares que recorrió en vida, describiéndolas y pintándolas con unas cuantas palabras perfectamente. La mujer española, para Cervantes, merece entre todas la primacía, y dentro de España califica á la de Castilla con los exactos epítetos de sencilla y noble, con los de orgullosa y altiva á la aragonesa, á la andaluza con el de hermosa y á la manchega con el de esquiva.

Con la misma exactitud habla de la maritornes depravada, de la doncella sirvienta que pierde los estribos y la vergüenza con los descuidos de su señora, de la honesta hija de familia, de la tímida y de la arrogante, trabajadora y holgazana, buena y mala en suma.

Las causas que contribuyeran á este exacto conocimiento del sexo débil no nos incumbe averiguarlas: cervantistas bien entendidos quedan todavía, aunque no tanto como los *entusiastas* que vivieron á principios del siglo que termina, que podrán poner en claro esas causas. Á nosotros no nos corresponde más que señalar el hecho.

Para terminar estas líneas, bueno será advertir que nuestro intento no ha sido contribuir «á poner en ridículo, más que á glorificar á un escritor de la estofa de Cervantes, haciéndole enciclopédico, profesor de todas las ciencias humanas y aun divinas, teólogo, filósofo, jurisperito y cuanto hay que ser», sino contribuir, con la medida de nuestras humildes fuerzas, á que se admiren más y más las bellezas del *Quijote*.

De ningún modo deseáramos que se nos aplicasen las palabras de D. Cayetano Rosell (de quien son las frases antes copiadas) referentes á que es el libro de Cervantes de tal naturaleza que, al pintar una monomanía, produce monomaniacos de otro género.

CÉSAR MORENO GARCÍA.

Abril 1896.



¡GERONA!

Á MI QUERIDO AMIGO RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX

Ciudad invicta, por demás gloriosa,
que fuiste admiración del mundo entero,
y en época azarosa

sufriste valerosa

de lucha desigual el trance fiero.

La que altiva y heroica y arrogante,

al arrostrar las iras del tirano,

humillara su espíritu gigante

con alma varonil y férrea mano.

¡Bien haya tu grandeza!

¡Y bendita mil veces la memoria
de aquellos que en tu heroica fortaleza
supieron perecer para tu gloria!

¡Qué grande te contemplo!

¡Cuán grande fué tu hazaña!

¡Qué digno de cantar el noble ejemplo
que diste al mundo y glorifica España!

Tu nombre esclarecido
es de todo español noble y honrado

un nombre por sus labios bendecido,
que encierra, inmaculado,
para orgullo de España y de su gloria,
el recuerdo grandioso de un pasado
que eternamente vivirá en la Historia.

Al déspota coloso
que ser soñara emperador del mundo
y un tiempo te sitiara codicioso,
supiste, con tu ejemplo sin segundo,
hacerle comprender que al pueblo ibero
no en balde se le humilla;
que por algo al escudo de Castilla
la efigie del león le representa;
y en vano se le afrenta,
pues sabe, por su honor, si se mancilla,
dar del mancillador cumplida cuenta.

El genio que preside las batallas
en mal hora llevó para el coloso
despótico y odioso
un ejército al pie de tus murallas;
pues ¡ay! que no sabía,
cuando escalar tus muros pretendía,
qué gente tu recinto cobijaba,
ni el genio poderoso que encerraba
aquel pedazo de la patria mía.

Ante ese genio de eternal memoria
tembló el coloso, vaciló su gente,
y la lucha creció: lucha potente
que dió á aquel genio inmarcesible gloria.
Y á tus hijos también, los que sufrieron
de tan horrible sitio los rigores,
y bajo la metralla perecieron
de viles cpresores;
los que el hambre y la peste resistieron
heroicos y esforzados
por Álvarez de Castro secundados:
ese genio sin par de alma valiente,
de espíritu esforzado y animoso,

que hizo mil veces humillar la frente
á las huestes odiosas del coloso.

.....

¡Oh preclaro varón, sublime y justo,
pues fuiste tal, mi libertad perdona
si al recordar el hecho más augusto
de la inmortal historia de Gerona
tu nombre á pronunciar llego atrevido!

Tú de los genios que en el mundo han sido,
que respeto, que admiro y que venero,
fuiste, por lo esforzado y aguerrido,
de los pocos habidos el primero.

Con espíritu fuerte y sobrehumano,
al ver por el francés la patria hollada
juzgándose señor del pueblo hispano,
hasta el último extremo defendiste
la plaza á tu pericia confiada,
al bárbaro invasor haciendo frente,
y lauros mereciste
de España y del coloso y de su gente;
su gente, á quien absorta y admirada
dejaste con tu heroica resistencia,
pues si bien al final de la jornada
hubiste de ceder, sabe, en conciencia,
que á la fuerza lo hiciste y obligado
al verte castigado

(envuelto de la lucha en la inclemencia)
por la peste mortal que te asediara;
pues todos, hasta el último soldado,
despiadada y cruel te arrebatara.

¿Qué te quedaba ya? Montón horrible
de muertos y de enfermos y de heridos;
la lucha proseguir era imposible;
y aquellos héroes, para tí queridos,
después de siete meses de bloqueo
y horrible bombardeo,
rindiéronse al francés... ¡sin ser vencidos!

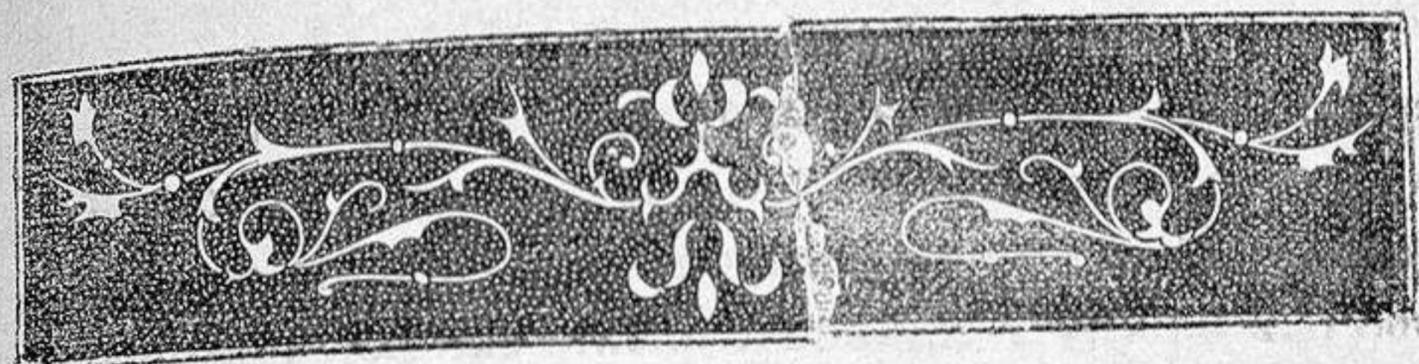
Capitulaste al fin, porque sabías

(y esto á la España tu conducta abona)
que al enemigo vil que combatías
no fuera de Gerona le tenías,
sino en la plaza misma de Gerona.
Y era grande, infernal. ¿Quién sus rigores
puede osado sufrir si nos apremia?
¿Quién combate á inhumanos sitiadores
si bate á los sitiados la epidemia?
Tu destino cruel así lo quiso;
y, obediente á su influjo, de esa suerte
la gloriosa ciudad de San Narciso
doblegóse al derecho del más fuerte.
De otra suerte, jamás. Nunca la España
se doblega ante nadie, ni prescinde
por nada de su honor, que nadie empaña,
y su gente al traidor jamás se rinde.

¡Bien haya tu grandeza
y aquellos que tu esfuerzo secundaron,
que sólo á la epidemia abandonaron
la heroica fortaleza!

¡Cuánto sufrir debiste en aquel día!
¡Cuán grande del francés fuera el contento
y cuánta del coloso la alegría!
Mas ¡ay! que ni un momento
(por la grandeza que en su ser entraña)
tu santa abnegación y tu energía
en trance tal olvidará la España;
que en justa admiración á tu memoria,
cubiertos de laureles y de gloria
consignan con orgullo, como un astro,
el nombre de Gerona y el de Castro
las páginas más grandes de su Historia.

CASIMIRO FORASTER.



ESTUDIO HISTÓRICO DE AVILA Y SU TERRITORIO

DESDE SU REPOBLACIÓN
HASTA LA MUERTE DE SANTA TERESA DE JESÚS (1)

CAPÍTULO XII

Juan II.—Su minoría.—D. Fernando el de Antequera.—Privanza de D. Álvaro de Luna.—Revueeltas producidas por los Infantes D. Juan y D. Enrique.—Sucesos de Tordesillas.—Cortes de Ávila: su carácter.—Confederaciones de los nobles contra el condestable.—Expedición contra los moros.—El pote de Ávila: su importancia y leyes acerca de esta medida.—Batalla de Olmedo.—Obispos de Avila.—Intervención de Fray Lope de Barrientos y de Fonseca en los acontecimientos de su tiempo.—Prisión y muerte del de Luna.—Breve noticia del Tostado.—El nacimiento de la Reina Católica.

Cuando bajó al sepulcro el tercer Enrique, aún no había cumplido su hijo y heredero dos años de edad; comenzaba, pues, el reinado de Juan II entregando la gobernación del Estado á tutores que durante largos años habían de dirigir la monarquía; pero en esta ocasión, gracias al noble procer

(1) Véase la pág. 308 de este tomo.

der del Infante D. Fernando, que, con arreglo al testamento de D. Enrique, quedaba con la Reina viuda, D.^a Catalina, encargado de la tutela del monarca y gobierno del Reino, hubo paz interior y engrandecimiento exterior. Fué aclamado y reconocido como Rey Juan II en Toledo al principiar el año 1407, y desde allí se dirigió D. Fernando á Segovia, donde estaba D.^a Catalina con el Príncipe su hijo, y tuvo el Infante, su tío, que usar de toda su prudencia para vencer la resistencia de la Reina y salvar las dificultades que le oponía para compartir con él el gobierno; supo el noble D. Fernando ahogar la discordia que germinaba en la corte, descontenta de las preferencias que daba la madre del Rey á una de sus damas favoritas, que era el árbitro de todo, y para evitar que renacieran luchas civiles, dirigió las fuerzas de Castilla contra los moros y conquistó la importante plaza de Antequera (1410), glorioso hecho de armas que inmortalizó su nombre. Dice el padre Sigüenza (1) que en esta campaña fué con el Infante D. Fernando su confesor Fray Juan de Soto de Nava, prior del monasterio de Nuestra Señora de la Mejorada, que llevó consigo un Crucifijo que había en una capilla de la iglesia de aquella casa, con el cual hizo su entrada triunfal en Antequera, volviendo cuando regresaron á Castilla la imagen del Redentor á su sitio primitivo en el citado monasterio, que fué muy favorecido siempre por don Fernando, llamado desde aquella conquista *D. Fernando el de Antequera*.

Dos años después fué elegido este Príncipe Rey de Aragón; D.^a Catalina continuó regentando los estados de su hijo, y habiendo fallecido en 1416 aquel monarca, de acuerdo con lo dispuesto en el testamento de Enrique III, fué su viuda reconocida como única tutora y gobernadora del Reino; el débil carácter de esta señora, que fácilmente se dejaba dominar por alguna de sus damas, fué causa de turbaciones é intrigas palaciegas que alteraban la paz que disfrutaban en la corte, y hubieran producido graves escisiones entre

(1) En su *Historia de la orden de San Jerónimo*, tomo I, libro II, páginas 318 á 320.

los magnates si no hubiese puesto fin á aquel estado de cosas la muerte repentina de la Reina, ocurrida el 1.º de Junio de 1418 en Valladolid, donde á la sazón residía. Deseando evitar disgustos entre los que se disputaban la gobernación del Reino, las Cortes, reunidas en Madrid al año siguiente, declararon mayor de edad á D. Juan II, que hacía poco tiempo se había desposado en Medina del Campo (Octubre de 1418) con su prima D.^a María de Aragón.

Más aficionado Juan II á los estudios literarios que al manejo del gobierno, descargó todo el peso de éste en D. Álvaro de Luna, que de joven vino á la corte con su tío el Arzobispo de Toledo D. Pedro de Luna y entró á servir de paje en la cámara real, siendo tan grande el afecto que le profesaba el monarca y tan ciega la confianza que en él tenía, que sin su asentimiento no se resolvía cosa alguna.

El valimiento que gozaba D. Alvaro de Luna disgustó á los cortesanos, que no pensaban más que en buscar ocasión para derrocarlo, y este objeto común perseguían dos partidos tan poderosos como rivales que se formaron y á cuyo frente estaban los Infantes D. Juan y D. Enrique, hijos de Fernando I de Aragón, que habían venido á Castilla acompañando á su hermana D.^a María, primera mujer de Juan II. Á mediados del año 1420 se trasladó el Rey desde Valladolid á Tordesillas, y mientras D. Juan fué á Navarra para celebrar sus bodas con D.^a Blanca, hija de su Rey Carlos el Noble, aprovechó esta ocasión D. Enrique para realizar un atrevido plan que ya tenía meditado. El condestable Ruy López de Ávalos, que estaba en Madrigal, y el adelantado Pedro Manrique, que se encontraba en Hamusco, ó más cerca de Tordesillas, vinieron á esta última población en la noche del sábado 13 de Julio, y puestos de acuerdo con el Infante para lo que habían de hacer, fingió éste que quería ir á Medina á ver á su madre, y mandó á los suyos que acudieran muy de madrugada con cotas y brazales, y dijo á Juan Hurtado de Mendoza que iría temprano á palacio á despedirse del Rey. Habían reunido unos 150 ó 200 hombres de armas, y al amanecer entraron en palacio, prendieron en el lecho á Hurtado, y penetrando en la cámara don-

de descansaba el monarca, el revoltoso Infante, el Obispo de Segovia, D. Juan de Tordesillas, y los principales que seguían su partido, D. Enrique despertó al Rey diciéndole que se levantara, que ya era tiempo; y como Juan II preguntara sobresaltado la causa de aquello, le contestó D. Enrique que lo hacía para su mejor servicio y por alejar de su lado algunas personas cuyo consejo no le convenía. Tenía ya asegurados el Infante los servidores del Rey, y dueño del palacio y persona del monarca, hizo publicar por las ciudades y villas del reino que todo aquello lo había ejecutado con conocimiento y beneplácito del Rey. Pero el Infante D. Juan, que sólo se había detenido cuatro días en Navarra, á su vuelta á Castilla llegó á saber el acto de Tordesillas y que la voluntad de Juan II era salir del poder del audaz D. Enrique; juntó los prelados y los nobles de su bando con la gente de armas que pudieron allegar y escribió á las ciudades del Reino el desacato que su hermano había cometido con el Rey, y exhortándolas á que se uniesen con ellos para acordar lo que mejor cumpliese al servicio y bien común de la monarquía.

D.^a Leonor, Reina viuda de Aragón y madre de los dos Infantes, trabajaba por concertarlos y andaba de mediadora de uno á otro campo para evitar que hubiera un rompimiento.

El Infante D. Juan estaba en Olmedo con los suyos, y allí fueron el Infante D. Pedro y Pedro de Estúñiga, que llevó consigo la gente de armas que pudo reunir, cuando ya estaban con D. Juan el Arzobispo de Toledo y otros caballeros; acudieron también D. Juan de Sotomayor, maestre de Alcántara; el Dr. Periañez, que era de los principales doctores del Consejo real; Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo mayor del Rey; D. Álvaro Isorna; Diego Pérez Sarmiento, repostero mayor; Garci-Fernández Sarmiento, adelantado de Galicia; Pero García de Herrera, mariscal del Rey; Alonso Tenorio, notario del reino de Toledo, y Martín Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles.

D. Enrique se trasladó con el Rey á Ávila, y aquí vinieron el Arzobispo de Santiago y el Conde de Niebla; D. Pero

Ponce de León, Señor de Marchena; el Maestre de Calatrava, D. Gutierre Gómez de Toledo, Arcediano de Guadalajara; Íñigo López de Mendoza, Señor de Buitrago, y Diego de Rivera, Adelantado mayor de la frontera, en el cual el Adelantado, su padre, Perafán, por ser muy viejo y no poder ir á la corte, traspasara aquel cargo; además estaban ya allí, cuando llegaron el Rey y el Infante, Pero de Velasco, el Arzobispo de Sevilla, el Conde de Benavente, Pero López de Ayala, Diego Fernández de Quiñones y otros caballeros.

D. Enrique sabía que la gente armada que tenía su hermano era mucha y envió cartas del Rey á todos sus vasallos para que viniesen con armas y caballos adonde el monarca estaba. Llegó á reunir D. Enrique en Ávila 3.000 lanzas muy bien armadas, pero D. Juan en Olmedo tenía 3.300 mejor armadas aún.

El domingo 4 de Agosto de aquel año 1420 se celebró el matrimonio del Rey con D.^a María, su esposa, sin solemnidad ni aparato alguno; dijo la misa y los veló el Arzobispo de Santiago, y estas bodas pasaron desapercibidas para muchos que estaban en Ávila con la corte y fuera no lo supieron hasta que Juan II envió cartas á las ciudades y villas notificándoselo.

Cuando se desposaron los regios consortes se acordó que D.^a María llevaría en arras á Molina, Atienza, Deza y Hueite, y al tiempo de las bodas la dieron la ciudad de Soria y las villas de Arévalo y Madrigal; de estas dos no tomó posesión hasta algunos días después.

El Infante D. Enrique envió cartas á las ciudades enumerando los daños causados por el Infante D. Juan y los suyos, diciendo que envasen sus procuradores á Ávila y amenazando en nombre del Rey con grandes penas á los que se juntasen con su hermano.

Ya indicamos los buenos oficios de la Reina D.^a Leonor para avenir á sus hijos; con esta idea salió de Madrigal, y aunque sintió que partiese el Rey de Tordesillas, llegó en pos de él á Ávila procurando apaciguar á los dos Infantes. D. Juan envió de su parte y de la de su hermano D. Pedro y los otros grandes que con él estaban á D. Alvaro de Isorna,

Obispo de Cuenca, á Alonso Tenorio, á Juan Delgadillo de Avellaneda, mayordomo mayor de la Reina de Navarra, mujer del Infante D. Juan; á mosén Fernando de Vega, su canciller mayor, y á Álvaro de Ávila, mariscal de Aragón y mayordomo mayor del Infante D. Pedro, que se presentaron al Rey en Ávila delante de su Consejo y procuradores, diciéndole que D. Juan y los que con él estaban le sacarían de su cautiverio si quería, pero que respetaban su libertad, á lo que contestó Juan II que estaba libre y á su voluntad, y que por lo tanto licenciasen la gente de armas que tenían y se volvieran á sus tierras.

Los que acompañaban al monarca en Ávila y la Reina D.^a Leonor deseaban que se derramase la gente de armas; el Infante D. Juan quería venir á la corte con la suya; pero por fin ambas partes convinieron en desarmar sus huestes y quedaron con el Rey mil lanzas.

D. Juan pidió permiso al Rey para venir á hacerle reverencia, pero le contestaron que no era conveniente mientras no depusiesen el rencor que entre ellos había y mandaron salir en el acto á sus embajadores de la corte.

La Reina viuda de Aragón fué la mediadora, y con este objeto pasó á Fontiveros, lugar intermedio entre Ávila y Olmedo.

La Reina D.^a María de Aragón, hermana del castellano, que en ausencia de su marido, que estaba en Nápoles, gobernaba Aragón, envió embajadores, que se presentaron al Rey en Ávila proponiéndole su arbitraje para arreglar aquellas cuestiones, y se les contestó que ya estaban sosegadas; salieron de la corte, se detuvieron á tratar de esto con doña Leonor y luego en Olmedo con los Infantes y volvieron á los estados de la Reina su señora.

El 24 de Agosto (1420) se reunieron Cortes en la catedral de Ávila, á las que asistió su Obispo D. Juan de Guzmán y acudieron otros preladados, caballeros, doctores del Consejo Real y procuradores de las ciudades y villas, y cuando se sentaron por su orden, el Rey les dijo que les había convocado para que oyesen las razones que largamente les diría en su nombre y en su presencia el arcediano de Guadala-

ra; y éste, que era D. Gutierre Gómez de Toledo, doctor en decretos y del Consejo del Rey, subió en un lugar que estaba hecho como un púlpito para predicar, y «fabló á manera de sermón, tomando su tema en latín, é haciendo su introducción é proceso, alegando muchas autoridades de la Santa Escritura é de los doctores de la Iglesia é de derecho é de poetas, asaz solene é sotilmente como aquel que lo sabía bien facer, ca era mucho letrado é de gran juicio é de ferosa fabla» (1).

Trató con extensión y detalles de las cosas que se hicieron después de la ordenanza de los cuatro meses compuesta en Segovia; dijo que algunos de los que habían servido sus cuatro meses estaban en Valladolid y que de su Consejo se despachaban los asuntos, prescindiendo de los otros grandes del Reino que en ellos debían intervenir, y que lo peor de todo era que Juan Hurtado, privado del Rey, se aconsejaba de un judío, y que por su acuerdo hacía *muchas desaguissadas cosas*. Concluyó diciendo que el Infante D. Enrique y los que con él estuvieron en lo de Tordesillas lo hicieron viendo el gran daño que se causaba á todas las cosas del Reino, y que aquel movimiento fué necesario para reparar tanto daño, y que el Rey lo aprobaba y mandaba á todos los grandes del Reino, los de su Consejo y procuradores de ciudades y villas que lo aprobasen. Al concluir el arcediano de Guadalajara su sermón, el Rey Juan II dijo que mandaba que lo aprobasen y así se hizo, levantando testimonio de ello el escribano de cámara. Los procuradores de Burgos protestaron de los acuerdos allí tomados, porque decían que no eran Cortes legítimas, por faltar muchos que tenían derecho á asistir á ellas, que estaban en Olmedo con el Infante D. Juan y en otros puntos. En estas Cortes ó Junta de magnates y procuradores, como la llaman algunos, estuvieron por Ávila

(1) Así se expresa refiriéndose al arcediano de Guadalajara, que habló en nombre del Rey en las Cortes de Ávila (1420), Alvar García de Santa María, ordenador de las historias del Rey, en su *Crónica de D. Juan II*, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*.

Alvar García de Santa María cuenta detenidamente todo lo ocurrido en Tordesillas y durante el tiempo que estuvo la corte en Ávila, y por eso le seguimos al narrar todos estos acontecimientos.

Gil González Dávila, maestresala del Rey, y el doctor Fernan González de Valderrábano.

Para concordar á los dos Infantes, envió cada uno de ellos sus representantes á Fontiveros, donde estaba la Reina, su madre (1), á quien acompañaban el Obispo de Zamora, oidor de la Real Audiencia, y otros letrados y oficiales de su casa, en los que D.^a Leonor tenía gran confianza. Cada una de las partes quería que fuese la otra la primera en hablar, y se pasó más de un mes sin resolver nada, pues se comprendía que la Reina quería alargar los hechos más bien que avenir á sus autores.

Pocos días después de concluídas las Cortes partieron de Ávila para Talavera el Rey, el Infante y los de su bando. Cuando supo D.^a Leonor el traslado de la corte, se enojó porque no se lo avisaron, y algún tiempo después pasó de Fontiveros á su villa de Medina del Campo, y con ella fueron los representantes de D. Juan y de D. Enrique, que seguían dando largas al asunto que les habían encomendado.

En Talavera se casó el Infante D. Enrique con D.^a Catalina, su prima, que era hermana del Rey, el cual la dió en dote lo que constituyó el marquesado de Villena; pero don Juan II, olvidando lo que solemnemente dijo en las Cortes de Ávila, salió de Talavera, acompañado de su favorito don Alvaro de Luna, y se refugió en el castillo de Montalbán, adonde no tardó en llegar el Infante D. Enrique con sus partidarios y con la gente de armas que tenían, y sentaron sus reales sobre el castillo, poniendo á Juan II en un trance apurado, porque, desprovista aquella fortaleza de víveres, se vieron el Rey y los que le acompañaban precisados á mantenerse con la carne de sus caballos. Pudo el monarca avisar al Infante D. Juan y otros próceres la situación en que se encontraba, y cuando supo que venían en su socorro, salió

(1) El Infante D. Juan nombró al Almirante D. Alonso Enríquez, su tío, D. Alvaro de Isorna, Obispo de Cuenca, y al doctor D. Alonso García de Santa María, deán de las iglesias de Santiago y Segovia é individuo de su Consejo. El Infante D. Enrique designó á D. Rodrigo de Velasco, Obispo de Palencia, y Juan Rodríguez de Salamanca, ambos de su Consejo; el único que excusó su ausencia fué el Almirante, pretextando ocupaciones ineludibles, pero más bien lo hacía por no inclinarse á uno ni á otro.

del castillo con D. Álvaro de Luna, y volvieron á Talavera, encontrando en las orillas del Tajo al Infante D. Juan con sus huestes, á los que agradeció el Rey el servicio prestado. Don Enrique no obedeció el mandato de Juan II, que por no querer licenciar sus hombres de armas, incurrió en su enojo y le desposeyó del marquesado de Villena; le requirió luego que se presentase en la corte para arreglar el asunto de la dote de su mujer, pero se resistió D. Enrique; no obstante, comprendiendo que su bando estaba perdido, empezó á licenciar sus gentes, y á una última intimidación que le dirigió el monarca por medio de su maestresala el avilés Gil González Dávila, contestó el Infante prometiendo ir á Madrid con sólo sesenta caballeros, sin armas, salvo las dagas y espadas, el 14 de Junio de 1422. Cumplió lo ofrecido, mas al día siguiente, por cartas escritas por el condestable Dávalos, en las que, para procurar el triunfo de D. Enrique, se excitaba al Rey de Granada á entrar en Castilla, fué puesto preso, y lo mismo Ruy López, al que se condenó á perder sus cargos y todos sus bienes, y entonces fué elevado á condestable el favorito D. Álvaro de Luna (1423).

En estos años y los siguientes intervienen en los principales sucesos que en Castilla se realizan insignes varones avileses, entre los que figuran Gonzalo Dávila, Señor de Villatoro; Juan Blásquez Dávila, Señor de San Román; Gil de Peñafiel, aposentador del Rey; Pedro González de Contreras, su montero mayor; Diego y Pedro Dávila, Gil González Dávila, su maestresala y su camarero; Álvaro Dávila, el mariscal, estos dos últimos, dice Martín Carramolino, fueron tan populares, que dejaron sus nombres á dos puertas de la ciudad, la del Mariscal al Norte y al Mediodía la de Gil González, que después se llamó puerta del Rastro.

Ávila y su tierra estuvieron en esta época muy favorecidas por las personas reales, que con gran frecuencia residían largas temporadas en sus poblaciones más importantes. El 29 de Mayo de 1421 se hallaba en Arévalo D.^a Blanca, hija del Rey de Navarra, y ese día parió en dicha villa un hijo que se llamó Carlos, y fué su padrino el Rey de Castilla. La Reina D.^a María, primera mujer de Juan II, reparó y reedi-

ficó el convento que los Franciscanos tenían en Arévalo, que estaba amenazando ruina, y en esta población, en tiempo de Enrique IV, se verifican también hechos que entonces mencionaremos.

Desde Toledo pasó Juan II á Ávila para estar con la Reina y la Infanta, su hija, durante la Pascua de Resurrección (año 1423), y allí recibió una embajada de Portugal, compuesta por D. Fernando de Castro, caballero de Estado y de gran linaje, el doctor Fernán Alfonso de Silveira y un secretario, que venían para hacer la paz que el castellano había propuesto al portugués. Con motivo de ser la octava de la Pascua se hicieron justas, que presenciaron los embajadores y duraron dos ó tres días. D. Fernando de Castro pidió permiso al Rey para justar él, y salió acompañado de caballeros de la casa de Juan II, especialmente del Conde D. Fadrique, pariente suyo por parte de su madre, que era de los de Castro. Dice Alvar García de Santa María (en su *Crónica de Juan II*) que hizo tres ó cuatro caminos con los mantenedores y no se encontraron; al fin justó con D. Rui Díaz de Mendoza, hijo de Juan Hurtado, y en el encuentro cayó D. Fernando de Castro del caballo y estuvo algún tiempo privado del sentido por la violencia de la caída; pero á los dos ó tres días pudo abandonar el lecho: con aquel motivo cesaron las justas, y cuando volvieron á sus tierras los embajadores, los despidió el monarca castellano, honrando especialmente á D. Fernando. Estuvo el Rey Juan II algunos días en Ávila, desde donde fué á Tordesillas, y al poco tiempo á Valladolid; pero la Reina y la Infanta D.^a Catalina, su hija, quedaron en Ávila.

En 1424 murió el Obispo D. Juan de Guzmán, y gobernó después la diócesis abulense en administración el Cardenal D. Juan de Cervantes, en cuyo tiempo se pidieron limosnas para reparar las torres de San Vicente. El 21 de Abril de 1432 el Papa Eugenio IV expidió una bula (que se conserva en el archivo capitular, leg. 3, núm. 33), por la cual concede indulgencias á los que visitaren la catedral de Ávila el día del Corpus y diesen limosna para su fábrica.

El Infante D. Juan, que ya era Rey de Navarra, unido

con su hermano el Rey de Aragón, reclamaron del castellano la libertad del revoltoso Infante D. Enrique, hermano de aquellos monarcas, y lo consiguieron después de vencer las dificultades que para ello ponía Juan II. Se habían coligado los nobles para obligar al monarca á que separase de su lado á D. Álvaro de Luna, que fué desterrado de la corte; pero con la ausencia del favorito se vió claramente que entre todos sus enemigos no había uno con capacidad bastante para sustituirle en la gobernación del Estado, y fué preciso volver á llamar al Condestable, que regresó adonde Juan II se hallaba, siendo recibido con gran júbilo por todos los que conocían sus excelentes cualidades.

Las exigencias de los Reyes de Aragón y Navarra estuvieron á punto de que estallara la guerra con Castilla; pero arregladas las diferencias objeto de la actitud de aquéllos, se declararon rotas las paces con Granada y, penetrando hasta cerca de ella un lucido ejército cristiano, mandado por D. Álvaro de Luna, que en la celebrada batalla de la Higuera (1431) demostró que, si era buen estadista, era también valiente guerrero y esforzado caudillo, consiguieron sobre los musulimes una completa victoria, de la que no se obtuvieron ventajas por las envidias de los cortesanos, que temían que aumentara aún más la preponderancia de D. Álvaro, y lograron con bajas intrigas que dispusiera el Rey la vuelta de las tropas á Castilla, y así lo hicieron, firmando una tregua con el granadino. Terminada aquélla, se renovó la guerra é hicieron las armas cristianas algunas conquistas; pero hubo segunda vez que concluir la campaña por las discordias civiles que agitaban el reino castellano.

Desde muy antiguo usaban los avileses una medida muy célebre, llamada el *pote de Ávila*, y Juan II, en las Cortes que reunió en Madrid el año 1435, les aseguró el empleo de ella, según consta en la petición 31, que dispone que «todo el pan que se hubiere de vender y comprar, que venda y compre por la medida de la ciudad de Ávila, y esto así en las hanegas como en los celemines ó cuartillos, y que esto se guarde en todos los mis reynos y señoríos, no embargante que digan que tienen de privilegio ó uso ó costumbre de comprar ó vender

por otra medida; pero si alguno ó algunos tienen hechas algunas ventas ó obligaciones por algún pan, que paguen la tal renta ó obligación que así hicieron según la medida que se usaba al tiempo que así se obligaron; pero que no compren ni vendan, salvo por la dicha medida de la dicha ciudad de Ávila, so pena que el que lo contrario hiciere incurra en las dichas penas».

Tres años más tarde, en las Cortes que tuvo en Madrigal en 1438, el mismo monarca mandó que se usara también el *pote de Avila* para medir la sal, legumbres y todas las otras cosas que se hubieren de vender por fanega y celemín. Enrique IV, en las Cortes de Toledo (1462), ordenó que el pan se midiese por la medida de Ávila, que hace doce celemines la fanega, y en los medios celemines á este respecto; dispuso además que todos los concejos de sus reinos enviasen sus medidas de pan á Ávila y las de vino á Toledo, para que se concertaran con las que allí tenían y las sellaran con el sello de aquellos concejos; dice también el metal de que han de hacerse las medidas, las garantías que han de tener y las penas en que incurren los que infrinjan las disposiciones que dió acerca de este particular.

Más adelante Felipe II, en las Cortes de Madrid (1563), mandó que con el *pote de Ávila* se midieran todas las cosas que se venden y miden por fanegas y celemines.

Volvamos á ver el estado del Reino, que le encontramos nuevamente agitado por la nobleza, que otra vez se coligó contra el Condestable, y apoyada por el Rey de Navarra, consiguió que Juan II, después del tratado de Castronuño, separase de su lado á su favorito, que, desterrado de la corte por seis meses, se marchó á su villa de Sepúlveda. Pero dejó todo preparado de tal modo, que al instante surgieron rivalidades y discordias entre los nuevos consejeros del Rey, el cual los miraba á todos con igual desvío, guiándose por los agentes secretos que dejó el de Luna, y por instigación de éstos, sin avisar á los confederados, salió de Toro, donde estaba, para Salamanca con gran sigilo; mas lo supieron el Rey de Navarra y el almirante, y acordaron marchar en pos de Juan II; pero éste, al tener noticia del movimiento de los

confederados, salió de Salamanca y se retiró á Bonilla de la Sierra, pueblo pequeño, pero amurallado, que era del señorío de los Obispos de Ávila.

En este año 1440 dominaban de tal manera las facciones en Ávila, que Álvaro de Bracamonte y Fernando Dávalos, apoderados de algunas torres, y el deán del cimborrio de la catedral, estorbaron la entrada al Conde de Alba y á Gómez Carrillo, enviados reales, y en seguida la abrieron á los magnates rebeldes acaudillados por el Rey de Navarra, que se apoderaron de la ciudad y desde ella dirigieron á Juan II un acta solemne en que constaban graves acusaciones contra D. Álvaro de Luna, que el ofendido monarca se desdeñó de contestar. Los confederados dominaban en Toledo, Segovia, Ávila, Salamanca, Burgos y otras ciudades; de una y otra parte se entablaron negociaciones, nombrando árbitros para arreglar las diferencias que existían, pues todo continuaba como si no se hubiera hecho la concordia de Castronuño.

El joven D. Juan Pacheco, doncel del Príncipe D. Enrique, logró que su señor se pusiera al frente de los conjurados, y en 1441 las plazas y calles de Medina del Campo presenciaron un horrible combate entre los de uno y otro bando. Se apaciguaron las luchas en tanto que el Condestable cumplía los seis años de destierro á que le sentenció un tribunal nombrado para que entendiera en el pleito tramado entre éste y el Rey de Navarra y sus parciales.

Hallándose el Rey D. Juan II en Ávila (1442) y en Tiemblo, pueblo de su provincia y obispado, el antiguo favorito, quiso comunicar con el monarca castellano y fué nuevamente requerido de su orden por los Obispos de Ávila y Burgos para que se sometiese al fallo y no se ocupase por entonces de los asuntos del Estado. Al año siguiente fué el Rey á ser padrino de una hija de D. Alvaro á su villa de Escalona; esto disgustó al de Navarra y sus adictos, que asediaban más al castellano, le acompañaron desde Madrigal á Ávila, y tanto le vigilaban, que en Tordesillas le tuvieron en un verdadero cautiverio.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

(Continuará.)



UNA AVENTURA DE BOCCACCIO

1361

Suspendiendo Boccaccio su lectura al sentir una ráfaga de cierzo, púsose á contemplar la incesante lluvia de hojas con que iban los árboles regando el suelo, unas ya secas, otras bastante verdes aún y que parecían renuentes á dejar su rama, la vida; pero cumplían al cabo inevitable prescripción de la naturaleza.

—Transitoria es la decadencia de jardines, bosques y campos—exclamó el escritor,—pues vendrá Mayo á devolver con creces la hermosura y lozanía disipadas ahora. También para mí ha llegado el otoño, después del cual solamente puedo esperar invierno desolado y, por último, la eternidad con sus misterios, que desconciertan la más poderosa inteligencia. ¿Es este hombre canoso, displicente, abrumado de tedio, el joven que tan lucidamente frecuentaba en Nápoles la corte de Roberto y Juana y supo cautivar á tantas hechiceras damas, sobre todo á la discreta y bellísima Fiammeta? (1). De numerosas conquistas y amores, de ovaciones mil, de mi rico patrimonio, ¿qué me resta, qué?

(1) Con este seudónimo designó Boccaccio en varias obras suyas á María, hija natural de Roberto el Sesudo, con la cual sostuvo adúlteras relaciones. En su afán por parecer sagaces desconocen á veces los críticos lo más obvio, y así no ha faltado quien suponga á Fiammeta alegoría del poder imperial alemán.

Enjugóse algunas lágrimas Boccaccio, y como llamasen á su puerta, abrió, encontrándose con un fraile, el cual, previo permiso, pasó adelante.

—Vengo—dijo—á desempeñar un encargo, un mandato para vos de mucha importancia.

—Escucho atento.

—¿Habéis oído hablar de Pedro Petroni, cartujo en Siena?

—Nunca, si mal no recuerdo.

—Era varón de acrisolada virtud, y en olor de santidad ha fallecido últimamente. Ya moribundo me llamó para decirme: «Hay en Italia un hombre á quien dió brillante ingenio el Creador, así como en letras griegas y latinas erudición notable el estudio; pero lastimosamente los ha malgastado en cuentos que, si deleitan por los primores del estilo y la frecuente agudeza, inducen al libertinaje, desprestigian á la mujer y el matrimonio, ridiculizan el clero y nuestra vivificante religión. No he visto jamás al escritor, llamado Juan Boccaccio; pero conozco su vida entera, sus más recónditos secretos, porque en una visión me los ha revelado Cristo, Nuestro Señor, anunciándome que, á menos de inmediata y rígida enmienda, será deplorable el fin de aquel narrador, quien apurará en el otro mundo los rigores del infierno. Cuando preparábame á partir en busca de alma tan descarriada, me acuesta en el sepulcro la muerte, como negando nueva fatiga á mi vejez; pero volad, hermano Ciani; trasmitid la exhortación de un anciano que incorpórase en su lecho mortuorio, gritando: «*Sálvate, Boccaccio; aún es tiempo*».

Gracias á su vivísima imaginación, figuróse instantáneamente el novelista al monje con su aureola de canas, con ojos fulgurantes de inspiración, pálido, enflaquecido el rostro por las meditaciones y la penitencia; se lo imaginó irguiéndose en la tumba, á impulso de su noble interés por librarle de la corrupción humana y su castigo. Por otra parte, despertáronse con inesperado vigor las adormecidas creencias religiosas y las supersticiones inculcadas en su niñez y adolescencia, resultando de tales causas emoción profunda, arrepentimiento y espanto.

Durante un rato no acertó el escritor á pronunciar palabra.

Por fin, repuesto, así dijo á su interlocutor:

—Sin duda, es pecaminoso mi *Decámeron*; mas ¿no tiene en gran parte la culpa el siglo que me ha tocado? Alborota la orgía los palacios; mancha el vicio monasterios y hogares; cínicamente triunfa el adulterio; candidez ó bellaquería parece el casarse; brota por donde quiera el escepticismo, cual de pantanos la niebla; sin la brújula firme creencia, hace esta desorientada sociedad como tripulación que, perdida la esperanza de salvamento, quiere morir en el frenesí de la bacanal.

—No para que se esclavice á las preocupaciones y desvaríos del vulgo—replicó Ciani—concede preeminencia intelectual á un hombre el Todopoderoso, sino para encaminar á las gentes, ennobleciendo sus aspiraciones, ó por lo menos, para protestar varonilmente, con actos y palabras, contra la general degradación. Proceder de otra manera es el más execrable suicidio; es arrancar sus alas al águila, para condenarla á chapotear, á ir aniquilándose en el cieno; si al mundo material es indispensable el sol, igualmente han menester las almas un ideal de virtud. ¿Qué hicisteis de vuestra lira, de vuestra pluma, cuando Gualterio de Brienne, duque de Atenas, alzabase con la soberanía de Florencia? ¿Acaso encendisteis el patriotismo, el sentimiento de la dignidad nacional? Os embargaban los libros y los amores. En vez de combatir el vicio, el crimen, imitando al profeta Daniel en la corte de Baltasar, ¿qué hicisteis en la de Juana I, reina tan impúdica y cruel como Agripina y que mandó estrangular á su marido? ¡Halagarla, divertirla con las fosforescencias de vuestro ingenio, sobresalir en sus cortes de amor! ¿Cuál suma de vuestra vida mostraréis á Dios en el *Decámeron*, que no leerá ninguna dama sin peligro de su honestidad? ¿No tembláis al pensar en cuántas mujeres, por haberos leído, serán hoy meretrices y os maldecirán por origen de su ignominia? ¡Á cuántos jóvenes ha impedido vuestra voz de sirena llegar á ser preclaros varones, gala y sostén de nuestra patria sin ventura!

¡Cuán distinto derrotero siguió el Dante! Sin rubor en la mejilla, públicamente, pueden todos devorar sus versos, que inflaman en generosos anhelos el corazón, describen con aterradora intensidad la expiación de infamias é iniquidades, nos pasean por las luminosas regiones de la bienaventuranza, entre ángeles y querubines. Lejos de aletargarse en los deleites, por patriotismo aceptó la pobreza, las terribles amarguras de la proscripción. Regenerada, libre, venturosa, grande, algún día le bendecirá Italia, por haber hallado en su alma gigantesca, en su *Divina Comedia*, los gérmenes de su salvación. Ya se acerca, Boccaccio, el término de vuestra vida, la hora de comparecer ante el Juez infalible. ¿Haréis como el segador que, al fin de la jornada, presentó al amo de la heredad manojos de flores, en vez de útiles gavillas? Acogeos cuanto antes al seno de la Iglesia, cuya misericordia es inagotable. Desde el cielo os está observando fray Petroni, y por vos implora al Eterno. Adiós. ¡Ojalá que, en mi próxima visita, séame dado saludar á un hermano redimido!

Sólo ya Boccaccio, exclamó: «Tiene razón aquel fraile, estoy en la orilla del abismo. Á las letras debo mi perdición; por tan seductoras sirenas, descuidé mi hacienda; en manuscritos griegos consumí un caudal; me habitué á la mollicie, á falaces aplausos, olvidando el verdadero objeto del hombre, la vida futura. ¡Quemaré mis libros, depósitos de quimeras y sofismas, palacios de Armida!... Mas ¡ah, perdonad, perdonad mi desvarío, Homero, Esquilo, Platón, Marco Tulio, que tantas veces habéis derramado en mi alma divinos consuelos, preciosas verdades, múltiples delicias! ¿Por qué haceros responsables de mis yerros, augustos sacerdotes de la inteligencia? Sin poetas ni pensadores, horrible sería la humanidad. Aunque me apelliden burlador burlado, pediré á un convento la paz del ánimo y me reconciliaré con la Providencia... Pero... ¿apagará la fría celda mi propensión á los amores, mi ingénita flaqueza, ante la fascinación de bellos ojos femeniles? Como nace la mariposa nocturna para morir en la llama de la lámpara, vine al mundo para agotar mi existencia, libando ávidamente la miel

de labios donde, por mágica manera, se combinan frescura juvenil, color y dibujo exquisitos, gracia, fuego de pasión, aroma. Pero ¿vale dicha fugaz una eternidad de torturas? ¿Es impotente en mí la razón? ¿Nada me dicen mis desengaños? ¿No me ha concedido el Señor la merced de avisarme por medio de un moribundo?... ¿Qué haré? ¿Cómo salir de esta perplejidad?... ¡Ah! Consultaré al más fiel de mis amigos, á Petrarca, tan sabio, á la par de insigne poeta».

Desde Padua, el 28 de Mayo de 1362, dirigió al atribulado Boccaccio el cantor de Laura su contestación, en la cual se hallan los siguientes lugares: «Verdadero ha de ser lo que se nos trasmite como dictado por Cristo, pues no cabe en lo posible que mienta jamás la verdad; pero está el toque en saber si realmente dijo Cristo lo que se le atribuye, ó si se han valido de su sacro nombre, como se ha hecho con frecuencia, para lograr que se crea la impostura...

»Humo, sombra, ensueño, apariencia, campo de afanes y dolores es nuestra vida, únicamente apreciable en cuanto abre camino á otra mejor. Si no fuera así, más que desprecio, horror debería infundirnos, justificando este aforismo: *Excelente cosa es el no nacer y lo que más en mérito se le asemeja es el morir pronto.*

»Hablando sinceramente, aún más profundo estupor que lo otro me ha producido la solemne prohibición de ocuparte en nada que sea poesía. Si tal prescribieran á quien, ya entrado en años, comenzara los estudios, ningún reparo se me ocurriría; pero vedar absolutamente la literatura á quien, lejos de ser en ella novicio, alcanza en ella suma práctica y pericia y conoce todas sus ventajas é inconvenientes; vedar lo que hasta ahora, no fatigas y molestias, sino dulce consuelo y suavísima satisfeción del ánimo le ha ofrecido, páreceme despojo de cuanto á su ancianidad prestaba aliento y refugio» (1).

Sorprende que así confundiera aquel asunto el platónico amor de la señora de Sadi; (2) no es lo mismo el culto de

(1) Véase el prólogo de Francisco Costero al *Decámeron*, edición de Souzogno.

(2) La celebró en 318 sonetos y 88 canciones; ya se ve, siempre la amó de lejos.

la verdadera poesía, de cuanto hay bello ó sublime en el universo y más nos aproxima al Criador, que la composición de picarescos y donosos relatos, semejantes á cortesanas de mucha gentileza, divertida palabra y desenfado provocativo, pero cortesanas al cabo. Quizás procedió Ciani por alucinación ó astucia; mas eran justísimas sus reconvenciones. Afirmó Víctor Hugo que tiene cura de almas el poeta; á todos los escritores puede extenderse tal aforismo. No solamente debieran aquéllos rechazar de sus obras las impurezas, sino confirmar con sus actos sus doctrinas, según hicieron fray Luis de León, Walter Scott, Schiller, Pellico, Manzoni, Prescott, Lamartine y Thierry.

Aplacó la misiva de Petrarca la tempestad moral de Boccaccio, el cual, en la emoción primera, había reducido á cenizas dos ejemplares autógrafos de sus famosos cuentos (1), imposibilitando así la enmienda de muchas incorrecciones introducidas por ignorantes copistas y que, en posteriores siglos, perpetuó y tal vez acrecentó la imprenta. ¡Semejanza curiosa! Próximo Quevedo á la conclusión de su borrascosa vida, destruyó, impresionado por las exhortaciones del Padre Tébar, su confesor, todos sus manuscritos satíricos y festivos, con tan crecido número de sus poesías, que no representan las salvadas ni un vigésimo del total. Desde su entrevista con Ciani varió la conducta de Boccaccio, el cual, en lo sucesivo, más de una vez anduvo aterrado por las palabras del fraile (2).

EMILIO BLANCHET.

Barcelona.

(1) Además del *Décameron*, libro en que se funda su gloria, escribió Boccaccio la sátira *Laberinto d'amore*, ó *Corbaccio*, *De casibus virorum et feminarum illustrium*, comentarios sobre el Dante, etc.

(2) Parece que pensaba éste renovar con Petrarca, si bien no lo justificaban la vida ni las producciones del último, el paso dado respecto al amante de Fiammetta.



CRÍTICA LITERARIA

PACHÍN GONZÁLEZ

POR

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

El ilustre escritor santanderino, llamado á reemplazar, con ventaja, en la Academia Española á D. José de Castro y Serrano, acaba de elevar imperecedero monumento á la memoria de las víctimas de la horrisona catástrofe ocurrida en el muelle de Maliaño en 3 de Diciembre de 1893, con la publicación del libro que ostenta el sencillo título de *Pachín González*.

Podrá en otras ocasiones discutirse la oportunidad, alcances y valor estético del realismo literario; no en la presente, con tan entendido intérprete, cuando de documento histórico se trata, cuando la verdad es fuerza poderosa y figura principal en el cuadro artístico, cuando el hecho encierra el comentario como la flor el fruto, cuando la memoria domina á la imaginación y la supera ostensiblemente.

En lugares de él tan conocidos, testigo presencial, copartícipe en los temores, combatido por reciente desgracia, compenetrado con el carácter y sentimientos de los habitantes, maestro en descripciones, hábil en manejar la pluma,

con renombre bien ganado, que hace buscar con avidez y conservar con cariño sus escritos, y un discreto y españolísimo modo de pensar, ¿quién mejor que el autor de *La leva* y de *Tipos y paisajes* para tan meritoria como interesante obra?

Pereda, antes de escribirla, ha hecho un á modo de examen de conciencia literaria, procurando no salirse de sus reconocidos dominios; quizá se nos presenta excesivamente modesto, y por ello de poco vuelo y de escasa trascendencia.

Encarna en un mozo que, después de haber oído en su pueblo las tres misas de difuntos, parte de él con su madre, llegando á Santander el día 2 para embarcarse el 4 en vapor mercante y a anclado y apercebido en el puerto. Deciden hijo y madre pasar inseparados la víspera, previniendo el viaje, y juntos se hallan en el muelle, adonde la comunicativa curiosidad les ha llevado, cuando acaece la voladura del *Cabo Machichaco*, que airada y aéreamente los separa.

La odisea de Pachín—vuelto en sí con relativamente leve descalabro—en busca de su madre por muelles y plazas, por casas de socorro y hospitales, por depósitos de cadáveres y ruinas, constituye el núcleo de la obra, dando pie á la relación de las más conmovedoras y patéticas escenas, hasta que al fin da con ella, renunciando, bajo la temerosa impresión recibida, á los afanes de gloria, á la *cubicia* insaciable, á la visión de lejanos países, gozoso de poder regresar á su pueblo y de llevar en él la vida que llevó su padre, en busca del trabajo que honra y da la paz venturosa, no en satisfacción engañosa «del hambre del dinero, que con todas entra, porque nunca se ve harta».

El libro impresiona; está todo él estampado á fuego, con buenos y bien deslindados caracteres; subyuga por la verdad sencillamente expuesta, sin adornos efectistas, y llega á horrorizar en no pocos pasajes; pero, como antes he indicado, su vuelo es escaso; fáltale germen sugestivo que el lector desarrolle, según sus propias condiciones, ó expresión de ideas nacidas del relato de la inmensa catástrofe.

El terror que produce es más anatómico que estético, más de la carne y por la carne que del alma y por el alma. No es una madre que busca á su hijo por entre vísceras y

cadáveres, es un hijo que va en pos de su madre, más hacedero para Pereda, según hemos demostrado en otras páginas, pero menos psíquico, menos pasional, menos moderno; por otra parte, Pachín es poca cosa para llevar, como si dijéramos, el peso de la discusión á que los horrores referidos en el libro se prestan: no es un viajero ilustre, un estadista célebre que al acaso se encuentra en Santander y puede recordar, *satirizar*, parangonar civilizaciones y bases de gobierno, poniendo el dedo en la llaga ó llagas; es un infeliz poseedor de sentido común, que se limita á aprovechar el desencanto y á tronar con poca voz contra las tiranías de la ambición y las malcs artes del dinero.

Y eso que el librito—digámoslo con franqueza—está cargado de dinamita, pero el autor no ha hecho estallar como la del *Cabo Machichaco*, no sólo por extremada devoción á la escuela realista y por miedo á salirse de su feudo literario, donde es gran señor, también por tratarse de su patria, á la que adora, y resultara rebajada con la elección divina. Nada menos que *Dies iræ* fué el título con que—según mis noticias—pensó dar á luz la obra, en vez del baladí que hoy lleva de *Pachín González*, disuadiéndole de ello otro ilustre santanderino, amador como él y como todos de la montañosa tierruca.

—Señor, señor—pregunta el protagonista al sacerdote que, con los talares mojados y ensangrentada la faz, exhorta á bien morir á un encenagado moribundo,—¿qué ha pasado por aquí?

—¡La ira de Dios, hijo mío!—le responde, limpiándose con un pañuelo de percal la sangre del rostro que le fluía de la cabeza.

Y cuando el autor habla de los que «sabiéndolo, ¿cómo habían tenido entrañas para dejar arrimado á la ciudad tan espantoso peligro?» y no menos cuando se encara con el dinero, «aspecto, forma y sonido» de todo aquello para Pachín, se sienten en la bodega del libro de Pereda las cajas de dinamita, cajas que, aunque muy cerquita del fuego, no producen explosión, la cual hubiese sido bien distinta de las del malhadado vapor.

Respetemos la voluntad, la modestia ó la cobardía del célebre novelista, y contentémonos con las 173 pequeñas páginas de gran realismo, irreprochable en la forma, salvo leves minucias, y casi, casi agradezcamos á Dios en este instante que no le haya hecho poeta ni psicólogo sentimentalista, pues no hubiera habido corazón que resistiera su lectura.

La *Revue des Revues* ha pedido permiso al autor para la traducción y publicación de tan interesante obra: Pereda le ha contestado que el distinguido crítico Boris de Tanenberg, conocido por sus estudios acerca la literatura española, la había obtenido con anterioridad y que á él, por tanto, debía dirigirse.

MELCHOR DE PALAU.





EL ÚLTIMO ESTUDIANTE ⁽¹⁾

La solución ofrecida por D. Gregorio al problema de su porvenir era excelente; verdad es que la tacharían las gentes murmuradoras, pero un alma recta no ajusta sus decisiones al decir casi siempre infundado de las gentes que murmuran.

En D. Gregorio Malvás había condiciones excelentes, virtudes no comunes, carácter bondadoso, alguna cultura, espíritu, en fin, digno de inspirar predilección y cariño. El que mutuamente se profesaban tío y sobrina era el mismo que hay entre dos buenos casados... pasada la luna de miel. Porque en esta primera luna matrimonial, todo se vuelve cariños, zalamerías, efusiones de la pasión, poesía, en fin, y después todo prosa, pero no prosa intolerable, como dicen los solterones empedernidos, incorregibles defensores de la fisiología del matrimonio de Balzac, sino prosa agradable y poética que funda su atractivo, no en ensueños y quimeras, sino en la belleza misma de la realidad.

Enterada del proyecto la señora Teresa, dió por signos su aprobación, y manifestó por sonrisas su complacencia.

En vista de esto, por acuerdo de los novios, se apuraron

(1) Véase la pág. 325 de este tomo.

los preparativos (licencia no era menester por lo lejano del parentesco), dando D. Gregorio muestras de una actividad en él rarísima; ¡que tanto le agujoneaban los deseos de contraer aquel enlace!

*
* *

Muchos feligreses de la parroquia de Sar, vecinos de la Rúa de San Pedro, oyeron al párroco con grandísimo asombro, en el ofertorio de la misa del domingo siguiente, leer:

«Quieren contraer matrimonio por palabras de presente, según lo manda nuestra Santa Madre Iglesia y el Santo Concilio de Trento lo dispone, de una parte Gregorio Malvás Rodríguez, hijo legítimo de Andrés y María, y de la otra Felisa Pérez Nava, hija legítima de Vicente y Teresa. Es la primera amonestación.»

XXV

Después de muchas vacilaciones y dudas, decidióse Ambrosio á volver á la tienda de la señora Teresa. El reciente mal de ésta servíale de pretexto.

Mortificábale mucho—caso bien raro dada su característica despreocupación— lo difícil de la situación en que se hallaba: dejar de ir sin motivo, de la noche á la mañana, á pesar de haberle prodigado atenciones; dedicarse por entero á cultivar el amor de Antoñita, y luego, cuando Antoñita había bajado al sepulcro y sus amores pasado á la historia, volver, era caso en que no bastaban la desfachatez y frescura del famoso estudiante de derecho.

Si antes Felisa había permanecido sorda á sus galanteos, ¿qué sería después de abandonarla por otra? Ahora, discutiría para sus adentros Ambrosio en soliloquio interminable, ni me concederá siquiera su amistad, ni tendrá para mí frases que no sean desdenes, ni miradas que no signifiquen desprecios.

Y en la agitación de su discurso decíase: «Me odiará qui-

zás, pero no importa; yo quiero que me odie. No me ha odiado ninguna mujer; sabré así cómo odian las mujeres. Lo que me exasperaba en Felisa, quizás habrá desaparecido; aquella serenidad olímpica, el refinamiento con que ocultaba su corazón, la indiferencia de que hacía gala... Y si no me engaño, cuando palpite su corazón, cuando hable su rostro de los sentimientos de su alma... Felisa habrá dejado de ser fiera y será mujer, y aunque sea mujer fiera, lucharemos con titánico esfuerzo hasta que logre rendirla».

Perdía Ambrosio, entregado á tales cavilaciones, la serenidad de juicio, y víctima á un tiempo de la preocupación y del temor, no acertaba á distinguir en su alma dos sentimientos: el del amor, que evocaba constantemente á su vista la imagen de Felisa, y el del despecho, que encendía su cólera de Tenorio presumido al recuerdo que no le abandonaba nunca de su indiferencia glacial.

Ambrosio fué por fin una noche: dormía detrás del mostrador, reclinada sobre el pecho su cabeza, la señora Teresa, y los novios trataban de fijar el día en que había de verificarse la boda: aquella mañana habíanse leído las primeras amonestaciones.

Ambrosio ignoraba todo esto.

Cuando entró Ambrosio suspendieron D. Gregorio y su sobrina la grata conversación...

El pobre estudiante sufrió un desengaño terrible. Felisa estuvo como siempre, atenta y cariñosa. No estaba ofendida en lo más mínimo; vió en ello prueba indudable Ambrosio de que le era á Felisa en absoluto indiferente. Y se aumentó su turbación y su desconcierto.

Hubiera querido quejas que transparentasen interés ó deseos que significasen resentimiento. Aquella actitud, siempre igual, era la negación más rotunda del amor, la forma más odiosa de sufrir un desengaño.

Como Ambrosio no acertase á romper el silencio que se siguió á su llegada, fué Felisa quien habló, y de tal suerte que mejor fuese para Ambrosio que callara.

Que no podía ocultarse á la perspicacia de Felisa la causa de las perplejidades de Ambrosio es, á mi ver, indudable.

¿Propúsose atormentar al joven (supuesto inverosímil), ó más bien, para disimular y poner fin á la turbación propia, buscar medio de que Ambrosio perdiese por completo las esperanzas que le llevaban allí y que quizás repercutían en su corazón?

—Tío—dijo Felisa,—entere usted á nuestro amigo Ambrosio de la feliz nueva.

D. Gregorio, sabedor de las antiguas pretensiones del estudiante, no pudo ocultar un movimiento de disgusto; porque D. Gregorio era así: no sabía ocultar nada; su sentir traslucíase al momento en su semblante por movimientos espontáneos.

Pero comprendió que era indicar desconfianza hacer misterio de cosa tan natural, y después de toser un par de veces, como para tener la voz expedita, y de sonarse, no sin cierta solemnidad, con un inmenso pañuelo de hierbas, habló de esta manera:

—Pues sabrá usted, mi amigo Ambrosio, que tengo muy especial gusto en dar á usted, antes que á nadie, parte de mi boda.

—¡De su boda de usted!...—exclamó Ambrosio sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí, señor, de mi boda: me caso con mi sobrina Felisa.

Ambrosio se puso tan blanco como la pared. Felisa, más encendida que una amapola, y D. Gregorio, de todos los colores ya... menos del suyo, sacó su inmenso pañuelo de hierbas y se sonó con manifiesta inquina, que produjo sonidos de trompa.

Siguieron á esta escena momentos muy críticos. Todos permanecieron en silencio hasta que, haciendo un esfuerzo Ambrosio, puso fin al difícil lance despidiéndose tímidamente de Felisa y D. Gregorio *hasta otro día*.

Al ver demudada la color y turbada el alma del joven, al notar también la alteración de Felisa, sintió D. Gregorio frío en el corazón, porque toda la sangre se le agolpaba á la cabeza.

Conocedora por su parte Felisa de la vida y carácter de

Ambrosio, comprendió que era víctima de intenso amor, no ahogado por sus devaneos ni quebrantado por la ausencia que se impuso; comprendió que en su corazón se desarrollaba un drama tétrico, y ella, que le estimaba, que le amaba, de amistad por lo menos, sintió tristeza al pensar en las tristezas de que era inspiradora, y no pudo sobreponerse á la emoción.

.....

A poco de marchar Ambrosio, se reanudó la conversación interrumpida por su inoportuna llegada.

D. Gregorio, obrando muy sesudamente, mostróse partidario de que no se apurase la boda, dando por razón, aunque otras más principales le moviesen, que así podían ser mayores los preparativos para la celebración de un suceso que él consideraba tan importante y grato.

Opinaba Felisa lo contrario, y juzgaba baladí el motivo, dijera mejor el pretexto, alegado por su tío, puesto que, por ser el matrimonial suceso importante y grato, él á sí mismo se bastaba sin que otros aditamentos requiriese. Aparte de que—añadió Felisa—el estado de salud de mi madre es, por desgracia, bien poco satisfactorio, y no parece bien que dispongamos preparativos de ningún género. Sea el matrimonio, pues, *mondo y lirondo*, y excusamos así retrasarlo.

D. Gregorio al fin dióse por convencido, no sólo de que debía hacerse lo que Felisa deseaba, sino también de que Felisa estaba perdidamente enamorada de él y que había pecado de injusto dando un solo momento crédito á descabellada sospecha.

* * *

Buena parte de aquella noche vagó Ambrosio por las calles, oprimido el pecho, delirante la imaginación; volvió á la Rúa de San Pedro, se alejó otra vez y estuvo á punto de echar á andar camino de su pueblo.

En tal situación de ánimo, ansiaba Ambrosio absoluta soledad; quería verse á solas con su pena.

Rendido su ánimo y cansado su cuerpo, retiróse á su casa á deshora, cuando el reloj de la catedral, en tono solemne y

monótono, daba dos sonoras campanadas, á tiempo que la voz gutural de un sereno gritaba con acompasado solfeo:

—*¡Ave María Purísima! ¡Las tres y media y nublado!*

XXVI

Cuando quedó sola Felisa, la noche en que la presencia de Ambrosio fué causa de la desagradable escena referida, ni un momento pudo borrar de su imaginación el recuerdo de aquella escena, ni de su alma la triste impresión que le produjo.

Desvelada toda la noche, no halló descanso en el lecho logrando conciliar el sueño á ratos siquiera.

Á pesar de la hora y la ocasión, atrévome á sorprender á Felisa en sus cavilaciones.

Decíase así:

«No hay duda, Ambrosio está enamorado de mí... de mí, oscura tendera al por menor y vecina ignorada de la Rúa de San Pedro: ¡él, joven afortunado que logró el amor de otras más altas! ¿Será que cultivando el trato de las mujeres del mundo sufrió desencanto, y que me encuentra á mí más perfecta, más digna, en fin?... Pero ¡qué tonterías! Aléjate, demonio de la vanidad, no murmures esas cosas á mi oído...»

Y daba una vuelta deseando dormir para poner término á semejante pesadilla, y continuaba á pesar suyo:

«Ambrosio es bueno, demasiado bueno... yo no soy digna de él; Ambrosio es listo y despierto, logrará porvenir brillante... yo soy una pobre mujer. ¡Infeliz Ambrosio! Hubiera querido estar á solas con él un momento, para alentarle en sus desfallecimientos, para consolarle en sus dolores; quisiera verle y mostrarle mi corazón atribulado, y decirle, en expresión de los sentimientos que bullen en mi alma: Ambrosio, te quiero... y por eso no te puedo querer...»

Juzgará el lector por la vehemencia de las palabras de Felisa el grado de exaltación á que llegó su alma. Por lo demás Felisa, no ya entonces, pero ni aun luego que volvió á

su espíritu la calma, hubiera sabido definir sus sentimientos; ¡tan encontrados eran! Lo que sí salía siempre á flote en medio de tanta confusión y borrasca, lo que no dejaba lugar á duda ni un momento, pues siempre vivo se mostraba, era el sentimiento de simpatía y amistad con que distinguía Felisa al estudiante.

Felisa no ponía en tela de juicio que le amaba de amistad: ¿habría en el fondo de esta amistad verdadero enamoramiento, aunque no se diese cuenta de ello Felisa?

Hay quien opina que entre jóvenes de distinto sexo no cabe distinguir entre el amor de amistad y el de amor. La amistad verdaderamente sincera, dicen, identifica las personas en cuanto á los fines, establece entre ellas solidaridad por lo que hace á los medios, pone, en fin, en directa comunicación los corazones, mutuamente movidos en una misma dirección, por esa misteriosa influencia que llamamos simpatía. Si la amistad tiene estos efectos, concluyen, caso imposible parece, por mucho que se sutilice, que amistad y amor puedan entre jóvenes distinguirse; porque ¿cuáles son entonces los efectos del amor?

Quédese el averiguar cosas tan hondas sobre el amor de amistad y la amistad de amor á quien guste ejercitar el ingenio en abstrusas consideraciones. Eso aquí no hace al caso.

Lo que sí importa es afirmar que ni un momento dudó Felisa de su amor á D. Gregorio. Como que si no estuviera plenamente convencida de que su tío y ella mutuamente se querían, jamás hiciera la felonía de jurarle amor al pie de los altares.

XXVII

Resultado de la terrible lucha que se libró en el corazón de Ambrosio entre sus afecciones, que aumentaban á medida que veía la dificultad cada vez mayor de su logro y los titánicos esfuerzos que hacía su voluntad para dominar su querer y dar fin á la crisis por que atravesaba, fué que cayese enfermo. Por ventura el mal, que en un principio inspiró

gran alarma por el asaz insistente delirio de que eran argumento sus cuitas amorosas, perdió bien pronto todo carácter de gravedad. Era lo peor en Ambrosio la postración moral, que sólo curaría la acción del tiempo.

En los días de su mal prestáronle Dionisio Torres y Pedro Mata consuelos y cuidados que le fueron en extremo provechosos.....

Repuesto, con gran contentamiento de sus compañeros, en lo moral y en lo físico, pero no tanto que su estado dejase de inspirar alarma; comprendiendo que la vida pacífica, sosegada y quieta de su pueblo le convenía, sin motivo ninguno que le retuviese en Santiago, y con muchos que le obligaban á desear la ausencia del que había sido teatro de sus aventuras por más de un concepto famosas, Ambrosio decidió irse á su pueblo.

Más tronado, para mayor desgracia suya, el pobre que cuando abandonó su vivienda de la Rúa Traviesa, ó tanto por lo menos, fiándose en la constante suerte que le había labrado fama de muy afortunado jugador, y aun de persona de posibles, intentó nuevamente por medio del juego lograr pecuniarios recursos, que para salir de no pocos apuros y satisfacer exigencias de impertinentes acreedores con urgencia necesitaba. Volvió, pues, á las andadas.

Sintió Ambrosio un movimiento de repulsión y antipatía al entrar en la sala de juego y respirar en aquella pesada atmósfera saturada de vicio. Debió tomar aquella espontánea sacudida que agitó su cuerpo, débil por resultas de la enfermedad, como presagio de mal agüero. Y hubiese acertado.

La llegada del estudiante, que contaba en aquel lugar con muy pocas simpatías (y bien fácilmente se comprende), fué recibida con miradas de reojo, que denotaban desconfianza, por los empedernidos jugadores, á quienes no da serenidad la larga práctica, con tosecillas secas y movimientos nerviosos por la gente joven, y con forzadas risitas... por los más necesitados.

Ambrosio se acercó al tapete verde (color de esperanza)

sin el aplomo y propio dominio de otras veces. Esto extrañó naturalmente muchísimo á los abonados á diario, conocedores, mejor de lo que quisieran, de la característica fanfarronería de Ambrosio, que tanto había acibarado sus pérdidas y sublevado sus ánimos.

Ambrosio, el jugador invulnerable, como ya todos le llamaban allí, perdió aquella noche por primera vez en su vida, y perdió cuanto llevaba... y mucho más, porque un viejo feo, huraño y setentón, más ganancioso que ninguno aquella noche, y jugador casi todas las de su vida, desde que tuvo edad y dinero, prestó no poco á nuestro ya atolondrado estudiante, seguro de que éste perdería y no se cansaría de perder... para desquitarse así de lo perdido. Era probado que estaba de mala, y seguro que le faltaba serenidad. Á mansalva, pues, le echó el viejo la zancadilla, y tuvo el grandísimo gusto de vengarse del estudiante que, en mejores tiempos, harto le llevaba ganado.

Ambrosio resultó deudor de una cantidad que distaba mucho de ser insignificante. El deseo de ganar, la desazón de su ánimo, las sonrisillas de triunfo de sus rivales, todo esto, y mucho más, púsole fuera de sí, convulso, ciego... En tal estado, jugaría á una carta el mundo entero, si el mundo entero fuese suyo.

XXVIII

Al día siguiente muy de mañana, ya en traje de viaje, para emprender el de regreso á su casa, hablaba Ambrosio con Pedro Mata y Dionisio Torres, visiblemente contrariado y conmovido.

Á los disgustos anteriores, uníase el que le causaba la pérdida en el juego. Cubría mortal palidez su demacrado rostro; las emociones de la víspera, el insomnio de aquella noche, su falta de salud en los pasados días y, sobre todo, el recuerdo constante de Felisa, causa eran del quebrantamiento de su ánimo.

—Es preciso que vuelvas á ser el que fuiste—decíale Dio-

nisio;—déjate de cobardías: tú, decidido como el primero, animoso como el que más y valiente como ninguno, ¿pierdes así valor, decisión y animosidad por una contradicción insignificante? Ver para creer, Ambrosio. La verdad es que las mujeres son el demonio.

«No hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.»

—¡Ojalá fuera como tú dices y yo creí! Ví en la realidad que también hay ángeles con faldas; y hé aquí que yo, el que blasonaba de invulnerable y llamaba á las mujeres diablos, y me reía de sus argucias, he sido víctima, no de argucias y tramoyas, sino de la sencillez angelical de una mujer que ignora esas malas artes: ahora, cuando no me las daré de invulnerable, con fanfarronería propia de ignorante mozo, si por ventura se cicatriza la herida que llevo en el alma, quizás lo sea. ¡Cosas del mundo!

—Ambrosio, no te preocupes por asuntos tales—contestó Pedro á sus sentidas quejas y jeremiacas lamentaciones;—aprende de mí; deja que te enseñe yo siquiera algo, puesto que de ti llevo aprendido mucho.

Mira, ayer troné yo con la costurerita de la Rúa de San Pedro, á pesar de tener en su cuerpo tanta sal y pimienta; se me arrugaron un poquito, es cierto, las telas de mi corazón, porque ella lo merecía; pero ya pasaron las horas de murria: hoy comencé á poner los puntos á una rubita que vale un Perú. ¡Sí, hombre! esas cosas hay que tomarlas así... según vienen. ¡Y pocas veces que te oí decir y vi hacer, Ambrosio, tres cuartos de lo mismo!

De tal manera hablaron largo y tendido aquellos tres buenos amigos, porque, á la cuenta, Ambrosio hallaba satisfacción en prolongar los momentos de expansión íntima. Ningún consuelo es más grato en la desgracia que el de aquellos que fueron copartícipes de la fortuna. Hubo promesas de escribirse á menudo y apretones de manos y abrazos, muestras inequívocas de recíproco cariño. Ambrosio les entregó una carta para Felisa; era su adiós.

Á poco salía Ambrosio por el camino nuevo—carretera

de Pontevedra—en dirección á su pueblo, desesperanzado su ánimo, llena de tristes recuerdos su imaginación.

Los que hubiesen visto al estudiante de leyes el día de su triunfal entrada, si pararon mientes en lo marcial de su aire y lo alegre de su rostro, apenas pudieran conocerle cuando abandonaba las aulas mustio y cabizbajo, y volvía en busca de tranquilidad y reposo á la casa paterna.....

.....
La carta de Ambrosio á Felisa, que Pedro, cumpliendo como bueno, puso inmediatamente en manos de ésta, decía así:

«Felisa: Vuelvo á mi casa: si no me despidiera de usted, á quien tanto debo, faltaría á mi deber.

»Si alguna vez mi amistad le fuese á usted útil, causaríame grandísima dicha poder demostrarle la sinceridad de la que yo le profeso.

»Á su madre de usted y á D. Gregorio mis saludos. Queda á las órdenes de usted quien le desea todo género de felicidades,

AMBROSIO.»

Al leer tan digna y sentida carta sonrióse Felisa con una sonrisa de dolor y derramó una lágrima de alegría.

Ambrosio había sido una mala cabeza; por virtud de Felisa triunfaba de aquella mala cabeza su excelente corazón.

Si la sonrisa amarga de la joven era un triste adiós al buen Ambrosio, nuncio era aquella lágrima de la tranquilidad de su conciencia.

¡Derramada lágrima tan hermosa sobre el atribulado corazón del estudiante, fuera para él bálsamo de dulcísimo consuelo!

EL MARQUÉS DE FIGUEROA.

Torre de Figueroa 1.º de Noviembre de 1882.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Voltaire et le volterianisme, por NOURRISON, del Instituto.—París, P. Lethielleux, librero-editor, 10, rue Cassette, 1896.—En 4.º, 670 páginas: 7,50 francos.

El laureado expositor de *La filosofía de San Agustín* y *La filosofía de Leibnitz* estudia la vida, el carácter, las obras y la influencia de Voltaire á la luz de documentos irrecusables, empleando un método escrupulosamente analítico que coloca ante los ojos de los lectores todos los datos necesarios para que por sí mismos puedan pronunciar el fallo definitivo. Los más ciegos idólatras de Voltaire no tendrán derecho á objetar nada contra el diligentísimo biógrafo porque de sus investigaciones se deduzca, como se deduce, que el autor de *La Pucelle* fué un mal hijo, un ser degradado por las más viles pasiones, cínico en sus costumbres, traidor á sus amigos y á su patria, hipócrita y avaro, insoportable en su trato hasta para quienes le admiraban fervorosamente, según se demuestra con el ejemplo de Federico II de Prusia; cortesano abyecto de este monarca, de Luis XV, de la

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

Pompadour y de Catalina II; alma incapaz no sólo de practicar las virtudes, sino de comprenderlas. El talento de Voltaire se distingue por su carácter negativo y demoleedor; de ahí lo vulgar de sus teorías sobre los grandes problemas relativos al origen de las ideas, á la naturaleza del alma, á la libertad, á los atributos de Dios, á la moral y á la política; teorías que amplía y razonadamente expone el Sr. Nourrison en la segunda parte de su obra.

No faltará quien eche en ella de menos las apreciaciones sintéticas que sólo aparecen de cuando en cuando si se prescinde del epílogo ó conclusión; pero es indudable que el procedimiento seguido por el autor, aunque perjudique algún tanto á la elevación y brillantez del estilo, hace que la verdad de los hechos hable por sí misma con irresistible elocuencia, produciendo en el ánimo una convicción más profunda que la que puede conseguirse con las galas del arte.

*
* *

DOS OBRAS NOTABLES

Parva poemata latinas seu ludicra literaria. Auctore presbytero RAYMUNDO DEL BUSTO VALDÉS, in utroque jure licentiató, ac almá in Ecclesiæ Cathedrali Legionensi Decano.—Editio II amplificata et mendis expurgata.—Cum ordinarii licentiá.—Palentiæ, 1895.—En 4.º, 651 páginas: 5 pesetas.

Angelus Scholarum seu ejus pretiosæ vitæ fulgida lineamenta.—Palentiæ, 1895.—En 8.º, 144 páginas: 1,50 pesetas.

En ambas producciones demuestra el respetable sacerdote Sr. Busto que es un latinista de primer orden. Pocas personas habrá que acierten á manejar el idioma del Lacio, y menos en verso, con tanta maestría, corrección y seguridad. Además, el autor es un verdadero poeta, que siente los arranques de la inspiración más elevada, y es un gran patriota que ensalza las virtudes de los varones famosos, llora

las desventuras de España, canta sus triunfos, y tiene, en fin, todos los sonidos necesarios en las cuerdas de su lira para conmover y entusiasmar al lector.

*
* *

Le mouvement idéaliste et la réaction contre la science positive, por ALFREDO FOUILLÉE.—*París, Félix Alcan, editor, 1896.*—En 4.º, LXVIII-351 páginas: 7,50 francos.

El estado aparente de nuestra sociedad es la anarquía intelectual y moral; tal apariencia ¿no será superficial? ¿No oculta una dirección precisa y, á la postre, un progreso? ¿Será en favor del misticismo la moderna reacción contra los abusos de la ciencia positiva, ó se prepara una reconciliación de la ciencia mejor interpretada con la moral mejor comprendida? El Sr. Fouillée inquiere en su última obra los orígenes, diversas formas y resultado probable del movimiento idealista; estudia los límites, el valor y la sediciosa quiebra de la ciencia, el verdadero papel de la creencia, los abusos de lo incognoscible en la filosofía y en la moral; examina después las diferentes escuelas filosóficas contemporáneas: espiritualismo, neokantismo, filosofía de la contingencia, etc.; critica las nuevas teorías sobre el conocimiento y la existencia. La obra, en suma, es como el cuadro vivo de una agitación intelectual cuyos sentido y objeto importa mucho descubrir. En vez de vagas aspiraciones con que se suelen contentar las escuelas jóvenes, el autor establece una doctrina precisa capaz de conciliar el idealismo con los resultados de la ciencia positiva.

*
* *

Librería Hijos de Santiago Rodríguez.—*Burgos, 1896.*

De algunos años á esta parte, y merced á la actividad de ciertas casas editoriales, se va contando en nuestro país con libros de enseñanza para las escuelas. Merece uno de los

primeros lugares entre aquéllas la titulada «Hijos de Santiago Rodríguez», que lleva dados á luz porción de preciosos opúsculos que hacen instructiva y amena la lectura, tales como los denominados: *El abuelo y el nieto*, *El Cristo yacente*, *Un héroe infantil*, *El nido y la choza*, *Un genio*, *Los hijos del señor Martín*, *La hija del desterrado*, *El cornetilla*, *Trafalgar*, *La venganza de las flores*, *La suerte*, *Emilín*, *Pedro el avaricioso*, *Presumir de hombre*, *El imperio de las flores*, *Una venta original*, *La cuadratura del círculo*, *El vendedor de periódicos*, *Leal*, *Los tres amigos del hombre*, *El premio*, etc. Todos son de perfecta moral recreativa, los adornan elegantes cubiertas de colores y se venden al ínfimo precio de 10 céntimos de peseta el ejemplar.

Citaremos también los interesantes folletos *Urbanidad para niños* y *Urbanidad para niñas*, de 40 páginas cada uno, muy útiles y al precio de 25 céntimos de peseta.

*
* *

Trabajos ya de más importancia son los siguientes:

Resumen de higiene y economía doméstica, por D.^a Mariana Álvarez B. Carretero, inteligente maestra de las Escuelas municipales de Burgos. En 8.^o, 80 páginas.

Fábulas en verso castellano para el uso de las escuelas de instrucción primaria, por D. Félix María Samaniego. En 8.^o, 170 páginas.

Viaje infantil. Ligeros conocimientos sobre los grandes inventos, al alcance de los niños, por Mariano Rodríguez y Miguel. Aprobado por Real orden de 15 de Marzo de 1893. Segunda edición ilustrada. En 8.^o, 175 páginas.—Este libro, en que el autor habla con sencillez y acierto de la locomotora y el telégrafo, la fotografía y la luz eléctrica, la navegación y el pararrayos, el microscopio y el telescopio, el teléfono y el globo, etc., es sumamente curioso y de gran provecho para los niños.

Larga sería la simple enumeración de los catecismos, ortografías, historias sagradas, aritméticas, catones y mil más que posee la casa Hijos de Santiago Rodríguez, cuya popu-

laridad se ha de acrecentar extraordinariamente con la excelente revista semanal *¿Quieres ser mi amigo?*

Las empresas industriales que, como la que acabamos de citar, proceden con tanta cordura, dan las publicaciones á precios baratos, y las someten al criterio de una moral católica estricta, merecen calurosos plácemes y prestan servicios de valor inestimable.



Otras publicaciones.

En busca de la igualdad, poema por Luis Moreno Torrado, con un prólogo de D. Antonio Zozaya. Madrid, 1896. En 8.º, 78 páginas, una peseta.—Está escrito con soltura, y el autor siéntese animado de aspiraciones nobles, pues clama contra las desigualdades que hoy existen en la sociedad. Tocante al fondo, no podemos admitir algunas de las opiniones del Sr. Moreno, y menos aún las de su prologuista.

Germanization and Americanization compared, by Charles F. St. Laurent. Montreal, 1896. En 4.º, 20 páginas.

Un cántico al sol, por José Ausuré Visús. Huesca, 1896. En 8.º, 16 páginas.—Folleto curioso por la llaneza con que escribe su autor.

La música en Valencia. Apuntes históricos, por Francisco Javier Blasco. Alicante, 1896. En 4.º, 102 páginas.—Presta indudablemente este señor un servicio de valía á la historia de la música, pues reúne en la obra que acaba de dar á luz noticias de mucho interés, que demuestran su diligencia y erudición. Vemos con gusto que va teniendo discípulos el ilustre maestro Pedrell, incansable revelador de nuestras glorias musicales.

Historia de los sitios de Gerona de 1808-1809, por D. Emilio Grahit, abogado. Gerona, 1896. En 4.º, 239 páginas, 2,50 pesetas.—Obra muy interesante en la que el autor describe detalladamente la heroica defensa que hizo Gerona contra sus sitiadores los franceses. Hoy, que parece desmayar el es-

píritu nacional, conviene refrescar el ánimo con la lectura de aquellas legendarias hazañas de nuestros mayores.

Indicador de Correos, por D. Eduardo Albaladejo. Año V. Madrid 1896. En 8.º, 106 páginas.

Este libro, que es una excelente guía para el público, contiene las disposiciones que debe conocer, organización y forma en que se efectúa el servicio y las indicaciones necesarias para presentar toda clase de correspondencia en las oficinas del ramo. El Sr. Albaladejo es digno de aplauso, porque con su obrita presta un servicio de entidad á cuantos ignoran el mecanismo del ramo de Correos.

Expéditions polaires, por el Marqués de Nadaillac, correspondiente del Instituto, etc. París, Soye et fils, impresores, 1896.—En 4.º, 46 páginas.—El ilustre académico hace un resumen perfecto de cuantas exploraciones se han efectuado con el fin de llegar al Polo, y expone consideraciones muy atinadas, que prueban una vez más el clarísimo talento del autor y su extraordinaria instrucción.

A.



BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el 40.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Junio, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Los 1.240.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 12.400 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo 18 bolas, en representación de las 18 centenas que se amortizan, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 4 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.927 bolas sorteables, deducidas ya las 473 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 15 de Mayo de 1896.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1890

Sorteo 22.º de amortización.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el vigésimosegundo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Junio, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Los 1.750.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 17.500 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo 26 bolas, en representación de las 26 centenas que se amortizan, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 4 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 17.359 bolas sorteables, deducidas ya las 141 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 24 de Mayo de 1896.—El Secretario general, *Arístides de Artíñano*.